

VIDAS DE GRANDES HOMBRES

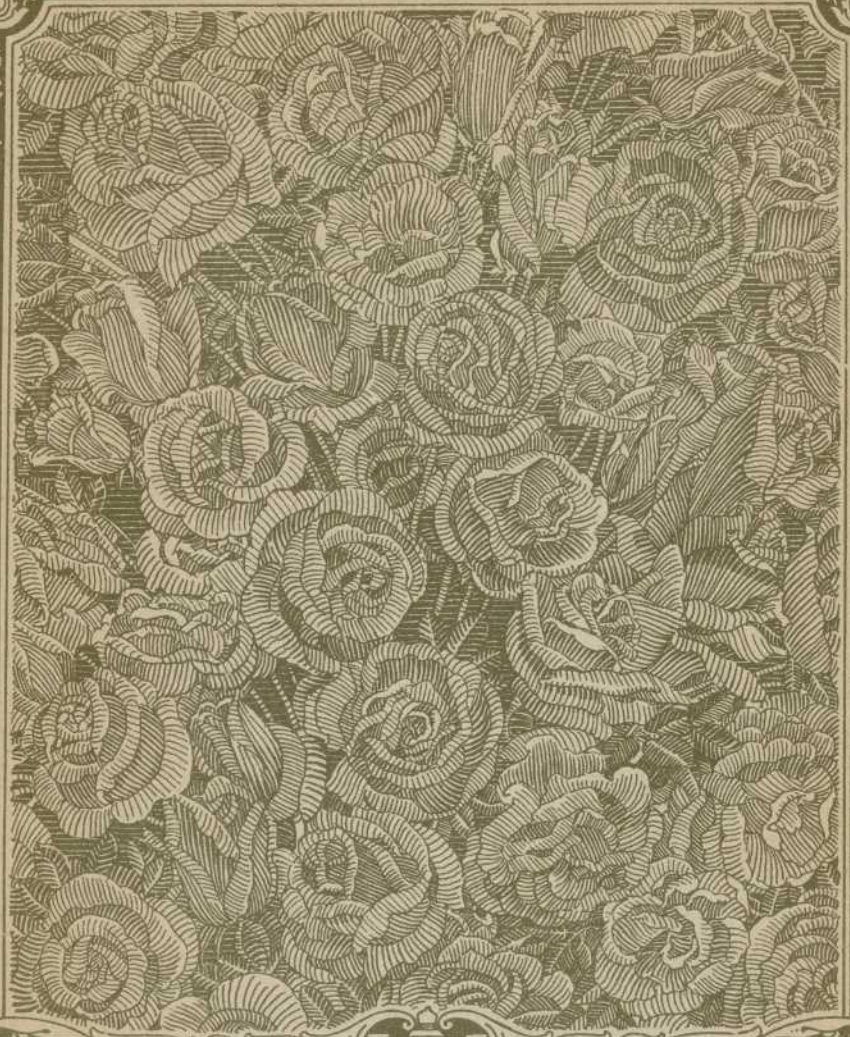
# NAPOLEÓN



A. G. S. B. N.

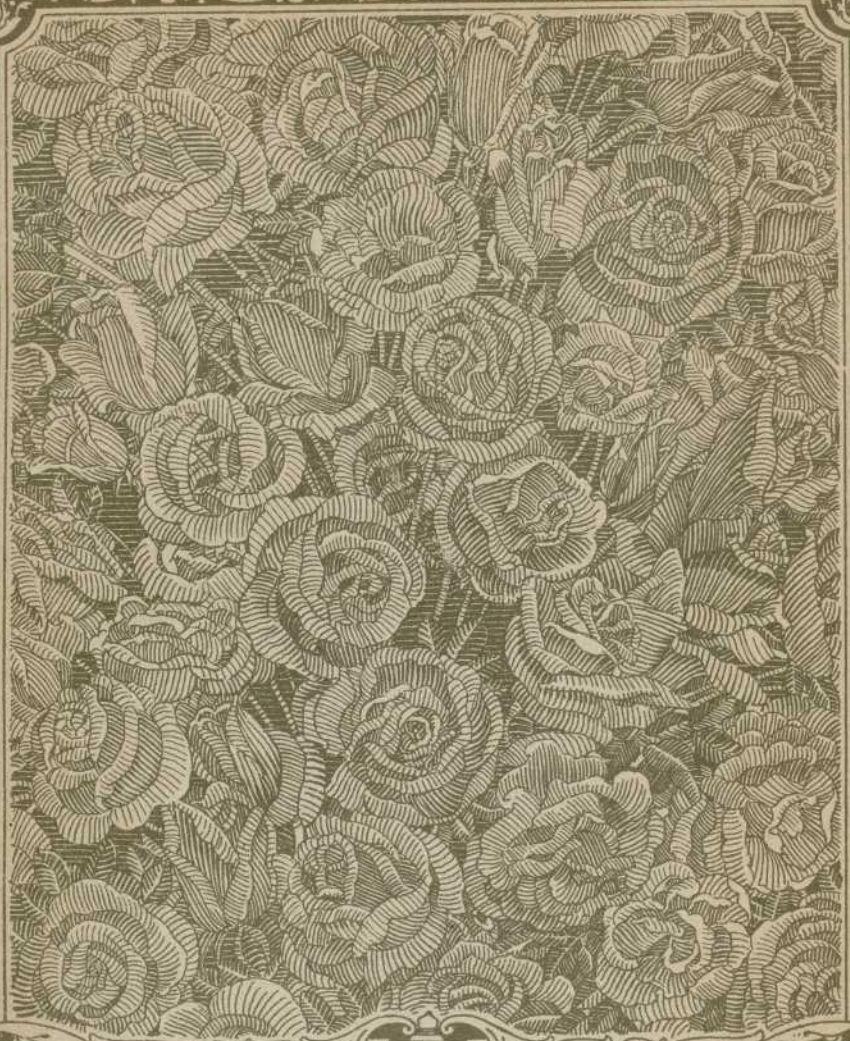
BARCELONA

R  
54



INDUSTRIAS GRÁFICAS





SEIX Y BARRAL, E. C.





NAPOLEÓN

1172852  
DR  
3754

## VIDAS EJEMPLARES

### GRANDES HOMBRES

ALEJANDRO MAGNO  
CERVANTES  
NAPOLEÓN  
GONZALO DE CÓRDOBA  
*(El Gran Capitán)*  
JAIME I EL CONQUISTADOR  
JULIO CÉSAR  
CRISTÓBAL COLÓN  
STEPHENSON  
FRANKLIN  
DANTE  
LIVINGSTONE  
EL CID CAMPEADOR  
PIZARRO  
BOLÍVAR  
EDISON

### MUJERES ILUSTRES

ISABEL LA CATÓLICA  
SANTA TERESA  
D.<sup>a</sup> MARÍA DE PACHECO  
JUANA DE ARCO



VIDAS DE GRANDES HOMBRES

---

Vida de  
**NAPOLEÓN**

ENTRESACADA DEL MEMORIAL DEL CONDE DE LAS CASES, «MEMORIAS DE NAPOLEÓN» Y DE OTROS PERSONAJES DE LA ÉPOCA, «RECUERDOS DE BOURRIENNE», OBRAS DE LACROIX, STENDHAL, FREMAUX, ETC., ETC.

POR

**JUAN PALAU VERA**

LICENCIADO EN FILOSOFÍA

SEXTA EDICIÓN



Fondo bibliográfico  
Dionisio Ridruejo  
Biblioteca Pública de Soria

3754

I. G. SEIX Y BARRAL HNOS., S. A. - EDITORES  
Provenza, 219 - BARCELONA

1934

ES PROPIEDAD

---

Industrias Gráficas Seix y Barral Hnos., S. A. - Provenza, 219. - BARCELONA







NAPOLÉON  
(Cuadro de Delaroche, colec. Portland)



## PREFACIO

---

*Los editores de esta serie de libros para la juventud, se complacen en conservar el siguiente prefacio, al igual que en los volúmenes anteriores, como testimonio de colaboración perdurable con el espíritu que lo dictó y en debido homenaje a su memoria.*

Esta colección de biografías tiene por objeto poner de manifiesto el grado supremo de la actividad y la nobleza humanas, para que los jóvenes, tan inclinados por instinto a admirar todo lo que significa esfuerzo viril y heroísmo, gocen en la lectura de los hechos magníficos engendrados por el amor a la patria, el severo sentimiento del deber, el valor personal, el desprecio del peligro, la noble ambición, la encendida religiosidad o las maravillosas creaciones de la inteligencia; y los que sean capaces, sientan nacer en ellos deseos ardientes de dignificar y espiritualizar de algún modo su vida. Pues no existe lectura más sugeridora de un elevado ideal, ni que más contribuya a decidir la vocación y a formar un carácter, que la lectura de las vidas de los grandes hombres.

“En la vida de los grandes hombres aprendemos a pensar como ellos pensaban. Nuestro pequeño pensamiento,

en contacto con los grandes, crece", ha dicho un autor; y a esto añadiremos que son incontables los casos de los que, hallándose en circunstancias difíciles, encontraron en el recuerdo del ejemplo dado por un grande hombre el valor y el estoicismo suficientes para sobrellevarlas.

La lectura de las vidas de los hombres superiores, dará además a conocer lo que la Humanidad, y por consiguiente cada uno de nosotros, les debe; y al aprender que todo se lo debemos a ellos y que las hermosas e ilimitadas probabilidades que nos ofrecen el presente y el porvenir son fruto de sus trabajos, y en muchos casos de sus hondos sufrimientos, nos sentiremos agradecidos y nos inclinaremos con admiración y respeto ante esos muertos ilustres.

Junto a los héroes, cuya vida se ha exteriorizado en actos de visible transcendencia en la historia de la civilización, aparecerán también las grandes figuras de algunos contemporáneos, y tampoco olvidaremos las de aquellas humildes víctimas del deber cuyo sacrificio diario y desconocido hace posible la conservación de la seguridad y el bienestar sociales, para mostrar cómo el heroísmo no se manifiesta siempre en hechos aparatosos, sino que también cabe, y quizá sea esta su forma más pura, en el sencillo cumplimiento estricto del vulgar deber cotidiano.

\* \* \*

Una colección de esta naturaleza era necesaria. Hasta ahora, las vidas de los grandes hombres se hallaban esparcidas en obras voluminosas, muchas de ellas indigestas,

no expurgadas y de difícil, por no decir imposible, acceso a la juventud. De lo que principalmente nos hemos preocupado es de presentarlas de modo que la acción se desarrolle viva, palpitante, expresiva por sí misma, sobria de comentarios. En esta forma, el trabajo crítico y de apreciación queda casi exclusivamente a cargo del lector, y si el héroe incurre en alguna falta, pues al fin y al cabo es un hombre, el buen sentido la reprobará, sin que sea necesario llamar sobre ella la atención, ni estorbar o enfriar la llama del entusiasmo que el relato pretende mantener encendida.

JUAN PALAU VERA

---





# VIDA DE NAPOLEÓN

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### Juventud de Napoleón

Nacimiento en Ajaccio y anécdotas de su infancia. — Sus padres deciden que siga la carrera militar. Carácter de su madre. — Vida que hacía en Brienne. — Muere su padre. Alcanza gran prestigio en la Escuela Militar de París. Se incorpora al regimiento de La Fère, en Valence. — Visita a Córcega. — Sus relaciones con Paoli. — Dirige el sitio y toma de Tolón. — Domina en París una insurrección y se le nombra general en jefe del ejército interior.

El día 15 de agosto de 1769, en toda la isla de Córcega se celebraba con festines y regocijos públicos el primer aniversario de su anexión a Francia.

Con este motivo la ciudad de Ajaccio se había vestido de flores, los balcones ostentaban brillantes colgaduras y las calles rebosaban del gentío que había acudido de los alrededores, atraído por el alegre repique de las campanas que anunciaban el solemne oficio que debía celebrarse en la Catedral.

A las doce del día, en el momento en que terminaba la sagrada ceremonia y el Sol brillaba con toda su fuerza, vino al mundo en la noble casa de los Bonaparte, un niño

de gran cabeza, de viva fisonomía, que gritaba con fuerza y se agitaba con violencia.

Una buena y leal sirvienta de la familia, llamada Catalina, cuidaba del recién nacido, y al ver que al poco rato ya se chupaba el dedo pulgar, expresó ruidosamente su alegría, afirmando muy seriamente que debía considerarse como de buen agüero.

A los pocos días el niño fué bautizado con el nombre de Napoleón, siguiendo la costumbre establecida desde hacía siglos en la familia de los Bonaparte, de dar este nombre al segundo hijo que nacía (1).

Hasta los dos años fué un niño tranquilo y sumiso. A partir de esa edad, su carácter cambió de repente y se manifestó colérico, turbulento e indócil, y sobre todo imperioso y de una obstinación extraordinaria.

Además de José, el primogénito, Napoleón tuvo pronto otros hermanos: Luciano, Luis y Jerónimo; Elisa, Carolina y Paulina.

De todos ellos, según contaba su misma madre, era el más intrépido. En la habitación desmantelada y sin muebles que los niños tenían destinada para sus juegos, se entretenía en llenar las paredes de muñecos que querían significar soldados en fila, y cuando se cansaba de esta ocupación, asordaba los oídos de toda la familia batiendo un tambor que le habían regalado y golpeaba con un sable de madera cuanto estaba a su alcance.

Todos los hijos del matrimonio Bonaparte revelaron

---

(1) Napoleón era el segundo. Su hermano mayor se llamaba José.

desde pequeños grandes aptitudes, y comprendiéndolo así sus padres, procuraron emplear los medios que les permitían sus pocas rentas para darles una buena educación.

En los primeros años los niños estuvieron a cargo de un hermano de Bonaparte, arcediano, hombre inteligente, lleno de tacto y perspicacia, que adivinó desde el primer momento que podía esperarse de Napoleón gran resultado. Pero pronto la estancia del travieso muchacho en la casa se hizo insoportable, y para apaciguar las violencias de su carácter se decidió mandarlo a un colegio de niñas, confiando en que la dulzura de maneras de la bondadosa maestra suavizaría algo el carácter de aquel futuro dominador de hombres.

De esta época nos refiere él mismo la siguiente anécdota:

“Era un niño bonito entonces, y siendo el único, todas las niñas me acariciaban. Pero llevaba siempre las medias caídas sobre los zapatos, y como durante los paseos no quería soltar nunca la mano de una muchacha llamada Giacominetta, mis traviesas compañeras nos compusieron una canción. Apenas aparecía en la calle, me seguía un grupo de niños cantando:

*Napoleone di mezza calzetta,  
Fa l'amore a Giacominetta.*

(Napoleón, el que lleva las medias medio caídas, hace el amor a Giacominetta.)

”Mas yo no podía sufrir el ser objeto de burlas. Cogía entonces palos, piedras, todo lo que hallaba a mano, y me lanzaba furioso contra el grupo de mis perseguidores. Por fortuna se hallaba siempre en estas peleas alguien dispuesto



a intervenir y a sacarme de apuros; pero a mí el número no me asustaba; nunca contaba con cuántos tenía que luchar.”

Sobre su carácter explica también más tarde:

“Era testarudo, nada me espantaba, nadie me desconcertaba; era peleador y no temía a nadie. Pegaba a uno, arañaba a otro y me hacía temer de todos. Con quien más me metía era con José, mi hermano mayor. Le pegaba, le mordía, le reñía, y todavía no se había dado cuenta de lo que le pasaba, que ya estaba yo al lado de nuestra madre quejándome de él. Era cosa de llegar el primero y espabillarse, porque mamá Letizia hubiera pronto reprimido mi humor bélico y no hubiese tolerado mis algaradas. Su ternura iba acompañada de gran severidad y castigaba y premiaba, no dejando pasar inadvertida ni una falta, ni una buena acción.”

Uno de los rasgos distintivos del carácter de Napoleón cuando niño, era el orgullo que mostraba en que no le viesen llorar, y este sentimiento lo tenía tan arraigado, que casi siempre lograba contener las lágrimas, aunque le castigasen por culpas que no había cometido.

Teniendo siete años, sucedió que habiendo desaparecido unas frutas de un cesto, fué acusado de habérselas comido. Negó que fuese el culpable. A pesar de eso, no habiendo sido creído, tuvo que sufrir buen número de latigazos, que era un castigo muy corriente entonces.

Los recibió sin dejar escapar un quejido, ni una lágrima. Compadecidos de él, le dijeron que pidiera perdón y lo obtendría; mas el pequeño Napoleón, siempre obstinado,



siguió negando la falta, y tuvo que recibir otra tanda de golpes y pasarse tres días sin otro alimento que pan y queso.

Al cuarto día se averiguó que una niña amiga de sus hermanas era la autora del hurto, y todo el mundo quedó asombrado de la firmeza de carácter que ya mostraba a sus cortos años.

Al ser un poco mayor, tuvo que dejar la escuela de niñas y le hicieron ingresar en un colegio de jesuítas. Aunque su carácter seguía siendo turbulento, se aficionó tanto a la Aritmética y tomó un amor tan intenso al trabajo, que para no ser estorbado mientras estudiaba, de una especie de barraca que había detrás de su casa hizo un gabinete de lectura retirado y silencioso, donde nadie se atrevía a interrumpirle.

Pasaron los años, y en la familia Bonaparte que había ido aumentando, y en donde reinaba más la estrechez que la abundancia, se hablaba y discutía sobre la carrera que debían seguir los hijos. El padre de Napoleón, aunque descendiente de una noble familia toscana, en la que figuraban soberanos, guerreros, escritores y santos, poseía un patrimonio muy reducido, que sólo le producía unos 1.500 francos de renta. Con suma tan exigua se comprende la imposibilidad en que se hallaba de pagar los estudios en colegios de Francia.

Por fortuna para ellos, la política de este país en aquella época se esforzaba en atraer a los hijos de las familias nobles de las tierras anexadas, a fin de que completaran su educación en las escuelas reales de Francia. El conde

de Marbeuf, gobernador de Córcega, que apreciaba mucho a la familia Bonaparte, prometió interceder cerca del Rey para que éste tomara a cargo del Estado, por lo menos la educación de los dos hijos mayores; y tan hábilmente se pusieron en juego las influencias y recomendaciones del gobernador y de los Bonaparte, que las pensiones para los estudios fueron concedidas.

José debía seguir la carrera eclesiástica, Napoleón la militar.

Nada podía acomodarse mejor al temperamento y genio de éste que la carrera a que le destinaban. Sus aptitudes naturales para la guerra, sin duda se debían mucho al ambiente de su casa, al ejemplo de su padre, que se había distinguido en la lucha sostenida pocos años antes por la independencia de Córcega; pero sobre todo a la herencia materna, a la de aquel espíritu de la *signora Letizia*, mujer que además de ser la más bella de toda la isla, había sabido mostrarse la más heroica y abnegada durante aquella turbulenta época.

Obligada por patriotismo y por fidelidad a seguir en las marchas y contramarchas a la pequeña tropa con que el general Paoli luchaba contra los extranjeros, la señora Letizia, que llevaba entonces a su hijito José en brazos, se hacía admirar en toda ocasión por aquellos rudos soldados, debido al modo admirable como sabía soportar las fatigas y afrontar los peligros. Napoleón decía más tarde de ella: "Las privaciones, las fatigas, todo lo soportaba impávida; mi madre era una cabeza de hombre sobre un cuerpo de mujer."

Se acercaba el día en que ambos hermanos debían aban-

donar por primera vez el hogar paterno. José iba destinado a Autún, y Napoleón a Brienne; mas como éste desconocía entonces el francés, se decidió que pasaría unos meses en Autún con José, para aprender dicho idioma.

El día 17 de diciembre de 1778 fué el designado para la partida. ¡Qué acontecimiento en la familia! Era la primera vez que los hijos se separaban de su madre. En el muelle se hallaban presentes todos los parientes, la nodriza, las sirvientas y los amigos, y allí se mantuvieron agitando los pañuelos hasta que el buque que llevaba a los viajeros desapareció en el horizonte.

Tres meses pasó Napoleón en Autún, transcurridos los cuales poseía por completo el francés y estaba en disposición de ingresar en la Escuela Militar de Brienne para empezar sus estudios.

Contaba entonces nueve años y medio. Su figura raquí-tica, su aspecto algo taciturno, su semblante pálido y soñador, su afición a aislarse y su insociabilidad, no le atrajeron de momento las simpatías de sus nuevos compañeros de Brienne.

El pobre corso, trasplantado al suelo francés y separado tan joven de su familia, sentía profundas nostalgias y desalientos y veía agravada su situación por las burlas que de él hacían.

“En Brienne, según contaba más tarde siendo Emperador, era el más pobre de mis camaradas; todos llevaban dinero en el bolsillo, yo no poseía nada; eso sí, era orgulloso y procuraba que nadie se enterase.



”No sabía reír ni divertirme como los demás, por lo que, aunque era bien considerado, no me amaba nadie.”

Un solo amigo parece haber tenido en su primera época en aquella población: era Bourrienne, el que después llegó a ser su secretario particular. “Bourrienne, le decía, tú por lo menos no te burlas de mí, tú me quieres.”

En medio de estos disgustos y contrariedades, trabajaba seriamente, y no pasó mucho tiempo sin que se manifestara su excepcional inteligencia, que entonces despuntaba, sobre todo en Matemáticas y Geografía. Cuando hubo logrado que algunos profesores se fijaran en su persona, “en la escuela no se hablaba más que de mí, fui admirado y envidiado; empezaba a tener conciencia de mi fuerza y gozaba de mi superioridad”, escribió él mismo más tarde.

Esta superioridad de su talento y de su carácter fué poco a poco manifestándose también fuera de los estudios. Las burlas, debido quizá a algún buen golpe propinado a tiempo, habían ido desapareciendo, y ya aclimatado en el nuevo ambiente, no tardó en tomar sobre sus compañeros el ascendiente que por su naturaleza le correspondía.

Éstos le eligieron para que dirigiese sus diversiones, y desde entonces fueron mucho más interesantes, y sobre todo más útiles.

Con frecuencia organizaba fiestas históricas, juegos olímpicos, batallas o simulacros de sitio. En un invierno muy riguroso aprovechó la nieve caída para construir fuertes y reductos, que luego mandaba tomar por asalto, lanzando antes bolas de nieve, que hacían las veces de balas de cañón.





BATALLA DEL PUENTE DE ARCOLE (Cuadro de Vernet)

La posesión de este puente era muy importante. Viendo que los esfuerzos de sus generales habían resultado infructuosos, Napoleón se lanza hacia él, arrastrando tras de sí gran parte de sus tropas



Su sensibilidad extrema se manifestó un día en que, a causa de una travesura de colegial, fué condenado a comer arrodillado en el comedor en presencia de sus compañeros. Aceptó el castigo sin protestar; pero en el momento de sufrir la penitencia le dió un ataque de nervios tan súbito y violento, que los profesores, asustados, le mandaron sentarse, perdonándole y prometiéndose no volver a infligirle un castigo de tal naturaleza.

Su buen profesor de Matemáticas, el padre Patrault, al saber lo sucedido exclamaba indignado: “¡Tratar así al primer matemático de la escuela!”

Una de las distracciones favoritas de Napoleón en el colegio eran los libros. Leía la Historia: Plutarco y las vidas de los héroes eran las preferidas. Estas obras acostumbraron sin duda su espíritu a las ideas de grandeza que tuvo después, y le familiarizaron con los nobles ejemplos de conducta que trató de imitar en muchas ocasiones, cuando hubo alcanzado las cimas del poder.

En septiembre de 1784, después de cinco años, terminaba sus estudios en Brienne y alcanzaba una plaza en la Escuela Militar de París.

Su entrada en la capital, a los quince años, no hacía predecir, en verdad, la futura gloria del conquistador. Cuentan que entonces parecía un provinciano cursi y atontado, de aquellos que son víctimas de los timos que tanto abundan en las grandes ciudades. Sus vestidos estaban deslucidos, a causa de no disfrutar de las rentas necesarias para llevarlos siempre flamantes. Su aire no era el porte

desahogado y elegante del aristócrata que gasta y derrocha. Como tenía el instinto de la medida y del orden, había resistido siempre a la tentación de contraer deudas, a pesar del ejemplo de sus compañeros que querían seguir el tren de vida dispendioso de los hijos de familias ricas; y cuando alguien le ofrecía dinero, se ruborizaba y respondía: "Mi madre tiene ya bastantes cargas sobre sí y no debo aumentarlas con otros gastos, sobre todo cuando me son impuestos por la locura estúpida de mis camaradas."

En esta época de su vida sufrió la pérdida de su padre, que murió en Montpellier, siendo relativamente joven todavía. De éste se cuenta que al agravarse, conversando un día con su hijo José, que le acompañaba, le dijo: "Napoleón no me preocupa, ya sabrá abrirse camino"; y más tarde añadía: "José, tú eres el mayor, pero acuérdate siempre que Napoleón es el jefe de la familia."

El dolor del biografiado por esta su primera desgracia de familia fué grande. Para desahogar su pena y llevar algún consuelo a los suyos, escribió a su madre una sentida carta en que se leía:

"Consuélese, querida madre; las circunstancias así lo exigen. Nosotros, sus hijos, redoblabamos nuestros cuidados y nuestro agradecimiento, considerándonos muy dichosos si logramos con nuestra obediencia y afecto compensar en algo la irreparable pérdida de su esposo, nuestro padre tan querido.

"Termino mi carta, querida madre, el dolor mismo me lo impone, rogándole que calme el suyo. Mi salud es excelente; todos los días ruego a Dios para que le



consERVE la suya. Presente mis respetos a la tía Gertrudis, etc., etc.”

En la Escuela Militar fué, como en Brienne, apreciado por casi todos sus profesores en su justo valor. Lo único que tenían que reprocharle era su carácter inquieto y dominante; y como por otra parte se mostraba profundo observador y crítico de todo lo que pasaba a su alrededor, y manifestaba francamente sus opiniones y maneras de pensar, juzgándole molesto y al mismo tiempo suficientemente instruído, decidieron adelantar la época de sus exámenes.

Resultado de sus meditaciones y crítica sobre el régimen de vida de la Escuela fué el plan de reforma que antes de abandonarla se atrevió a presentar al marqués de Timbrune, entonces director del establecimiento. En un párrafo de su trabajo se leía: “¿No sería mejor obligar a los alumnos a servirse ellos mismos y hacerles comer pan de munición o cualquier otro parecido? ¿No sería más práctico acostumarlos a sacudir y cepillar sus vestidos; a limpiar sus zapatos y botas, puesto que están destinados al servicio militar?... Constreñidos a una vida sobria, ganarían en robustez, se acostumbrarían a afrontar la intemperie en todas las estaciones, a soportar con valor las fatigas de la guerra y a inspirar el respeto y la abnegación a los que estuviesen bajo sus órdenes.” ¡Así se expresaba este gran organizador a los diez y seis años!

El 1.º de septiembre de 1785, Napoleón acabó sus exámenes, y habiendo obtenido un resultado brillante, fué inscrito en primer lugar en la lista de nombramientos que debía ser presentada al Rey, y en octubre recibió el grado

de segundo teniente de Artillería, que era el arma que había elegido, y al mismo tiempo la orden de incorporarse al regimiento de La Fère, de guarnición en Valence.

En esta plaza hizo la vida de sus compañeros oficiales, jóvenes todos; frecuentó salones y se lanzó a la vida de sociedad. Pero después del primer invierno sintió la nostalgia de su país y pidió licencia para pasar unos meses con su familia, licencia que le fué concedida. ¡Con qué placer volvió a abrazar a su madre, después de siete años y medio de no verla!

Mientras se halló en Córcega estuvo ocupadísimo, arreglando asuntos de familia y la administración de sus bienes, muy descuidados desde la muerte de su padre y la ausencia del hermano mayor.

Terminado el plazo de su licencia, tuvo que dejar de nuevo a los suyos e incorporarse a su regimiento en Auxona, donde llegó el 1.º de mayo de 1788.

En esta nueva guarnición no siguió la vida de recepciones y placeres que había llevado en Valence. Su estancia en Córcega y el recuerdo de su familia, que había dejado viviendo sin servicio y en estrechez próxima a la miseria, habían dejado en su alma una huella de tristeza.

Los que le conocieron entonces, refieren que vivía de manera pobre, alimentándose insuficientemente, pero sin deudas, y soportando su estado con buen humor y nobleza. Entregado todo el día al estudio y al trabajo, para aumentar sus recursos, se dedicó también a dar lecciones de Matemáticas a los compañeros que estaban más atrasados.

Una carta a su madre da idea de la vida que llevaba: “No tengo más recurso que el trabajo. Me cambio la ropa cada ocho días y duermo muy poco. Me acuesto a las diez y me levanto a las cuatro de la mañana. Hago una sola comida al día, a las tres, y eso sienta muy bien a mi salud.”

Tantos trabajos y privaciones y la constante preocupación por los suyos acabaron por atacar su salud hasta el punto de llegar a inspirar serios cuidados.

A pesar de su retrainamiento, su inteligencia no pasó inadvertida al barón de Teil, director de la Escuela de Auxona y uno de los generales de Artillería más distinguidos de su tiempo. En una conversación que tuvo con el joven oficial, quedó admirado de la manera cómo desarrollaba sus ideas, todas precisas y claras, y de la lógica y profundos conocimientos técnicos que poseía. Tan buena impresión le produjo que, reconociéndole superior a todos los oficiales que hasta entonces había conocido, le confió la dirección del polígono. Hablando de él solía exclamar: “Es un oficial que dará mucho que hablar. ¡Ojalá sea en bien!”

El barón era severísimo. Un día que Napoleón no había ejecutado sus órdenes al pie de la letra, le tuvo arrestado veinticuatro horas. Eso no obstaba para que éste le considerase, o quizá precisamente por eso le profesaba un profundo cariño, hasta el punto que siendo Emperador se complacía en repetir: “Es el general Teil el que me ha enseñado a obedecer y a mandar.”

Al año siguiente, 1789, estalló la Revolución. Los oficiales de Artillería, como todo el país, estaban muy divididos en sus opiniones, y unos se inclinaban a tomar el partido



del pueblo y otros a sumarse al de la Corte. Napoleón, apasionado por la gloria nacional, que creía ver en la renovación del Estado de Francia en aquella época, e impregnado, como gran parte de la juventud ardorosa, de las ideas de su tiempo, y con su instinto que le hacía presentir los grandes y graves acontecimientos que se acercaban, tomó resueltamente el partido de la Revolución.

En los años que transcurrieron hasta el 1793, continúa viviendo en la estrechez; escribe una serie de obras, entre otras, una historia de Córcega, impregnadas de las ideas filosóficas y políticas de su época, y procura, en la medida de sus pocos recursos, ayudar a su familia con la generosidad que siempre mostró para con ella.

No teniendo con qué pagar la educación de su hermano Luis, se lo lleva consigo, comparte con él su sueldo de oficial, 92'25 francos mensuales, y para enseñarle las lecciones y convertirlo en hombre consagra horas y horas, que roba al sueño y a sus múltiples ocupaciones.

Una licencia de seis meses le había permitido volver a Córcega. Allí, viendo que todavía no se había dejado sentir la terrible conmoción que agitaba a toda Francia y que sus compatriotas permanecían indiferentes a las nuevas ideas, reunió a sus amigos, les obligó a abrir un club, donde se discutían las nuevas teorías políticas, hizo adoptar la bandera tricolor (1), distintivo de los patriotas, y organizó una

---

(1) Los sublevados que habían tomado la Bastilla ostentaban insignias con los colores de las armas de París: rojo y azul. La Fayette, observando que estos colores eran también los del duque de Orleans, añadió el blanco, que simbolizaba la realeza.



Guardia Nacional formada con ciudadanos, a semejanza de lo que se había hecho en todas las poblaciones de Francia.

En abril de 1791, fué ascendido a primer oficial de Artillería, y en febrero del año siguiente se hizo nombrar teniente coronel de la Guardia Nacional, sin duda para percibir un sueldo más crecido que le permitiera sostener mejor a su familia.

Durante el desempeño de su nuevo cargo, un miembro de la Asamblea Legislativa le acusó de haber mandado disparar contra el pueblo en una algarada ocurrida en Ajaccio. La acusación en aquellos momentos era grave.

Llamado a París para justificarse, se vió condenado a perder el tiempo en espera de una audiencia con el Ministro y a consumir los pocos fondos que había logrado reunir para el viaje.

Allí tuvo la suerte de encontrarse con Bourrienne, su amigo de Brienne. "Nuestra amistad de la infancia continuó tan íntima como siempre, cuenta Bourrienne en sus Memorias. No éramos muy felices en esa época; la adversidad pesaba sobre él y los recursos le faltaban con frecuencia. Pasábamos el tiempo como jóvenes de veintitrés años que no tienen nada que hacer y que cuentan con poco dinero; él aun poseía menos que yo. Cada día hacíamos nuevos proyectos y buscábamos el modo de obtener emolumentos con alguna especulación.

"Una vez se le ocurrió arrendar conmigo unas casas en construcción de la calle de Montholon, para realquilarlas luego."

Si comían juntos, casi siempre pagaba Bourrienne, y

cuando se quedaba solo, tenía que ir a un *restaurant*, en donde cada ración costaba treinta céntimos.

Un día (20 de junio de 1792) en que los dos amigos se paseaban por París, vieron pasar las bandas de agitadores que venían de los barrios bajos y se dirigían al palacio de las Tullerías. "Sigamos a esta canalla", dijo Napoleón. Aquella multitud de cinco o seis mil hombres, harapientos, armados de modo ridículo, soltando las más groseras provocaciones contra el Rey, produjo en el ánimo del joven oficial la mayor repugnancia por la demagogia y la anarquía. Pero al contemplar otra humillante escena en que el Rey salió al balcón rodeado de facinerosos, viéndose obligado a cubrirse la cabeza con el gorro frigio y a beber un vaso de vino, no pudo contenerse y gritó: "¡Qué cobarde! ¿Cómo han podido dejar entrar a esa canalla? Debieron haber barrido cuatrocientos o quinientos a cañonazos y el resto correría todavía."

Resuelto favorablemente el asunto que lo había llevado a París, regresó a su casa, no queriendo desamparar a su familia en los momentos en que se preveían los espantosos acontecimientos que agitaban todo el país.

Al desembarcar en la isla, la halló conmovida con la noticia de la vuelta de Paoli.

Paoli era el héroe nacional, el noble defensor de la independencia de aquella tierra, el que con un puñado de valientes, entre los que se hallaba el padre de Napoleón, le había faltado muy poco para lograr su objeto y triunfar sobre las armas francesas. La Revolución le permitía ver de nuevo a su patria después de veinte años de ausencia, y el



BONAPARTE EN EL PUENTE DE ARCOLE (Cvadro de J. A. Gros, Versailles)





pueblo, delirante de entusiasmo, se disponía a recibirle y a rendirle homenaje.

Los Bonaparte, creyéndole sinceramente reconciliado con Francia, mostraron públicamente su adhesión al viejo general, y a su llegada le acompañaron, sirviéndole de escolta cuando hizo su entrada triunfal en Bastia, en medio de una muchedumbre que se agolpaba ansiosa de contemplarle.

Napoleón desde niño admiraba a Paoli. Teniéndole cerca, procuró verle con frecuencia, y tuvo la fortuna de hallarle en el campo de Ponto-Novo, donde se había librado la batalla en que habían quedado vencidos los patriotas, perdiéndose como resultado toda esperanza de alcanzar la independencia.

Paoli le explicó sobre el terreno las posiciones que habían ocupado ambos ejércitos el día de la lucha, le detalló el esfuerzo glorioso, las maniobras de sus tropas, el heroísmo de los vencidos, inflamando con su relato el ánimo del joven oficial. Después, observando las preguntas que éste le hacía y admirado de su perspicacia y de las viriles opiniones que sustentaba, le dijo: “¡Oh, Napoleón! Tú no tienes nada de moderno; perteneces a Plutarco.”

El joven oficial adoraba a aquel ídolo del pueblo. Sólo más tarde, cuando entró en sospechas de que Paoli escuchaba proposiciones de los ingleses e intrigaba contra Francia, se alejó de él.

Y no eran vanas sus creencias. La Convención tuvo también noticias de los manejos de Paoli y lo desterró de la isla. Éste, entonces, rebelándose contra tal acuerdo, reunió sus

partidarios y se dispuso a la lucha como veinte años antes había hecho.

Toda la isla se dividió en dos bandos. Los Bonaparte fueron invitados a unírsele; pero la noble señora Letizia, indignada de lo que consideraba en aquellos momentos una felonía, se negó a seguir su partido y aconsejó a sus hijos que permanecieran fieles a Francia.

Napoleón y sus hermanos José y Luciano tuvieron que escapar disfrazados; tal era el apasionamiento y el odio que los partidos se profesaban. La pobre madre se quedaba sola con los pequeños a merced de su enemigo si triunfaba; pero la señora Letizia era de raza de las heroínas, y al despedir a sus seres queridos no había sabido decirles sino: "Id, hijos míos, adonde el interés público reclame vuestra presencia y no os preocupéis de vuestra madre, sino después de ver la patria en salvo."

Al principio, gracias al apoyo de un representante del pueblo, logró defenderse de sus enemigos, esperando siempre la llegada de la escuadra francesa para escapar del país; pues Paoli la perseguía, quería tenerla en su poder en rehenes, con la esperanza de obligar a sus hijos a reunirse con él. Un suceso inesperado la salvó de tal humillación y al mismo tiempo mostró hasta dónde llegaba la firmeza y el temple de alma de esta mujer.

Una noche penetró en el cuarto de la altiva señora una cuadrilla de campesinos armados. Al verlos de momento, se creyó cogida, pero pronto reconoció al jefe de la banda, Costa de Bastelica, el más abnegado de sus partidarios: "Pronto, señora Letizia, le dijo; los secuaces de Paoli me

siguen de cerca, no hay minuto que perder. Aquí están todos mis hombres. Nos salvaremos o pereceremos juntos."

Entonces la madre y los niños pequeños se colocaron en medio de la pequeña columna, y silenciosos se alejaron en la obscuridad de la noche hasta llegar por la madrugada a la vista de Ajaccio. Al salir el sol les llamó la atención una humareda que se levantaba en el centro de la ciudad. "Es vuestra casa que arde", le dijo uno a la señora. "¡Qué importa, replicó ella; la reconstruiremos más bella todavía! ¡Viva Francia!"

Sólo después de dos días de marcha pudo embarcarse en una nave francesa que la condujo a Tolón, desde donde se dirigió a Marsella, quedando instalada allí toda la familia.

En los primeros tiempos carecieron de todo, sosteniéndose gracias al pan de munición que recibían gratuitamente como patriotas refugiados, y a la paga de Napoleón, que entregaba íntegra a su madre. Únicamente pudo salir de la estrechez al ser nombrado José comisario de guerra y Luciano, empleado en el servicio de las subsistencias militares.

Napoleón se separó entonces de su familia para reunirse a su regimiento en Niza, y ascendiendo a capitán, fué luego destinado al servicio de las baterías de la costa.

En esto, la Revolución, que en 1793 estaba en su apogeo (1), provocaba en Lyon y Tolón insurrecciones realistas,

---

(1) El 21 de enero Luis XVI había sido ejecutado. La Monarquía había sido abolida y se había establecido la República.



apoyadas por el extranjero. Lyon fué sencillamente sometida ; pero en Tolón, donde los revoltosos eran dueños del Municipio, negociaron con el almirante inglés de una escuadra que surcaba aquellas aguas. La flota entró en el puerto, donde desembarcó tropas inglesas, españolas y napolitanas.

Un ejército francés al mando del general Carteaux se puso inmediatamente en marcha para tomar la ciudad. Los representantes del pueblo, Saliceti y Gasparini, que acompañaban al ejército y vigilaban sus operaciones, tenían noticia de las admirables cualidades militares y de los profundos conocimientos técnicos que Napoleón poseía, y habiendo ocurrido la muerte de Dommartin, jefe de la Artillería, fué llamado para dirigir el servicio de las baterías de sitio con el grado de teniente coronel.

Apenas llegado a Tolón, pudo observar el desorden que reinaba en todos los servicios y en la dirección de las operaciones. Constantemente se veían entorpecidas por falta de material, por la ignorancia del personal y por la confusión que había presidido a los nombramientos de altos cargos.

Al llegar al campamento, la primera sorpresa se la proporcionó el mismo general en jefe. Carteaux era hombre soberbio, rubio, dorado desde los pies hasta la cabeza, según decía Napoleón, y al ver al nuevo jefe de Artillería, le preguntó con sorna : “¿Qué os trae por aquí?” El joven oficial presentó su nombramiento, a lo que añadió Carteaux : “Está bien, pero su venida es inútil ; nada necesitábamos para apoderarnos de la ciudad. Sin embargo, usted disfrutará de parte de la gloria de tomarla, sin haber compartido los peligros.”



Al día siguiente, cuando fueron a inspeccionar los trabajos que había dispuesto para iniciar la ofensiva, al pasar por la altura desde la que se dominaba la rada, el general observó algunas piezas de artillería y tierras removidas, cuyo objeto no podía comprender. “¿Son nuestras baterías?”, gritó Carteaux con altanería. “Sí, mi general.” “¿Y nuestro parque?” “Allí, mi general, a cuatro pasos.” “¿Y nuestras balas enrojecidas?” “Allí cerca, donde dos compañías las calientan desde esta mañana.” “Pero ¿cómo transportaremos estas balas rojas?”, preguntó Carteaux.

Nadie supo contestar a esto. Entonces, dirigiéndose a Napoleón, le preguntó si conocía algún medio para sacarlos del apuro.

Éste, disimulando la impresión que la insuficiencia del general le producía, le contestó que lo mejor era prescindir por entonces de las balas enrojecidas y que un disparo de ensayo era lo más prudente para poder apreciar antes el alcance del cañón.

Se hizo un disparo, y Carteaux vió asombrado que la bala no alcanzaba al tercio de la distancia. Aquí fué el lanzar insultos y el increpar a los aristócratas y traidores. Por fortuna se presentó en aquel momento el representante del pueblo, Gasparini, y Napoleón, aprovechando la ocasión, le expuso el modo lamentable con que se llevaban las operaciones del sitio e insistió con vehemencia para que le fuese conferida la dirección.

Gasparini, que era inteligente, accedió. Desde aquel momento las operaciones tomaron otro aspecto. Se vió al joven oficial en todas partes, organizando, dirigiendo y or-

denando como un verdadero jefe. Su actividad y sus acertadas disposiciones no tardaron en crearle una influencia positiva en todo el ejército, de tal modo, que cada vez que el enemigo intentaba una salida, obligando a los sitiadores a algún movimiento rápido e inesperado, no había en todos más que un pensamiento: "Avisad al comandante de Artillería; preguntadle qué hay que hacer; él conoce mejor que nadie todos los lugares."

Napoleón daba el ejemplo a todos. Sin preocuparse de su persona, se exponía constantemente al fuego enemigo, dormía al pie de los cañones, hacía las marchas como sus soldados y llegaba a disparar algunas veces las piezas, si algún artillero faltaba. Tres caballos perdió durante el sitio, y rechazando un ataque de los ingleses fué herido de un bayonetazo en una pierna.

Su tacto para escoger los hombres y atraérselos también empezó a manifestarse en esta campaña, y muchos de sus compañeros de sitio llegaron a ser más tarde sus más fieles colaboradores.

El modo como conoció y tomó cariño a Junot, merece contarse.

Durante los trabajos de construcción de una batería, pidió un hombre que supiera escribir. Uno salió de la fila y se puso a anotar, apoyado en la cureña de un cañón, lo que el jefe le dictaba. Apenas hubo terminado la carta, cuando una bala de cañón vino a caer a sus pies, cubriéndola de tierra: "Bueno, dijo tranquilamente Junot; así no necesitaremos arenilla."

Esta broma y la calma con que fué dicha atrajeron las

simpatías de Napoleón, que desde aquel día lo tomó a su servicio y más tarde lo hizo duque de Abrantes, coronel general de húsares, comandante en Portugal y gobernador general de Iliria.

Con su rápida intuición de las cosas, había comprendido desde el primer momento que, tomando un fuerte llamado Pequeño Gibraltar, la ciudad, como una fruta madura, caería por sí misma. Con gran sigilo había logrado colocar una batería cerca del fuerte sin que el enemigo lo advirtiera. Mas una mañana, al ser descubierta por los ingleses, concentraron sus fuegos sobre ella. De tal modo llovían los proyectiles, que los artilleros rehusaban mantenerse en sus puestos. Napoleón, que conocía el corazón humano tan bien como el manejo de sus cañones, puso delante de aquella batería un letrero que decía: "La batería de los hombres sin miedo." Sus soldados, desde aquel día, se disputaban por ocupar aquel lugar de peligro.

A los tres meses de sitio, después de tres días de bombardeo, el fuerte fué tomado por asalto, figurando el bravo y joven oficial al frente de las tropas de reserva. Como había previsto, al rendirse el fuerte, la ciudad no opuso la menor resistencia, y al día siguiente el ejército republicano entraba en ella.

El éxito se debía a Napoleón; así lo reconocían todos. Como recompensa, además de recibir las calurosas felicitaciones de todo el ejército, se vió ascendido a general de brigada a los veinticuatro años.

Desde este momento empieza su inmortalidad, como dice Las Cases. La toma de Tolón fué el principio de su inaudita



carrera. La admiración del general en jefe, Dugommier, que había substituído a Carteaux, se expresó en la relación que mandó a París, diciendo que tenía a sus órdenes un joven que merecía se le prestase gran atención, porque hacia cualquier parte que se inclinase, su decisión pesaría en la balanza.

Napoleón no creyó haber hecho nada extraordinario. Su gran ambición se hallaba todavía dormida, y ya veremos más adelante los nuevos y grandiosos triunfos que vinieron a despertarla.

Después de la toma de Tolón, el joven general siguió prestando valiosos servicios en la inspección de baterías de la costa, trazando el plan de campaña del ejército de la frontera de Italia y desempeñando delicados cargos.

Robespierre el joven, hermano de Robespierre, el árbitro de la República y personaje más influyente en la Convención, que había tratado a Bonaparte, apreciando de cerca su mérito, le invitó a acompañarle a París, ofreciéndole el mando de las fuerzas de la capital, en substitución del inepto general Henriot. Antes de dar una respuesta, Napoleón estuvo algún tiempo indeciso; aceptar significaba apoyar con su prestigio el partido del Terror que representaba Robespierre. Por fin, comprendiendo que no era prudente mezclarse en la tempestuosa política de aquel tiempo, rehusó las tentadoras ofertas y se quedó en el ejército de Italia. "Si no hubiera rehusado, observaba Napoleón en Santa Elena, quién sabe adónde me hubiera conducido este primer paso y qué otro destino me esperaba."





BATALLA DE RIVOLI, 1797 (Cuadro de Philppoteaux)

La batalla de Rivoli fué una de las acciones más brillantes y heroicas. Napoleón, con sólo 30,000 hombres, derrotó a los austríacos, muy superiores en fuerzas, y les hace 20,000 prisioneros



Los acontecimientos del 9 Thermidor (27 de julio de 1794) en que la Convención decretó el arresto de Robespierre, suscitaron cambios en los Comités y se hicieron nuevos nombramientos en el ejército. Con motivo de estas modificaciones, Napoleón se vió nombrado general de Infantería y destinado al ejército de la Vendée.

El disgusto de Napoleón fué profundo. ¡Hacerle abandonar la Artillería, su arma predilecta, y además, mandarlo a la Vendée, donde una guerra civil ardía! Luchar contra franceses le repugnaba, habiendo en la frontera enemigos que combatir.

Sin duda urdieron esta baja intriga para denigrarle, creyéndole partidario de Robespierre por el mero hecho de haber estado en relación con su hermano. De todos modos, esta circunstancia le obligó a dirigirse a París para protestar y reclamar de un cambio que no le convenía.

Estaba a la sazón al frente del Comité de guerra un tal Aubry, hombre mediocre y rencoroso. La entrevista que tuvieron fué una verdadera escena. Napoleón insistía con vehemencia en que se le conservara su puesto en la Artillería, que era su especialidad; Aubry se obstinaba agriamente en negarse, porque tenía el poder en su mano. Como excusa alegaba que el peticionario era demasiado joven, pues sólo tenía veintiséis años, y que era preciso que pasaran adelante los más antiguos. A esto Napoleón contestó: "Se envejece rápidamente en los campos de batalla, y de allí vengo."

Como Aubry no había visto nunca una batalla, la con-



testación le hirió en lo más vivo, y los dos hombres se separaron disgustados uno del otro.

El joven general, después de esta inútil entrevista, presentó su dimisión. Con las influencias y amistades contraídas en Tolón, pudo lograr el permiso de permanecer en París, sin sueldo, y como andaba escaso de medios económicos, tuvo que simplificar el tren de vida que llevaba desde su ascenso a general; vendió su coche y hasta admitió de vez en cuando algún dinero del que Junot, su compañero inseparable, recibía de su familia.

Esta época en que, vuelto a la vida privada, sufrió el martirio de verse casi olvidado, duró algún tiempo. Sin embargo, aquella inacción era intolerable para su carácter ardiente y emprendedor. Esperando un cambio político, distraía sus ocios y calmaba su impaciencia frecuentando el mundo elegante, que por aquel entonces volvía a abrir sus salones y a organizar reuniones y fiestas, como si nada hubiese sucedido.

En este tiempo trabó amistad con los hombres de ciencia más eminentes y con los literatos y artistas más renombrados; mas todo esto no bastaba a consolarle.

Cansado de esperar que las circunstancias le ofreciesen nueva ocasión de mostrar su actividad y desplegar toda la fuerza de su inteligencia, llegó a pensar en marcharse a Turquía y ofrecer sus servicios al Sultán. Ya tenía el permiso para trasladarse a Constantinopla con algunos oficiales adictos a su persona, cuando sus amigos, dolidos de que su talento quedara sin empleo, le hicieron concebir la esperanza de que iban a realizarse pronto sus deseos.

Acababa de encargarse de la dirección de las operaciones en el Comité de guerra, Pontécoulant. Éste, al tomar posesión de su cargo, vió al extremo a que había llegado el desorden en las oficinas y quedó perplejo y sin saber qué partido tomar.

En esto le hablaron de Napoleón como de un general que había estado en Italia y verdadero conocedor de aquel país. Pontécoulant le hizo llamar, y al día siguiente vió aparecer ante sí un joven de lindo semblante, ojos de viveza extraordinaria y de un aire delicado y enfermizo.

Aunque el aspecto le extrañó en gran manera, quedó encantado de la conversación, y le rogó que le mandara su informe por escrito. Napoleón, creyendo que trataban de apartarse de él por aquel procedimiento, no quería tomarse la molestia de hacerlo, y únicamente lo realizó a ruegos de sus amigos.

La Memoria produjo tan excelente impresión, que el joven general fué llamado a formar parte de la sección encargada de estudiar los planes de guerra y de inspeccionar todas las operaciones militares de la República.

Ejerciendo su nuevo cargo fué cuando trazó el admirable plan de campaña de Italia que debía llevar a cabo él mismo el año siguiente, produciendo el asombro de toda Europa.

No obstante, antes tuvieron que producirse acontecimientos políticos que dieron ocasión propicia para que sobresaliera este hombre excepcional y se abriera el camino de los hechos prodigiosos que llenaron su vida.

La Convención estaba entonces en manos de los tem-

peramentos moderados, alejados tanto de la reacción realista, que empezaba a tomar incremento, como de los excesos de los terroristas. Impotente, por desgracia, para restablecer el orden en la Hacienda pública y en la Administración, veía cómo su debilidad provocaba la audacia de sus enemigos.

Una sección de realistas de París había tomado la iniciativa de un golpe revolucionario dirigido contra la Convención. Como el movimiento amenazaba extenderse por todo París, y el general Menon, comandante en jefe de las tropas, no lograba disolver a los manifestantes, antes al contrario, parecía dispuesto a parlamentar con ellos, la Convención se creyó perdida e investió a Barrás con el poder supremo.

Pero Barrás no era militar, y en aquellos momentos se necesitaba un general, una espada que restableciera el orden y la legalidad. Algunos miembros que habían asistido al sitio de Tolón y estaban en relación íntima con Bonaparte, por la prontitud de su golpe de vista y la energía de su carácter, lo propusieron como el más capaz de sacarles de aquella situación peligrosa.

Barrás lo mandó llamar: “¿Aceptaría usted el mando del ejército de la Convención?”, le preguntó al verle entrar en su despacho. El joven general pidió unos minutos para reflexionar, y habiendo pensado que al fin y al cabo la destrucción de la Convención hubiera dado por resultado el triunfo del extranjero y el fracaso de las conquistas de la Revolución, que tanta sangre venían costando, formó su propósito y dijo a Barrás: “Acepto, pero os prevengo que si desenvaino la espada, no la vuelvo a envainar hasta haber



restablecido el orden." Esta escena tuvo lugar el 13 Vendimiario (6 de octubre de 1795), a la una de la madrugada.

Sin perder un momento se encargó del mando de las tropas y pasó la noche informándose minuciosamente del estado de sus fuerzas y reuniendo los medios de defensa.

Por la mañana estallaba la insurrección. Veinte mil realistas, armados y provistos de cañones, se dirigían hacia la Convención. Barrás, encargado de defenderla, no contaba más que con 5.000 hombres y, además, no se decidía a hacer fuego contra el pueblo. Pero Napoleón, que no temía la represión enérgica, viéndole inactivo se le acercó y le preguntó bruscamente: "¿Esperáis acaso que el pueblo os dé permiso de disparar sobre él?" Desde aquel momento la artillería, dirigida por su mano experta, dispersó a los grupos de asaltantes, ametrallándoles dondequiera que intentaban reunirse y hacer resistencia.

Gracias a la energía y pericia de este jefe, la insurrección quedó dominada aquel mismo día y la Convención podía considerarse triunfante.

Con este acto, que tuvo en el país una enorme resonancia, el olvidado general salía de la obscuridad y se convertía en el Salvador de la República. La Convención, en sesión solemne, le nombró por aclamación general en jefe del ejército del interior.

---

## CAPÍTULO II

### El general Bonaparte

Se casa y se encarga de ejecutar el plan de campaña de Italia. — Batalla de Lodi y entrada triunfal en Milán. — Emocionante victoria en el puente de Arcole. — Batallas de Rívoli, cerca de Mantua y contra el archiduque Carlos. — Paz con Austria. Recibimiento que hizo París al vencedor. — Expedición a Egipto. — Guerra con Turquía. — Debido a las noticias que recibe de Francia, se embarca para salvarla. Substituye al Directorio y es nombrado Primer Cónsul.

Instalado en su cuartel general, Napoleón abandonó su vida sencilla; a la pobreza de sus últimos tiempos sucedió, como por arte de encantamiento, la abundancia y el lujo. Para ponerse a la altura de su alto rango social, se procuró carruajes y criados, aprovechando también este primer golpe de fortuna para proteger a todos los miembros de su familia y mandar 60.000 francos a su madre.

Mientras Napoleón hacía frente a las mil dificultades que los realistas, las cuestiones financieras y el hambre misma oponían al desempeño de su nuevo cargo, el Directorio, que era el gobierno de cinco miembros que había sucedido a la Convención, se ocupaba en organizar la lucha contra todas las naciones vecinas que, atizadas por Inglaterra, estaban en lucha con la República.

El plan de invasión de Italia que el experto jefe había

presentado años antes, había sido adoptado por el Directorio; pero los generales que operaban en la frontera declaraban que el ejército se hallaba en estado tan miserable que le era imposible avanzar.

Y, sin embargo, como precisaba obrar con rapidez, el Directorio decidió que el mismo Napoleón se encargara de llevarlo a la práctica, nombrándole general en jefe del ejército de Italia.

Cuando recibió la orden de ponerse al frente de sus tropas, acababa de casarse con Josefina de Beauharnais, una de las mujeres más atractivas y distinguidas de París, viuda del general Beauharnais, que había muerto durante el reinado del Terror.

El día del casamiento sucedió una escena que todos los historiadores se complacen en citar.

Estando los futuros esposos en casa del notario de la señora de Beauharnais, ésta manifestó el deseo de hablar a solas con él. Mas habiendo, por descuido, dejado entreabierta la puerta, el general, desde fuera pudo oír las siguientes palabras: "Qué, ¿persistís en querer casaros con Bonaparte, que sólo posee la capa y la espada?" Napoleón no articuló palabra; sólo cuando llegó el momento en que el notario terminaba la lectura del contrato y pronunciaba: "El futuro esposo declara que nada posee", "Podéis borrar esa frase", dijo con vehemencia: "escribid: poseo mi espada".

A los nueve días de efectuado el enlace, salía de París, habiendo recibido del Directorio para los gastos de la campaña la ridícula suma de 2.000 luises.



Al llegar a Niza el 26 de marzo de 1796, halló las tropas en situación todavía más lamentable de lo que se imaginaba. El pan y la carne faltaban con frecuencia, el ejército poseía sólo 400 mulos y no se podían transportar más que doce piezas de artillería. He aquí lo que escribió al Directorio: "No podéis imaginaros el estado en que he hallado la administración del ejército. Cuando me puse al frente, los soldados demostraban su mala voluntad, su indisciplina y su insubordinación... La avidez de los que tendrían que abastecernos nos deja desprovistos de todo. Mi vida es aquí inconcebible: llego cansado, pero me es forzoso pasarme las noches en vela, con el fin de poder administrar e ir de un lado a otro para restablecer el orden."

Y lo que agravaba las cosas era que en el ejército no tenía el prestigio conquistado en los círculos políticos de París. Los viejos generales se burlaban de sus pocos años, de su aspecto flaco y enfermizo y de sus cabellos lacios pegados a la frente. Su misma reputación de matemático y soñador hacía, como dice el general Lasalle, que se le viese como un oso, porque estaba siempre solo, absorbido en sus meditaciones.

Sin embargo, el nuevo jefe les demostró pronto que había nacido para el mando.

Cuando se presentó en Albenga, los generales de división que allí se hallaban, entre otros Augereau, soldado valiente, altivo y orgulloso de su estatura, se disponían a no dejarse dirigir por un favorito del Directorio, un general de calle, como decían.

El día de la recepción, Napoleón empezó por hacerles



EL 18 BRUMARIO (Cuadro de Bouchat, Louvre)

El Consejo de los Quinientos era hostil a los planes de Napoleón. Al leerse el proyecto de disolución del Directorio, se produjo un gran tumulto





esperar. Por fin aparece entre ellos, se ciñe la espada, se pone el sombrero, explica sus disposiciones, da sus órdenes, y sin más, se despide.

Augereau queda estupefacto. Al salir a la calle convienen todos en que, a pesar de su delgadez, el joven general tiene un aire imponente, y no aciertan a explicarse la impresión aplastante que les ha producido.

He aquí el plan de campaña que el nuevo jefe se disponía a llevar a cabo: invadir el Norte de Italia y ganar algunas batallas que obligasen al rey de Cerdeña, aliado con Austria contra Francia, a separarse de la coalición. Obtenido esto, y libres ya de tal enemigo, se atacaría la Lombardía, entonces en poder de Austria, y si la fortuna se mostraba propicia, se haría de este modo la paz con dicha nación.

Antes de lanzar sus regimientos sobre Italia, trató de levantar el espíritu de sus tropas con la siguiente proclama:

*“Soldados: estáis casi desnudos y mal alimentados; el Gobierno os debe mucho, pero no puede daros nada. Vuestra paciencia y el valor demostrado en estos lugares son admirables... Yo quiero conducirlos a las llanuras más fértiles del mundo. Ricas provincias y grandes ciudades caerán en vuestro poder, y allí encontraréis honores, gloria y riquezas.*

*Soldados de Italia: ¿Os faltará acaso el valor o la constancia?”*

El 2 de abril salió el ejército de Niza, y con tanta rapidez y audacia se llevaron las operaciones, que cada día era señalado con una victoria. El 28 del mismo mes, después de las batallas de Montenotte y Millesimo, el rey de Cerdeña

firmaba un armisticio, se separaba de la alianza con Austria y pedía la paz.

El éxito de esta vertiginosa campaña no podía ser más completo. La primera parte del plan se había cumplido; faltaba entonces lo más importante: destruir el ejército austríaco de 40.000 hombres que al mando del general Beaulieu se había replegado sobre Milán para defenderla.

Los franceses, para atacar a los austríacos, tenían que atravesar el Po. Pero ¿cómo hacerlo sin material de puentes y vigilados por los enemigos que, conociendo las dificultades de esa maniobra, no les perdían de vista?

No disponiéndose de la fuerza necesaria, el general Bonaparte tuvo que recurrir a la astucia, y para lograr su intento fingió querer pasar el río por Valenza, mientras hacía desfilar con gran sigilo sus tropas hasta Plasencia. Allí reunió rápidamente todas las barcas y maderas que pudo, y construyendo grandes balsas, en dos días tuvo su ejército ya formado en la orilla opuesta, sin que el enemigo lo hubiera advertido.

Durante su estancia en Plasencia, halló todavía tiempo para tratar con los duques de Parma y Módena, los separa de la coalición, logra de cada uno de ellos 10.000.000 de francos, municiones y víveres y gran número de obras maestras de sus museos, que se apresuró a enviar a París.

Beaulieu, al tener noticia de que los franceses habían pasado el río, trasladó a aquel lugar varios destacamentos que no tardaron en ser derrotados. Entonces, escogiendo una buena posición para esperar a los franceses, se retiró a Lodi,

sobre el río Adda, con intención de defender el único puente allí existente.

La posición era formidable: 10.000 austríacos y 30 piezas de artillería esperaban a los franceses del otro lado del puente y tomarlo era casi imposible. Mas nada detenía a aquel ejército inflamado de entusiasmo y exaltado por el ardiente genio de su general.

El puente, que era largo de 100 toesas, a pesar de la artillería enemiga fué tomado a paso de carga por el mismo Napoleón, rodeado de sus más valerosos generales: Massena, Augereau y Berthier.

Sus defensores no pudieron resistir; cayeron en poder de los franceses 18 cañones, y 3.000 austríacos quedaron fuera de combate, retirándose los otros por los pasos de los Alpes, hasta donde fueron activamente perseguidos.

Esta serie de victorias en situaciones tan difíciles e inesperadas infundieron en el ejército respeto y fe absoluta en su joven general, y los soldados se mostraban orgullosos de servir bajo sus órdenes. Su juventud estableció una singular costumbre en el ejército de Italia; después de cada batalla los más bravos soldados se reunían en consejo y le daban un nuevo grado. En Lodi fué nombrado cabo, y de aquí el apodo *pequeño cabo* con que se le conoció durante mucho tiempo entre sus soldados.

La derrota del ejército austríaco dejaba toda la Lombardía en poder de los franceses y les abría el camino de Milán. El 13 de mayo, una diputación de la ciudad entregaba a Napoleón las llaves de la capital, expresándole el gozo público por verse libres de la dominación austríaca, y



dos días después entraban los franceses bajo arcos de triunfo levantados en su honor, en medio de un gentío enorme y de las aclamaciones entusiastas de todos los ciudadanos.

Las pequeñas resistencias que en adelante sufrieron fueron fácilmente vencidas; faltaba sólo reducir la última guarnición austríaca refugiada en Mantua, plaza fuerte que defendía el camino de Viena y de la cual debían apoderarse para poder seguir avanzando y dominar el país.

Cuando Napoleón se disponía a poner sitio a la ciudad, supo que un nuevo ejército austríaco de 70.000 hombres, a las órdenes del viejo general Wurmser, había aparecido por los pasos de los Alpes.

Los destacamentos de las tropas francesas que los austríacos hallaban a su paso tuvieron que batirse en retirada, y la situación de su jefe se complicaba singularmente, no teniendo más que 35.000 hombres que oponer al ejército de Wurmser, dos veces más numeroso.

Para fortuna de los franceses, el general austríaco, temeroso de que el enemigo se le escapara, dividió sus fuerzas: una parte fué destinada a cortar las comunicaciones del general Bonaparte con Francia; la otra se dirigió sobre Mantua para obligarle a levantar el sitio.

Viendo así divididas las tropas austríacas, Napoleón se propuso batirlas por separado y se alejó de Mantua, inutilizando antes el material de sitio y la artillería gruesa que hubieran entorpecido los movimientos de su gente; a marchas forzadas corre en busca del ejército encargado de cortar las comunicaciones y lo derrota por completo. Revuélvese entonces contra Wurmser, y después de una serie de

combates, el más importante de los cuales tomó el nombre de Castiglione, deshace otra vez a los austríacos, que se refugian en el Tirol, dejando en Italia 21.000 hombres, entre los que se contaron 15.000 prisioneros y 70 cañones.

A pesar de sus reveses, el obstinado Wurmser no se daba por vencido. Viendo que Napoleón, con parte de su ejército, se hallaba ocupado en atravesar los Alpes, habiendo mandado a Mantua el resto para continuar el sitio, pensó atacarle por detrás, obligándole de este modo a retroceder hacia el Mincio, lo que hubiera dejado a Mantua descubierta, siendo entonces fácil levantar el sitio.

Pero el general Bonaparte no se dejó atraer, sino que, concibiendo uno de sus muchos planes inesperados, se dispuso precisamente a cortar las comunicaciones de Wurmser con el Tirol. De este modo Wurmser, viéndose derrotado en una serie de pequeños combates parciales y a punto de ser envuelto en Bassano, tuvo que refugiarse con 14.000 hombres en Mantua, agravando así la situación de la plaza.

Austria, incansable y no resignándose a perder sus bellas provincias italianas, envió otro ejército de 45.000 hombres, dividido en dos cuerpos: uno que bajaba por el Adigio al mando de Alvinzi, y otro que avanzaba atravesando el Véneto.

Si los franceses querían salvarse, era preciso impedir a todo trance la concentración de estas fuerzas.

Napoleón se dirigió primero personalmente contra Alvinzi, atreviéndose a atacarle, a pesar de la inferioridad

de sus fuerzas. Los franceses, que en esta acción estuvieron a punto de quedar envueltos y sucumbir, debieron a una hábil retirada el poder alcanzar la ciudad de Verona y salvarse de un desastre. En Verona dejó Bonaparte una corta guarnición con el único objeto de tratar de detener a los austríacos, sacó de noche el resto del ejército, le hizo atravesar el río y trató de ejecutar el plan atrevidísimo que había concebido de atacar a los austríacos, sorprendiéndoles por detrás.

Para ejecutar esta maniobra era preciso atravesar unas marismas pasando por dos calzadas. Por desgracia, las encontraron ocupadas por el enemigo y el intento fracasó.

Sin embargo, el jefe de los franceses, reconociendo el lugar y viendo que no permitía poner en acción grandes masas, lo cual haría depender la victoria del valor individual del soldado, se decidió a librar allí la batalla, confiando en el ardor y entusiasmo de los suyos.

Puestos en contacto los dos ejércitos, el interés de la acción se concentró en la toma del puente de Arcole, cuya posesión era para los franceses de gran importancia. Por su situación, detuvo la vanguardia de Bonaparte durante todo el día. En vano se esforzaban todos los generales en tomarlo, atacándolo a la cabeza de las columnas; la mayor parte fueron heridos sin lograr su objeto.

Augereau llegó con una bandera hasta el extremo opuesto gritando a los suyos: "Cobardes, ¿teméis acaso la muerte?"; mas sus palabras no produjeron el menor efecto. Y, sin embargo, era preciso tomarlo, si no se quería hacer fracasar la operación.



Entonces Napoleón arenga a sus soldados, les pregunta si son los mismos valientes de Lodi, y empuñando una bandera, se lanza hacia el puente, arrastrando con su movimiento todas las tropas. Ya habían alcanzado más de la mitad, cuando una horrible descarga de flanco hizo fracasar el ataque. Los granaderos que iban a la cabeza, viéndose abandonados por los que venían detrás, se sintieron poseídos de pánico y retrocedieron en desorden; no queriendo abandonar a su general, lo cogen por los brazos, por los cabellos y por el traje y lo arrastran con ellos. En la huída ven cómo Napoleón se hunde en una marisma, donde estuvo a punto de morir ahogado, y además se dan cuenta de que van a caer en manos del enemigo. Un solo grito salió entonces de todos los pechos: “¡Soldados, adelante para salvar a nuestro general!”

Aquellos valientes se lanzan de nuevo a la lucha a paso de carga y con tal violencia que nada les detuvo; los austríacos fueron dispersados y Napoleón se vió en salvo y otra vez victorioso.

Los restos de las tropas de Alvinzi habían, sin embargo, logrado refugiarse detrás del Brenta, y al cabo de un mes, habiendo sido reforzados, se dirigieron de nuevo contra los franceses, mientras 15.000 austríacos, al mando del general Provern, iban a Mantua para socorrerla.

Napoleón, que no podía dividir sus fuerzas, esperó al enemigo en la meseta de Rívoli.

Había adivinado que, siguiendo la táctica austríaca, el general Alvinzi había dividido sus tropas en varias colum-

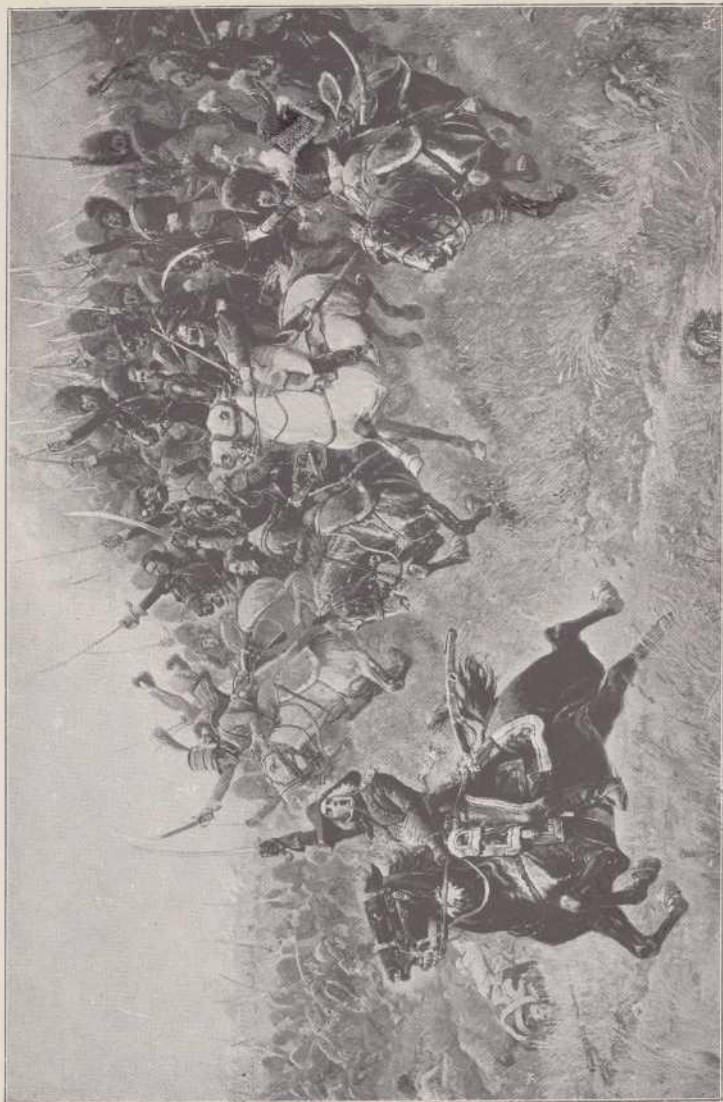
nas, que avanzaban por el Adigio con ánimo de envolverle, y que desde esta posición, donde venían a reunirse los únicos caminos que atravesaban aquella montañosa comarca, podría atacar con todas sus fuerzas las columnas enemigas, que se veían separadas entre sí por invencibles obstáculos.

Todo sucedió como lo había previsto. Los austríacos, a pesar de haberse batido con singular arrojo, eran derrotados a medida que se iban presentando en el campo de batalla, dejando al final de la acción 20.000 prisioneros en poder de Bonaparte, cuyas tropas no pasaban de 30.000 hombres. Nunca el ejército francés había librado una acción más brillante y heroica. Esta vez habían sobrepujado en rapidez a los mismos legionarios de César.

Pero lo más admirable fué lo que sucedió después. Por la misma tarde, sin esperar siquiera el final de la batalla, con la parte más escogida de sus tropas victoriosas, corrió hacia Mantua, logrando alcanzar el ejército de socorro antes de llegar a la plaza. Sorprendido Provern y hábilmente envuelto, tuvo que rendirse, con lo que quedaban aniquilados los ejércitos austríacos de Italia.

Mantua, sin esperanza de recibir socorros y falta ya de víveres, tuvo que capitular.

Austria, que parecía inagotable, encontró todavía recursos y hombres abnegados para formar un nuevo ejército, a cuyo frente se puso el archiduque Carlos, considerado como el primer técnico de su país. Mas su talento y habilidad fueron impotentes para detener la marcha de los franceses, que llegaron hasta Simmering, desde donde se percibían los campanarios de las iglesias de Viena.



MARENGO, 14 junio 1800 (Cuadro de A. Lalauze)

La batalla de Marengo, al principio perdida, terminó con la derrota completa de los austriacos, que para no verse aniquilados, tuvieron que entregar a los franceses todo el territorio comprendido entre Génova y el Mincio





Austria se resignó a pedir la paz.

Por el tratado de Campo Formio, que se firmó después, Austria abandonó la Lombardía, reconoció la República Cisalpina, recibiendo en cambio los territorios de la República de Venecia, que perdió su independencia, con lo que Austria se convirtió en una potencia marítima sobre el Adriático. Las islas Jónicas pasaron a poder de Francia, y Austria renunció a la posesión de Bélgica, abandonando además toda la orilla izquierda del Rin.

Nada expresa mejor los extraordinarios hechos de las tropas francesas que la inscripción que llevaba la bandera mandada al Directorio. Decía:

*El ejército de Italia ha hecho 150.000 prisioneros, se ha apoderado de 170 banderas, 17.000 caballos, 550 cañones de sitio, 500 cañones de campaña, 5 puentes, 9 barcas de 64 cañones, 12 fragatas de 32, 12 corbetas y 18 galeras... Ha triunfado en 18 batallas campales y ha librado en poco tiempo 67 combates.*

Seguía la relación de los armisticios firmados, los pueblos libertados y las obras de arte de los grandes pintores que habían sido remitidas a Francia, valoradas en muchos millones.

Lo que acababa de elevar a su colmo el mérito de Napoleón, es que todas estas hazañas no habían costado un céntimo a la República. Al contrario, el general había hallado medio de socorrerla en sus apuros, remitiéndole más de 30.000.000 de francos.

El recibimiento que París hizo a Bonaparte al regresar de Italia fué grandioso. Por dondequiera que iba y allí

donde se presentaba, la gente le tributaba calurosas ovaciones y se estrujaba por ver de cerca al héroe de Arcole, al libertador de Italia. La calle en que vivía se llamó la calle de la Victoria, y el Instituto de Francia, reconociendo en él, además del valeroso y hábil militar, al hombre de ciencia, le nombró miembro de la Sección de Mecánica, título del que el favorecido se mostró orgulloso en todos sus días.

El temperamento y estado de ánimo de Napoleón no podían acomodarse a una vida de inacción en París. Poco a poco los gritos de “¡Viva Bonaparte!” dejaron de hacerle impresión y le molestaba seguir siendo objeto de la curiosidad de las gentes. Además, desde las victorias de Lodi y Arcole, su ambición había crecido sin límites, y sintiendo en sí la potencia suficiente para realizar las cosas más extraordinarias, el campo de acción que le ofrecía entonces la capital de Francia aparecía muy reducido. “Quiero salir de París, decía a su secretario Bourrienne; aquí no me queda nada que hacer. Europa es pequeña; necesito ir a Oriente, pues de allí vienen las mayores glorias.”

En esa época Francia sufría mucho de la enemistad de Inglaterra; el Directorio había creído posible un desembarco de tropas en la isla, y al efecto había ordenado al general Bonaparte la organización de una fuerza armada que llevaba el título pomposo de Ejército de Inglaterra.

Sin embargo, Napoleón tenía otros planes, y de ellos habló solamente a algunos amigos y a los miembros del Directorio. Se trataba de la conquista de Egipto. Las razo-



nes que alegaba para decidir al Gobierno en esta expedición eran las siguientes: primero, las ventajas que reportaría al comercio y a la industria franceses el procurarle ese gran mercado con salidas para la Siria y la Arabia, y segundo, la facilidad de atacar el poderío inglés en la India, llevando allí 60.000 hombres y sublevar las poblaciones no del todo sometidas que odiaban a Inglaterra.

Estos proyectos entusiasmaban a sus amigos, ávidos de gloria. El Directorio, más prudente, puso al principio muchos reparos, pero acabó por ceder, renunciando al desembarque de tropas en Inglaterra, y consintiendo en que Bonaparte fuese a Egipto llevando consigo 36.000 hombres y escogiendo él mismo sus oficiales y los sabios y artistas que debían acompañar la expedición.

Los preparativos se llevaron a cabo con tan gran secreto, que el almirante inglés Nelson, al saber que la escuadra francesa había zarpado del puerto de Tolón, se situó en las inmediaciones del estrecho de Gibraltar, creyendo que debía pasar por aquel sitio. Este error de Nelson fué lo que permitió a los franceses desembarcar tranquilamente en la bahía de Aboukir, sin ser hostilizados.

La resistencia que hallaron en los habitantes del país fué fácilmente vencida y la expedición hubiera resultado un simple paseo militar, a no ser por las penalidades que tuvo que sufrir al atravesar las regiones desiertas y ardientes. En una de esas marchas los sufrimientos fueron tan grandes, que algunos soldados prefirieron suicidarse.

El hecho culminante de la campaña fué la batalla de las Pirámides, que dió por resultado la posesión del Cairo.

Al librarse esta lucha fué cuando el jefe de los expedicionarios, arengando a sus tropas, pronunció aquella célebre frase: "Soldados: cuarenta siglos os contemplan."

Dueño de la capital, se dedicó a perfeccionar todos los detalles de la administración y gobierno de Egipto con la actividad de su genio organizador; mas cuando creía ver realizada la dominación del país, en medio de las satisfacciones de sus últimos triunfos, le llegó una fatal noticia: su escuadra acababa de ser totalmente destruída por Nelson en Aboukir.

Napoleón, grande sobre todo en los momentos en que la fortuna le era adversa, supo conservar su serenidad ante tal desgracia. Nadie pudo adivinar en su expresión impenetrable la emoción que un acontecimiento de tal naturaleza le producía. Después de leer el despacho que le anunciaba que se podían considerar él y su ejército como prisioneros en Egipto, dijo a los oficiales que le rodeaban: "Ya no tenemos escuadra; pues bien, es preciso quedarse aquí, de donde saldremos algún día grandes como los antiguos."

La incomunicación en que quedaba desde entonces el ejército con Francia le hizo pensar en establecerse en Egipto de modo duradero. Para ello era preciso atraerse la población indígena, acostumarlos a nuevas ideas y costumbres, hacerse simpático a aquellos fanáticos. Para impresionar al pueblo, empezó por imprimir a su lenguaje y a sus maneras un carácter oriental, y hasta parece que insinuó la idea de su próxima conversión al mahometismo. En la mezquita del Cairo era observada la unción y recogimiento con que el jefe francés seguía las preces, y poco

faltó, como dice un historiador, para que los árabes le tuviesen por una nueva encarnación de Mahoma.

Pero Inglaterra no podía ver con indiferencia la obra de consolidación de Francia en el Egipto. Con objeto de obligar a Bonaparte a abandonar tan hermosa conquista, excitó a Turquía a declararle la guerra y a mandar contra él un gran ejército.

Mientras Turquía se preparaba para recuperar el Egipto, el jefe de los franceses, que no era hombre para dejarse sorprender, calculó que tendría tiempo de deshacer el ejército turco antes de que estuviese del todo organizado en Siria, y hacia allí se dirigió con 13.000 hombres, que eran los que podía sacar sin comprometer la tranquilidad del país conquistado.

Después de atravesar el desierto, tomaron sin esfuerzo la ciudad de Gaza y pusieron sitio a Jaffa, que a los dos días fué tomada por asalto. El sitio de Jaffa fué, sin embargo, fatal para los vencedores. En el poco tiempo que estuvieron acampados frente a la ciudad, la peste se declaró en el ejército. Los soldados, al ver morir en veinticuatro horas a los atacados de la enfermedad, estaban tan aterrorizados, que Napoleón, sintiendo la necesidad de levantar el espíritu de sus tropas y como para probarles que el peligro no era tan grande como suponían, un día, seguido de su Estado Mayor, fué a visitar el hospital de los infelices atacados del contagioso mal. Hora y media estuvo entre ellos tocándolos, prodigándoles consuelos y atendiendo a los detalles de la organización. En vano intentaron sus oficiales sacarlo de



aquella atmósfera pestilente y alejarle del peligro. "Cumpló con mi deber; soy el general en jefe", contestaba tranquilamente.

A pesar del estado de sus tropas, logró todavía derrotar a un gran ejército turco cerca de San Juan de Acre y poner después sitio a la ciudad. Mas allí halló un obstáculo insuperable. Rodeada de altas murallas de piedra y auxiliada por una escuadra inglesa, resistió los asaltos de los franceses, los cuales carecían de artillería gruesa, y sobre todo de municiones.

Sesenta días duró aquel asedio, que costó la vida a gran número de oficiales y a 500 soldados. El mismo Napoleón se vió un día en gran peligro. Hallándose en una trinchera, cayó cerca de él una granada. Viéndole amenazado de muerte, dos granaderos, con un sublime rasgo de abnegación, se lanzaron sobre él y le cubrieron con sus cuerpos, levantando los brazos por encima de su cabeza, para salvarle de la explosión. La granada estalló inmediatamente después, quedando por fortuna sólo un soldado levemente herido.

Ante la imposibilidad de seguir adelante, fué preciso pensar en levantar el sitio y emprender la retirada. Veinte días duró, en los cuales el ejército tuvo que defenderse constantemente de los turcos que inquietaban la retaguardia y sufrir, además, el terrible azote de la peste, que seguía haciendo estragos. Como un gran éxito pudo considerarse el que lograra hacer su entrada en el Cairo con las tres cuartas partes de sus tropas.

Delante de San Juan de Acre se desvaneció uno de los grandiosos sueños de Napoleón: "Un grano de arena detuvo

mi fortuna”, cuenta él mismo en sus Memorias. “Si hubiese logrado tomar la ciudad, hubiera llegado a ser el Emperador del Oriente... Una vez en mi poder esta ciudad, el ejército francés volaba a Damasco y Alepo, y de allí, en un momento, estábamos a orillas del Éufrates, habiéndonos juntado en el camino los cristianos de la Siria, los drusos y los cristianos de Armenia. Pronto el ejército hubiera contado 600.000 hombres y con él me apoderaba de Constantinopla y atacaba la India. Hubiera cambiado la faz del mundo.”

Uno de sus más importantes sueños se había desvanecido; pero, como veremos más adelante, no tardaron las circunstancias en ofrecerle ocasión de forjar otros no tan fantásticos quizás, pero no menos grandiosos.

Después de diez meses transcurridos sin recibir noticias de Francia, un almirante inglés, por cortesía, le mandó un paquete de periódicos. En ellos leyó las noticias más inesperadas y tristes: la guerra civil ardía en el Oeste de Francia; Italia había vuelto a caer en poder de Austria; el Directorio se hallaba en pleno descrédito y el patriotismo se había debilitado mucho en los últimos tiempos. Todo el país sentía la necesidad de una mano fuerte y de un cambio de sistema que le salvara de la ruina.

Napoleón, comprendiendo que hacía falta en Francia, el 24 de agosto de 1799 se embarcaba en Alejandría, dejando el mando de las tropas de Egipto al general Kleber.

La travesía, a pesar del peligro que corrió varias veces de ser sorprendido por los ingleses, hízose felizmente, y pudo desembarcar el 19 de septiembre en la bahía de Frejus.

En cuanto supo su regreso, la población se precipitó a recibirle delirante de entusiasmo. Francia entera se sintió reanimada con la sola presencia de aquel en quien tenía puesta su confianza.

En París se vió pronto rodeado de las mil intrigas que pusieron en juego los bandos políticos para atraerse su apoyo. Pero sin dejarse seducir por ninguno de ellos, vió pronto el partido que podía sacar de aquella situación, y poniéndose de acuerdo con los representantes de la opinión moderada, acordó con ellos el plan de substituir al Directorio por tres Cónsules y cambiar la Constitución, aunque conservando los principios de la Revolución.

Muchos personajes influyentes, entre otros, tres Directores y muchos generales, simpatizaban con el proyecto y ofrecieron su incondicional apoyo. Alguno, como Sieyes, que acababa de ser nombrado miembro del Directorio, pretendía aplazar su ejecución esperando una ocasión propicia, pero el general Bonaparte, en cambio, prefería intentar un golpe de Estado.

Llegó el 18 Brumario (9 de noviembre de 1799), día señalado para cambiar el Gobierno. Napoleón, que había sido nombrado comandante de las fuerzas de París, vió desde las siete de la mañana su casa llena de generales, oficiales, ayudantes y políticos, que se mostraban agitados en la expectativa de lo que iba a acontecer. Sereno como siempre, se presentó algo más tarde en medio de ellos, y después de recibir sus felicitaciones y saludos, les habló diciéndoles, entre otras cosas, que contaba con el apoyo de todos para salvar la República.





CORONACION DE NAPOLEÓN (Cuadro de David, Louvre)

Napoleón, después de recibir la corona de manos del Papa, corona a Josefina. El pobre oficial de artillería, a fuerza de genio y de trabajo, había llegado a ser el primer personaje de Europa



Desde su casa, acompañado de su Estado Mayor, se dirigió al Consejo de los Ancianos (1), que se hallaba reunido. Allí tomó la palabra, y aunque al principio fué recibido con frialdad, las aclamaciones entusiastas de que era objeto por parte de las tropas y el pueblo, obligaron al Consejo a acceder a lo que pretendía, y los cinco Directores dimitieron sus cargos, quedando él solo encargado provisionalmente del Poder Ejecutivo.

Para acabar de realizar el plan, faltaba la aprobación del Consejo de los Quinientos (2).

Aunque allí Luciano Bonaparte, que era el presidente, había trabajado activamente para hacer aprobar los proyectos de su hermano, la mayoría permanecía hostil. Al leerse en la sesión del 18 Brumario el decreto de la disolución del Directorio, se produjo un gran tumulto y se aplazó la sesión para el día siguiente.

Al reanudarse el 19 los debates y cuando la agitación de los espíritus había llegado al colmo, el general Bonaparte se dispuso a entrar en la sala y subir a la tribuna para tratar de impresionar la Cámara a su favor. Cuando estaba ya a media sala, doscientos o trescientos diputados se levantaron súbitamente y se lanzaron sobre él gritando: “¡Muerte al tirano! ¡Abajo el Dictador!”

Entonces dos granaderos que se habían quedado en la puerta entraron seguidos de otros, sable en mano, y arrastraron fuera de allí a su general, viendo que algunos diputados blandían puñales como para matarle.

---

(1) Lo que llamamos Senado.

(2) Lo que llamamos Congreso de los Diputados o Parlamento.



Una vez fuera, Napoleón sube a caballo y arenga a sus tropas: "Iba a mostrarles los medios de salvar la República y de reconquistar nuestra gloria, les dice, y me han contestado amenazándome con el puñal... ¡Soldados! ¿Puedo contar con vosotros?" Un grito de "¡Viva Bonaparte!" resonó entusiástico. Asegurada la fidelidad de las tropas, Murat recibió la orden de desalojar la sala.

En el interior reinaba mientras tanto una algazara indescriptible. Los diputados vociferaban, se lanzaban improperios y amenazas; al presentarse Murat, los gritos continuaban; entonces los tambores baten la señal de carga, y los soldados entran en la sala con la bayoneta calada, en vista de lo cual los diputados se apresuran a saltar por las ventanas, abandonando togas e insignias.

En un momento quedó vacía la estancia. Luciano Bonaparte aprovechó aquellos instantes para reunir algunos diputados afectos, se dirigió al Consejo de los Ancianos y relató lo ocurrido. Aprobado por éstos el golpe de Estado, quedaron Sieyes, Roger-Ducos y Napoleón nombrados Cónsules y encargados del Poder Ejecutivo.

Al irse a votar quién sería el presidente, Roger-Ducos se adelantó y dijo: "Es inútil ir a una votación; la presidencia pertenece a Bonaparte por derecho propio."

Sieyes, que aspiraba a encargarse de los asuntos civiles, quedó asombrado al observar que Napoleón en el primer Consejo celebrado había mostrado conocimientos, opiniones y juicios justísimos sobre la administración, la política y el derecho, y que entendía de estas cosas tanto como de las operaciones de guerra. Se cuenta que, conversando por

la noche en un salón elegante con algunos diputados y ministros, exclamó: "Amigos, de hoy en adelante tendréis un verdadero amo y señor. Bonaparte quiere hacerlo todo, sabe hacerlo todo y puede hacerlo todo."

La alegría de París fué grande al saberse que se había confiado el poder supremo al único hombre capaz de sacar al país de aquella triste situación y de volver a conquistar para Francia nuevos triunfos y grandezas.

---

## CAPÍTULO III

### Camino de la inmortalidad

Organiza el Estado y persigue la paz con el exterior, pero se ve obligado a continuar la guerra. — Paso de los Alpes. Batalla de Marengo. — Júbilo en el Piamonte y en París. Paz con Austria e Inglaterra. — Espléndida reconstrucción de Francia. Voluntad extraordinaria y fortaleza sobrehumana que mostraba Napoleón para el trabajo. — Se le hace Cónsul perpetuo, y más tarde, Emperador.

Al empuñar Napoleón el Poder, se abre una nueva era para Francia. Desde el primer momento de su gobierno, empiezan a circular una porción de órdenes concretas, precisas y oportunas, que reorganizan los servicios, atraen la confianza de las gentes y suprimen los abusos de los gobiernos anteriores. De las cosas que se ocupó con más urgencia fué de poner remedio al desorden legislativo. Para ello reunió en un Cuerpo los mejores jurisconsultos de su época y les encargó la redacción del famoso Código que ha pasado a la Historia con el nombre de Código de Napoleón.

Mientras así normalizaba en poco tiempo la situación interior del país, el Primer Cónsul entabla activas negociaciones con las naciones enemigas con el fin de concertar una paz honrosa. Por desgracia fracasaron, y viéndose obligado a continuar la guerra, se preparó para dar en Italia un golpe decisivo y de gran resonancia. Allí tenían los



austríacos 80.000 hombres al mando de Melas, y los franceses sólo un pequeño ejército, a las órdenes de Massena, que se hallaba muy quebrantado, y además, sitiado en Génova por los austríacos y por una flota inglesa.

Para imponerse de nuevo a sus poderosos adversarios, necesitaba un ejército, dinero, elementos y organización; y nada de esto existía al ser nombrado Primer Cónsul.

Todo, sin embargo, surgió como por encanto, gracias a sus esfuerzos; y tan fecundo se mostró su genio en esta ocasión y tan magistralmente supo trazar un plan grandioso, que sus mismos enemigos no pudieron dejar de admirarlo.

Es interesante la anécdota siguiente que sobre los preparativos de esta campaña nos cuenta Bourrienne, su secretario particular. Un día le llamó, le hizo sentar delante de un gran mapa extendido de la península italiana, y le dijo: "Espero caer detrás de Melas antes de que sospeche que estoy en Italia." El secretario le miró con ojos de asombro. Entonces, con mucho cuidado y deteniéndose con frecuencia a meditar lo que hacía, fué poniendo alfileres en el mapa, unos de cabeza roja y otros que la tenían negra.

Después de tenerlos colocados, continuó diciendo: "¿Dónde cree usted que batiré a Melas?" "¿Cómo lo puedo saber?", contestó el secretario. "Es usted un ignorante, amigo Bourrienne. Fíjese un poco. Melas está en Alejandría, donde tiene su cuartel general, sus hospitales, su artillería y sus reservas. Se quedará allí hasta que Génova se rinda. Pasando los Alpes por aquí (señalaba el San Bernardo), caigo sobre Melas, le corto las comunicaciones con Austria y le

presento batalla ahí, en la llanura”, y diciendo esto colocó un alfiler en San Juliano.

Bourrienne no dió de momento importancia a esta conversación, hasta que vió más tarde, asombrado, con cuánta exactitud se cumplían las previsiones del genio militar que dominaba.

Para despistar al enemigo se hicieron todos los preparativos como si se tratase de penetrar primero en Alemania, y el 13 de mayo de 1800 el Primer Cónsul pasaba revista a la vanguardia de sus tropas en Lausana. Nadie podía sospechar su intención, porque nadie se atrevía tampoco a pensar en aquel tiempo que los Alpes pudiesen atravesarse con un ejército numeroso.

Sin embargo, el 20 del mismo mes se hallaba montado en un mulo subiendo las cuestas abruptas del Monte San Bernardo. El famoso sendero está a 2.500 metros de altura, y el camino amenaza por un lado con terribles avalanchas y por el otro con insondables precipicios, donde desaparece para siempre el que da un mal paso. Mas todo lo hizo posible la presencia y previsión del jefe. Sus soldados y caballos pasaron de uno en uno por aquellos caminos de cabras, y la artillería, desmontada y colocada en troncos de árboles vaciados, preparados de antemano, fué arrastrada con el auxilio de cuerdas. Este prodigioso paso de los Alpes, con 40.000 hombres, fué efectuado en trece días solamente.

La consternación de los enemigos al ver aparecer al conquistador de Italia con un ejército, cuando todos lo creían todavía en Francia o en camino para Alemania, fué tan

grande, que el 2 de junio los franceses volvían a entrar de nuevo en Milán sin hallar gran resistencia.

Durante los seis días que estuvo el ejército descansando en la ciudad, se interceptó un parte de Melas dirigido a la corte de Viena, en el que se anunciaba la rendición de Génova. En efecto: la guarnición, acosada por el hambre, no había podido resistir por más tiempo y había capitulado. El parte anunciaba además, lleno de jactancia, que la presencia de Napoleón en Italia era pura fórmula. "Se halla todavía en París", afirmaba Melas, sin saber que los franceses estaban a punto de caer sobre él.

La capitulación de Génova era una gran contrariedad para el Primer Cónsul, pues Melas podría concentrar todas sus fuerzas; pero lo que más temía era que, al enterarse el general enemigo de su presencia en Italia, intentase rehuir la batalla y dirigirse hacia Venecia.

Para impedir la salida del ejército austríaco del Piemonte, Napoleón dividió el suyo en varios cuerpos, que fué escalonando de los Alpes a los Apeninos, faltando por primera vez a su táctica, que consistía en atacar concentrando sus tropas en grandes masas. Él mismo, con parte de su gente, se adelantó hacia Alejandría, donde se hallaba el cuartel general de Melas, y creyendo siempre que el enemigo trataría de escapar, destacó hacia el Sur la división Dessaix para cerrarle el paso. Tenía a sus órdenes sólo 17.000 hombres y 40 cañones.

Entonces Melas, informado, aunque tarde, de la realidad, salió de Alejandría dispuesto a aprovechar la superioridad de sus fuerzas, y atacó una mañana a los fran-



ceses con sus 35.000 hombres y 200 cañones. El campo escogido para la batalla era una gran llanura cubierta de largas hileras de árboles y cruzada por canales de irrigación. En ella se veían varios pueblos, entre otros San Juliano y Marengo.

Aunque los franceses aprovecharon como pudieron los accidentes del terreno y trataban de hacerse fuertes en Marengo, hacia el medio día se vieron obligados a retroceder en toda la línea, vencidos por la superioridad numérica del enemigo.

La situación de Napoleón era de las más críticas. Su salvación estribaba en poder resistir unas horas para dar lugar a que acudiesen en su auxilio las columnas que tan imprudentemente había dispersado.

En estos momentos en que quizá se iba a decidir la suerte de Italia y tal vez su propio destino, vió en el sacrificio de su guardia consular su única esperanza. Eran sólo 800 hombres, pero todos bravos; adoraban a su general y estaban dispuestos a llegar al último extremo.

El Primer Cónsul los lanza a la llanura, donde con algunas piezas de artillería se forman en cuadro. Allí, inmóviles, como si fueran de bronce, resisten impávidos las cargas de la caballería enemiga, que se estrella contra aquella muralla humana.

Sesenta cañones disparan contra ellos, sin que por eso muestren el menor desfallecimiento; a las descargas contestan con otras, acompañadas de gritos de “¡Viva la República!” y “¡Viva Bonaparte!”

Esta resistencia dió tiempo para reorganizar la retirada



BONAPARTE EN BOLOÑA (Cuadro de M. Orange)

Rota la paz de Amiens, el Emperador vuelve a concebir el proyecto de efectuar un desembarco en Inglaterra. Al efecto se aparejan buques, se buscan alianzas y se concentran importantes fuerzas en Boloña





y hacer menos desastrosa la derrota. Todo se hubiera dicho perdido, cuando apareció en el extremo de la llanura la división Dessaix.

Así que Napoleón le vió a su lado, le preguntó: “¿Qué os parece, general?” “La batalla está completamente perdida; pero son las dos de la tarde; todavía tenemos tiempo de ganar otra”, respondió Dessaix.

El Primer Cónsul mandó entonces suspender la retirada y establecer el orden de batalla. “¡Franceses, grita a sus soldados: hemos dado demasiados pasos hacia atrás; ha llegado el momento de adelantar. Acordaos de que nuestra costumbre es dormir sobre el campo de batalla!”

El ejército, a los gritos de “¡Viva Bonaparte!”, se puso en movimiento, produciéndose entonces un terrible choque. La división Dessaix, aprovechando el desorden introducido en las filas austríacas por la seguridad que habían tenido del triunfo y por la persecución que habían hecho de los vencidos, los carga de flanco, los desorganiza y pronto se ven cogidos entre dos fuegos. La muerte del bravo Dessaix, que recibió una bala en la frente, excitó el furor de sus soldados, que en columnas cerradas atacaron sin que nada pudiera resistirlos. Después de una reñida lucha Napoleón ocupó el pueblo de Marengo, acabando la jornada con el triunfo de los franceses. Melas, que quería salvar de un completo aniquilamiento el resto de sus tropas, firmó un armisticio por el cual abandonaba a toda Italia, desde Génova al Mincio.

“General, habéis tenido una gran victoria. ¿Estáis satisfecho?”, le preguntó por la noche al Primer Cónsul su

secretario. "Sí, Bourrienne, muy satisfecho..., pero ese pobre Dessaix. ¡ Ah!, ¡ qué jornada más hermosa, si esta noche hubiese podido abrazarle en el campo de batalla!"

La alegría de los piemonteses al enterarse del resultado de la batalla de Marengo no tuvo límites, y Milán tributó a Napoleón un recibimiento magno; pero fué en París donde el entusiasmo llegó a su colmo al recibirse la noticia de la victoria y de las ventajas que reportaba.

El día que se supo que el Primer Cónsul había regresado de Italia y se hallaba en la capital, donde había entrado de noche, las demostraciones de júbilo estallaron de un extremo a otro de la ciudad. Los balcones se iluminaron, las gentes alborozadas se felicitaban por las calles y las exclamaciones y vítores resonaban por todas partes.

La República estaba de enhorabuena; en Alemania las armas francesas habían también alcanzado señalados triunfos en la batalla de Hohenlinden, ganada por el general Moreu contra los austríacos, y el ejército vencedor se hallaba cerca de las puertas de Viena.

La necesidad de una paz general era sentida en todas las naciones. Austria, vencida, no tardó en firmarla en Luneville (9 de febrero de 1801). Inglaterra, que después de diez años de lucha también ansiaba reposo, concertó con la República la llamada paz de Amiens.

Terminada la guerra, pudo Napoleón dedicarse a trabajar, a fin de que prosperasen la riqueza, la industria, la ciencia y las artes, y no tardó en hacerse admirar como

hombre de Estado. “Ahora nos es preciso reconstruir, y reconstruir sólidamente”, había dicho al volver a París, y en la formación de una nueva Francia floreciente y cubierta de gloria le vemos actuar con las fuerzas de un titán y un ardor que nada lograba enfriar.

En los pocos meses que llevaba de gobierno la transformación que había sufrido el país era sorprendente. El milagro sólo había sido posible merced a su actividad casi sobrehumana y a su inteligencia extraordinaria. “He conocido el límite de mis brazos y de mis piernas, decía al final de su vida; no he conocido nunca el del trabajo.”

Røderer, que le veía en el Consejo de Estado, ha dejado escrito lo siguiente, que da una idea clara sobre las aptitudes extraordinarias de Napoleón: “Lo que le caracteriza entre todos es la penetración y la universalidad de su inteligencia, la fuerza y la constancia de su atención. Puede pasar diez y ocho horas seguidas entregado a un mismo trabajo o a trabajos distintos, sin que su espíritu resienta la menor fatiga. No he visto nunca su espíritu sin resorte, decaído, ni en medio de una fatiga física, ni durante el ejercicio más violento, ni aun en sus momentos de cólera.

”Nunca he observado que un asunto viniera a distraerle de otro, ni que saliera de lo que estaba discutiendo para pensar en lo ya tratado o en lo que va a hablarse luego. Nunca hombre alguno se ha entregado más por completo a lo que estaba haciendo ni ha sido más inflexible para rechazar el pensamiento que viniese fuera del momento oportuno.”



El mismo Napoleón definía así su organización mental: “Todas las cuestiones están clasificadas en mi cabeza como en un armario. Cuando quiero interrumpir un asunto, cierro aquel cajón y abro otro. El contenido de cada uno de ellos no se mezcla nunca con el de los otros, ni me molesta ni me fatiga. ¿Quiero dormir?, no tengo más que cerrar todos los cajones y heme aquí entregado por completo al sueño.”

Nunca se ha visto un cerebro mejor disciplinado ni tan dispuesto siempre a cualquier tarea o concentración súbita y total. “En todo momento trabajo y medito mucho, decía en cierta ocasión al mismo Røederer. Si estoy siempre dispuesto a contestar a todo lo que se me pregunte y a hacer frente a todos los obstáculos, es porque antes de emprender algo he pensado mucho sobre ello y he previsto todo lo que podría suceder. No es un genio el que me revela lo que debo hacer en tal o cual ocasión; es mi reflexión, es la meditación...”

”Trabajo siempre, comiendo, en el teatro. Por la noche me despierto para hacer algo. La noche pasada me levanté a las dos de la madrugada y me instalé en mi sillón delante del fuego para examinar el estado de fuerzas que me había remitido el Ministro de la Guerra. Hallé veinte errores, que he señalado esta mañana al Ministro.”

“Sus colaboradores, continúa Røederer, desfallecen abrumados por el trabajo que les impone y que él ejecuta sin sentir el peso. Durante el Consulado preside a veces reuniones particulares de la sección del Interior, desde las diez de la noche hasta las cinco de la madrugada... Muchas veces,

en Saint-Cloud, retiene a su lado a los Consejeros de Estado desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde, con un descanso de un cuarto de hora, y él no parece más cansado al final de la sesión que al principio de ella... En las sesiones nocturnas muchos miembros caen dormidos, rendidos por la fatiga; el mismo Ministro de la Guerra se duerme. Napoleón los sacude, los despierta y les dice: "Vamos, vamos, ciudadanos; no son más que las dos de la madrugada; es preciso ganar el dinero que el pueblo francés nos paga."

"A cada Ministro le pide cuenta de los menores detalles y no es raro verle salir del Consejo abrumado por la fatiga que le ha causado el largo interrogatorio a que ha sido sometido. Pero el Primer Cónsul finge no apercibirse de ello. Todavía es peor: sucede a veces que el mismo Ministro, al regresar a su casa, encuentra ya varias cartas de Napoleón que debe contestar inmediatamente, para lo cual a veces necesita toda una noche sin descanso."

Este exceso de trabajo repetido a diario inquietaba a su familia y a su corte, y aunque sin resultado, se procuró moderarlo. A su madre, que le reprochaba sus excesos, le contestaba: "¿Soy acaso el hijo de una polla blanca?" La señora Letizia acudía entonces al médico Corvisart para que intentase persuadirle: "Pobre Corvisart, no hace más que repetirme siempre lo mismo, decía Napoleón; pero yo le he demostrado, como dos y dos son cuatro, que no me queda más remedio que utilizar la noche para el trabajo, ya que el día no es suficiente. No poco me gustaría el reposo, pero el buey está uncido al yugo y es preciso que labre."

“Bajo el impulso formidable de este solo hombre, ¡qué trabajo gigantesco se había hecho en Francia en el corto espacio de un año!, dice Levy: el culto fué restablecido; las leyes de proscripción abolidas, y de un rasgo de pluma cien mil ciudadanos vuelven a Francia; se asegura la libertad de trabajo; se promulga una nueva Constitución, garantía del orden; se instituye el Consejo de Estado; se traza la división administrativa del país, todavía vigente; se crea el Banco de Francia y la Caja de Amortización; el Tesoro público aumenta sus existencias; las rentas y pensiones se pagan en numerario; la industria y el comercio florecen de nuevo; los Tribunales de justicia son respetados, y, por último, Francia vuelve a disponer para su defensa de ejércitos bien disciplinados y victoriosos.”

Se comprende que a medida que crecían la prosperidad y el bienestar general, la opinión pública, que lo atribuía todo al Primer Cónsul, manifestara su deseo de que fuera nombrado Cónsul perpetuo.

Pero más tarde, al observar que, como sucede a casi todos los que logran un puesto de honor al frente de un país, se vió varias veces a punto de ser víctima de conspiraciones e intentos de asesinato, nació la idea de elevarle a la dignidad imperial y de declarar el Imperio hereditario en su familia.

Tan bien se trabajó el proyecto, y tan activos y celosos se mostraron sus hermanos José y Luciano, que el 18 de mayo de 1804, casi dos años después de haber sido nombrado Cónsul perpetuo, el Senado llevaba a Saint-Cloud el



acta constitucional por la que se confería a Napoleón el título de Emperador.

Al recibir el manto imperial, su nombre de bautismo se convirtió en el patronímico de su familia. En adelante no firmó más Bonaparte, sino Napoleón, nombre que supo hacer inmortal.

---

## CAPÍTULO IV

### **Napoleón en la gloria**

Coronación en París y en Milán.—Inglaterra, Rusia, Austria y Suecia forman una tercera coalición contra el Emperador.—Derrota de los austríacos en Baviera. Batalla de Austerlitz y paz de Presburgo.—Jena. Batalla de Eylau. Friedland. Tratado de Tilsit y apogeo de Napoleón.—Generosidad para los que más se habían distinguido en las batallas. La corte más lujosa de Europa.—El “bloqueo continental”. La conquista de España. Guerra con Austria.—Asalto de Ratisbona, batallas de Essling y Wagram y paz de Viena.—Divorcio, nuevas bodas y nacimiento del Rey de Roma.

Desde que Napoleón fué nombrado Emperador, después de haber sido reconocido por todos los jefes de Estado, el deseo que sentía con más vehemencia era el de hacer venir al Papa a París para la ceremonia de la consagración de su corona. El Papa accedió a ello.

Su presencia fué objeto de gran respeto y de las simpatías generales, a pesar de tratarse de la ciudad donde pocos años antes habían sido destruídos los altares y perseguido el culto.

Mucho contribuyó a este resultado el aire plácido y respetable de Pío VII y el tacto y bondad que supo desplegar en todas ocasiones. Muestra de ello fué el hecho siguiente, que cuenta Bourrienne: Habiéndose resistido un joven mal



AUSTERLITZ (Cuadro de A. Lalauze)

El desastre de los rusos no podía ser más completo. 40 banderas, los estandartes de la guardia imperial rusa, 120 cañones, 20 generales y 30.000 prisioneros, fueron el resultado de esta célebre jornada





educado a quitarse el sombrero en su presencia, algunas personas que acompañaban a Su Santidad pretendieron que lo hiciera forzosamente. El Papa entonces se acercó a él y le dijo con bondad: "Joven, descúbriós la cabeza para que pueda daros mi bendición; la bendición de un anciano no ha perjudicado a nadie, que yo sepa."

El 2 de diciembre se celebró en la iglesia de Notre-Dame (Nuestra Señora) el acto de la consagración. El imponente cortejo, los caballos ricamente enjaezados, los plumajes, el oro reluciente de los adornos, todo impresionó fuertemente al pueblo, acostumbrado a la simplicidad republicana del Primer Cónsul.

En la iglesia, donde se hallaba apiñada una multitud enorme de espectadores, la emoción fué inmensa al ver a Napoleón cómo recibía la corona del Papa y cómo después coronaba a Josefina, que se encontraba a su lado.

¡Qué pensamientos debían asaltarle en aquellos momentos al idolatrado! ¿Quién como él podía alabarse de haber hecho en menos tiempo una carrera más brillante? El pobre oficial de Artillería, a fuerza de genio y de trabajo, se había transformado en el primer personaje de Europa.

Terminada la ceremonia, reservaba a la Emperatriz una sorpresa agradable. Había hecho llamar al notario de Josefina, Raguineau, y al verle en su presencia y recordándole la frase oída el día de su casamiento, le dijo: "Y bien, señor Raguineau, ¿es cierto que no poseo más que la capa y la espada?" Puede suponerse la confusión del buen notario ante recuerdo semejante.

Napoleón, al ser nombrado Primer Cónsul, había sido al mismo tiempo elegido presidente de la República italiana, que comprendía la Lombardía. Su nueva dignidad imperial trajo consigo la transformación de la República en Reino, y le fué ofrecida la corona de los reyes lombardos, que se apresuró a aceptar, de modo que el 30 de abril de 1805 hacía su entrada triunfal en Milán, seguido de su corte, y se coronaba Rey con la misma solemnidad que en París.

En medio de sus nuevas grandezas y de la satisfacción que podían producirle la admiración y afecto que le demostraban los pueblos y todos los personajes de Europa, que de todas partes acudían a conocerle, Napoleón no olvidaba la guerra con Inglaterra, que había estallado a consecuencia de la ruptura de la paz de Amiens.

Habiendo vuelto a concebir el proyecto, hacía tiempo olvidado, de efectuar un desembarco en la isla, se aparejaron buques, se buscaron alianzas y se concentraron imponentes fuerzas en Boloña. Las disposiciones de Napoleón estaban tan bien tomadas, que se calculaba que bastaría hora y media para trasladar de los navíos a la costa 160.000 hombres.

Pero el desembarco no llegó a efectuarse. Los ingleses, que hasta entonces habían librado algunos combates navales sin resultados positivos, temerosos de aquel ejército, que era una constante amenaza para su seguridad, habían trabajado con ardor para suscitar nuevos enemigos a Francia. Sus intrigas dieron por resultado el hacer entrar a Rusia, Austria y Suecia en una tercera coalición, que exigía de



Francia que volviera a sus antiguas fronteras y que devolviese al Austria su perdida influencia en Alemania e Italia.

Si estas condiciones no eran aceptadas, Rusia haría avanzar 180.000 hombres, Austria levantaría un ejército de 200.000, destinados en parte a invadir Italia y en parte a penetrar en Baviera, aliada de Napoleón.

El Emperador no podía aceptar estas condiciones y se dispuso a repeler la agresión. El 27 de agosto de 1805, las tropas de Boloña recibieron orden de abandonar la costa y dirigirse hacia el Rhin. El Emperador, en esta como en otras campañas, lo había trazado y previsto todo: el orden de las marchas, su duración, el lugar de reunión de las columnas, las sorpresas, los ataques y los diversos movimientos del enemigo. Sus indicaciones fueron seguidas día por día, etapa por etapa, y todo esto en una extensión de 200 leguas, con 200.000 hombres y un frente de operaciones extensísimo.

El resultado de la primera parte de la campaña fué que el ejército austríaco, que invadía la Baviera, se viera pronto encerrado en Ulm, donde tuvo que capitular dejando libre el camino de Viena. "He realizado parte de mi plan, escribía el Emperador; he destruído un ejército enemigo por medio de simples marchas."

La siguiente proclama dirigida al ejército da idea del prodigioso éxito alcanzado:

*Soldados:*

*En quince días hemos expulsado de Baviera las tropas*

*de la Casa de Austria y hemos restablecido a nuestro aliado en la soberanía de sus Estados.*

.....  
*De 100.000 hombres de que se componía el ejército enemigo hemos hecho 60.000 prisioneros, que irán a reemplazar a nuestros reclutas en los trabajos de los campos.*

*Doscientos cañones, todo el parque, 90 banderas, todos los generales han caído en nuestro poder.*

.....  
*Semejante resultado nos ha costado solamente 1.500 hombres fuera de combate.*

El ejército ruso se hallaba acampado entre Viena y Baviera. Al ver avanzar el grueso del ejército francés por las orillas del Danubio, se fué retirando hacia el Noroeste, con objeto de esperar al Zar, que se acercaba con refuerzos.

Viena no tardó en ver cruzar por sus calles la caballería francesa al mando de Murat, que atravesó la ciudad. Éste se dirigía a Moravia con ánimo de cortar la retirada a los rusos mandados por Kutusov; pero éstos supieron burlar hábilmente a Murat e hicieron su concentración con el Zar en Brunn. Napoleón, que con el grueso del ejército había alcanzado la capital austríaca y se hallaba hacía días instalado en el Palacio de Schönbrünn, al tener noticia de que las tropas austríacas de Italia se dirigían hacia la capital, comprendió que era necesario destruir el ejército austrorruso de Moravia antes de que se concentraran todas las fuerzas enemigas.

Además, era preciso terminar pronto la campaña; el

ejército francés había sufrido mucho y no se hallaba en tan brillante estado como al principio. El invierno y las continuas marchas forzadas le habían hecho perder muchos hombres, los víveres eran escasos, y aunque cada soldado había recibido cuatro pares de zapatos, algunos cuerpos iban ya casi descalzos.

Saliendo de Viena, situó sus tropas algo más allá de Brunn, que los rusos ya habían evacuado, y les procuró algún descanso, lanzando sólo parte de su vanguardia hacia Olmutz. El cuartel general fué instalado en Austerlitz, lugar que había escogido para la batalla, por ser su posición en extremo favorable.

Kutusov, el general ruso, y su oficialidad, al ver reforzadas sus tropas, creyeron que derrotar a Napoleón era empresa fácil para ellos. Éste, que conocía la presunción de sus enemigos, contó con ella para sus cálculos y para atraerlos al terreno que él mismo había elegido. Y así sucedió.

Al acercarse los rusos, dió de repente orden a su avanzada de replegarse sobre Austerlitz fingiendo una retirada y disponiendo además sus tropas de modo que el enemigo cayera fácilmente en la tentación de envolverle y de cortar sus comunicaciones con Viena.

El proyecto era genial, aunque colmado de peligros; pero lo asombroso fué ver cómo el ejército ruso ejecutaba punto por punto las maniobras que Napoleón había previsto.

Los rusos, que tenían 90.000 hombres, ocuparon la meseta de Pratzen, separada de Austerlitz por un valle.

Si los austrorrusos se quedaban en la meseta, ocupaban



una posición formidable, y los franceses con sus 70.000 hombres podían darse por perdidos.

El Emperador decía a sus generales: "Si hubiera querido impedir el paso a los enemigos, habría ocupado la meseta y con ello ganábamos una batalla ordinaria; pero si, por el contrario, debilito mi derecha, y los rusos, atraídos por ello, abandonan la altura, están perdidos."

¡Cómo describir la satisfacción de Napoleón cuando al día siguiente de la fingida retirada, el 1.º de diciembre, vió a los rusos ejecutar la maniobra deseada de la que todo dependía! Seguro ya de la victoria, no por eso descuidó todo aquello que pudiera hacerla más decisiva. Todo el día lo pasó a caballo recorriendo filas, organizando las ambulancias, cuidando de los más mínimos detalles para hacer completo el éxito de sus grandes combinaciones.

Por la noche, el Emperador, acompañado del mariscal Soult, avanzó hasta su extrema derecha para observar mejor el ejército enemigo, que continuaba visiblemente su marcha de flanco. A su vuelta al campamento, los soldados reconocieron a su Emperador y en seguida estallaron gritos de entusiasmo por todas partes. Las tropas, improvisando una fiesta nocturna, encendieron grandes fuegos, produciendo la iluminación un efecto fantástico. Después, recordando que el día siguiente era el aniversario de su coronación, uno de los granaderos se adelantó y le dijo: "Señor, no tendrás necesidad de exponerte. Yo te prometo en nombre de los granaderos del ejército, que bastará que sigas el combate con la vista, y nosotros te traeremos las banderas y cañones del enemigo para celebrar el aniversario de tu coronación."

Al levantarse el día, el Emperador estaba ya a caballo reconociendo las fuerzas enemigas a través de la niebla espesa que cubría el campo escogido.

Observando que el general ruso no se decidía a librar la batalla, hace replegar su vanguardia como si temiese llegar a las manos.

Esta maniobra decide a los rusos, que, enardecidos, prosiguen su movimiento envolvente que les obliga a marchar de flanco.

Es el momento oportuno. Napoleón lanza entonces sus columnas al ataque y se apodera de la meseta, tan imprudentemente desguarnecida por los rusos. El Zar, comprendiendo entonces la importancia de esta posición, manda 8.500 soldados, que componían su guardia, para recuperarla; pero el jefe de los franceses le opone también la suya de a pie y de a caballo, y el enemigo no logra su propósito.

El ejército ruso, cogido de flanco, se halla pronto partido en dos y obligado, a batirse en retirada. Ésta fué tan precipitada, que 6.000 hombres se ahogaron al intentar atravesar el lago Sokolnitz. Otras columnas, viéndose acorraladas hacia el lago de Augezeld, helado en aquella época, procuran atravesarlo. El hielo no era suficientemente espeso para sostener tantos hombres y la pesada artillería, y como Napoleón da además orden de romperlo a cañonazos, 20.000 hombres con sus bagajes quedan sepultados en las aguas. En el lago Monitz desapareció también enteramente una columna rusa. El desastre, en verdad, no podía ser más completo. Cuarenta banderas, los estandartes de la Guardia im-

perial rusa, 120 cañones, 20 generales y 30.000 prisioneros fueron el resultado de esta célebre jornada.

La proclama del Emperador, este día, terminaba con las siguientes palabras: "Soldados: Francia os volverá a ver llena de alegría; y bastará que digáis: yo estaba en la batalla de Austerlitz, para que todos respondan: he aquí un valiente."

Al día siguiente, el Zar mandó a pedir una entrevista con el Emperador. Fué acordada, y los dos soberanos hablaron ampliamente durante dos horas en un molino situado a tres leguas de Austerlitz. Antes de celebrar la conferencia, como Napoleón se excusó de lo humilde de la habitación, diciendo: "Le recibo en el solo palacio que habito desde hace dos meses", el Zar le respondió: "Sacáis de él tan buen partido, que sin duda debe seros agradable."

Allí convinieron en concertar la paz, y un mes después se firmaba la de Presburgo, que hizo cesar las hostilidades.

Las ventajas de esta campaña fueron las siguientes: 40.000.000 de francos como indemnización de guerra; la incorporación de los Estados venecianos al reino de Italia; Baviera y Wurtemberg, aliados de Francia, se vieron agrandados y convertidos en reinos; Fernando VII, rey de España, fué substituído por José Bonaparte, hermano de Napoleón; se formó el Gran Ducado de Berg, cuya capital fué Dusseldorf, que se entregó a Murat; el mariscal Berthier recibió el principado de Neuchatel; diez y seis príncipes se separaron del Imperio austríaco y formaron la Confederación del Rhin, siendo nombrado Napoleón pro-





BATALLA DE WAGRAM, 1809 (Cuadro de H. Vernet)

En esta batalla quedó derrotado el archiduque Carlos con sus austríacos. Los franceses obtuvieron una victoria decisiva, que obligó a Austria, ya exhausta, a firmar la paz



tector de la misma; el Emperador de Austria abandonó para siempre el título de Emperador de Alemania, siendo substituída su influencia por la del vencedor.

Todo el inmenso poder que Napoleón iba acumulando en sus manos y los sucesivos éxitos con que le favorecía la fortuna, fueron sobrados para distraer la opinión de una mala noticia que había recibido estando en Viena: la derrota de las escuadras francesa y española en Trafalgar, en que los españoles se cubrieron de gloria (21 de octubre de 1805). El Emperador comprendía la transcendencia de esta derrota y trató de disimular su impresión. La pérdida de esa escuadra era un golpe terrible para Francia, pues imposibilitaba al Imperio de intentar de allí en adelante ninguna empresa marítima, y debía asegurar a Inglaterra el dominio del mar.

Después de Austerlitz ocurrió la muerte del ministro inglés Pitt, el más encarnizado enemigo de Napoleón, sucediéndole Fox, partidario de la paz, y todo parecía presagiar una época de reposo para las armas francesas. Por desgracia, Fox vivió poco tiempo, y las esperanzas de una paz duradera quedaron desvanecidas al empuñar de nuevo el poder los partidarios de la guerra.

Por otra parte, Prusia estaba descontenta; había aceptado un tratado de paz con Francia, obligada por la fuerza de las circunstancias, y esperaba sólo un pretexto para vengarse de humillaciones recibidas.

Su reina era de las más partidarias de la guerra. Se cuenta, que, vestida de amazona y llevando el uniforme del



regimiento de dragones, pasaba revista a las tropas y las inflamaba con sus palabras llenas de ardor bélico.

Por fin, creyéndose Prusia preparada y habiéndose además aliado con Rusia e Inglaterra, se decidió a enviar un ultimátum a Napoleón.

“Nos dan cita para el 8 de octubre (1806), dijo éste al mariscal Berthier, al recibir la provocación a la guerra. Nunca un francés ha faltado a estas citas; pero si, como se dice, hay una bella reina que quiere presenciar los combates, seamos corteses y marchemos sin descansar hasta Sajonia.”

Sin perder tiempo, el ejército francés, reforzado con sus aliados, los príncipes de la Confederación del Rhin, estuvo pronto dispuesto a marchar y se dirigió hacia Jena, donde se hallaban los prusianos ocupando una meseta de difícil acceso frente a la ciudad.

El Emperador instaló su cuartel general en Jena. Una noche, por un atajo que le fué indicado, trató de hacer subir uno a uno a parte de sus tropas a la meseta para intentar envolver a los enemigos sin ser vistos. Toda su guardia y algunos regimientos lograron alinearse allí silenciosamente sin que fueran observados, teniendo los soldados que apretarse los unos contra los otros por falta de espacio.

Al amanecer, los prusianos, estupefactos, vieron este ejército avanzar hacia ellos, al mismo tiempo que eran atacados por otro lado por los franceses que se habían lanzado al asalto de la meseta.

Esta maniobra dió la victoria a Napoleón y obligó al enemigo a batirse en retirada, completamente derrotado.

El Emperador creía que con este hecho todo el ejército

prusiano había quedado aniquilado, ignorando que el rey de Prusia, al frente de importantes fuerzas, se disponía a atravesar el Saale, más hacia el Norte, con intención de refugiarse en Berlín.

Pero los prusianos no pudieron lograr su intento. El general Davout, aunque inferior en fuerzas, se batió con tanta bravura en Auerstadt, que el rey de Prusia tuvo que retirarse sobre Jena, donde su ejército quedó completamente dislocado y disperso.

Los prusianos perdieron en estas dos batallas unos 35.000 hombres y gran número de cañones y banderas. Siete días habían bastado a Napoleón para deshacer las combinaciones del enemigo; siete semanas después de Jena y Auerstadt, toda Prusia quedó a merced del vencedor, pudiendo el Emperador hacer su entrada triunfal en Berlín el 27 de octubre (1806).

Dos días antes, visitando Napoleón en Potsdam la tumba de Federico *el Grande*, apoderóse de la espada que aquel gran general había llevado durante la guerra de los Siete Años. "Estimo más esto, dijo al verla, que diez millones."

La campaña no quedaba con esto terminada. Rusia había retrasado el envío de fuerzas, pero éstas iban marchando desde el fondo de las provincias y se adelantaban hacia Polonia. El Emperador, para oponerse a este nuevo ejército, ocupó a Varsovia, haciéndola capital de un nuevo Estado que pensaba constituir; reunió allí la nobleza polaca, que ansiaba sacudirse el yugo ruso, y reclutó tropas que vinieron a cubrir las bajas de su ejército.

Su deseo era librar pronto una gran batalla; pero los

rusos la rehuyeron. Sólo cuando el invierno hubo helado los pantanos y marismas de aquella región, se decidieron a atacar para tratar de librar la plaza de Danzig que los franceses tenían sitiada.

Entonces se dió una gran batalla alrededor del pueblo de Eylau. Los rusos contaban con 75.000 hombres, y Napoleón, que ocupaba el pueblo, no disponía más que de la mitad, porque tenía dos cuerpos de ejército a una jornada de allí.

Al verse atacado, los hizo llamar con urgencia, y mientras venían se dispuso a resistir atrincherado en el pequeño cementerio de la población.

Los rusos empezaron el ataque avanzando en semicírculo. El Emperador, que sólo trataba de ganar tiempo para detenerlos unas horas, tuvo que sacrificar el cuerpo de ejército de Augereau, lanzándolo solo al combate. De 15.000 hombres que lo componían sólo 3.000 quedaron en pie.

Mas los refuerzos no acababan de llegar y los rusos se disponían a emprender de nuevo el ataque. Fué preciso mandar contra el enemigo las únicas fuerzas disponibles, esto es, 6.000 jinetes al mando de Murat.

El ímpetu irresistible con que Murat atacaba al frente de sus escuadrones, detuvo a sus enemigos y dió tiempo a la llegada de Ney y Davout con sus ejércitos. Entonces la batalla se generalizó, terminando con la retirada de los rusos, que estuvieron a punto de ser envueltos.

La batalla de Eylau fué de las más sangrientas y la de menos resultados. Veinticinco mil rusos murieron en ella, alcanzando a más de 15.000 las pérdidas de los franceses.

Más decisiva fué la de Friedland, que aconteció poco



después, en la que quedaron los rusos aniquilados, viéndose obligados a firmar, junto con los prusianos, el tratado de Tilsit (7 de julio de 1807).

En virtud de este tratado se formó con parte de Polonia un nuevo Estado, el Gran Ducado de Varsovia; con Hannover y otros territorios se creó el reino de Westfalia; el Elector de Sajonia, aliado de Napoleón, fué elevado a la dignidad de Rey; los hermanos de Napoleón fueron reconocidos como soberanos: José, rey de España; Luis, de Holanda, y Jerónimo, de Westfalia.

El tratado de Tilsit nos muestra el supremo poder alcanzado por Napoleón. Nunca Europa había contemplado un soberano reinando sobre tantos otros, ni creando tantos reinos, ni repartiendo tantos títulos y coronas.

En Francia, donde cada ciudadano se veía ennoblecido y glorificado por los increíbles triunfos de su Emperador, el entusiasmo se exteriorizaba en todas formas. Sin saber ya cómo alabarle y habiéndose agotado los epítetos laudatorios, se llegó a decirle: "Está más allá de lo que nos enseña la Historia; pertenece a los tiempos heroicos. Vive ya por encima de la admiración; no hay más que el amor que pueda elevarse hasta él."

El Emperador, en el apogeo de su gloria, quiso aumentar el lustre de su asombroso reinado con la creación de una nobleza imperial. Los primeros favorecidos con los títulos de príncipe, duque y conde fueron aquellos que más se habían distinguido en las batallas.

Aunque conservó en toda su vida la sobriedad y la sim-

plicidad de sus costumbres, siempre atareado y absorbido como estaba por los grandes y complicados asuntos del Imperio, exigía en su corte un gran lujo y obligaba a sus nobles a llevar un tren de casa espléndido, a la altura de sus nuevas dignidades.

Para sufragar sus gastos y recompensar los grandes servicios prestados en las campañas, les aseguraba rentas espléndidas, en lo que se mostró de una generosidad sin límites. Berthier, príncipe de Neuchatel, recibía 1.200.000 francos de renta; Massena, Augereau, Ney y otros mariscales, 900.000. En el solo año 1807, repartió 600.000 francos entre cuatro generales; 400.000, entre cinco más, y 200.000, entre veinticinco oficiales superiores.

Los nobles, los oficiales y las tropas todos llevaban trajes costosísimos y siempre vistosos y llamativos. Sólo él, el Emperador, el señor de aquellos señores, vestía sencillamente. Su traje habitual era el uniforme verde y blanco de los cazadores de la Guardia, recubierto de una levita gris, que lo caracterizaba. Entre tantos galones y plumajes que adornaban los uniformes y sombreros de su Estado Mayor, se destacaba su sombrero sin galones ni plumas "con una pequeña escarapela de cinco céntimos". "Era sorprendente, decía un granadero, ver que el jefe de aquellos ejércitos era el que iba peor vestido."

No contento con crear la corte más lujosa de Europa, quería hacer de París la ciudad más bella, que viniese a ser, además, no sólo la capital de Francia, sino la de toda Europa. Más de cien millones había dedicado a su embellecimiento. Sus museos se habían enriquecido con gran

número de obras maestras, y el Louvre había surgido de nuevo de entre sus ruinas.

El desarrollo de las industrias y la riqueza preocupaba mucho a Napoleón, y por todos los medios procuró crear una industria rival de la de Inglaterra, con la cual estaba en continua guerra.

Para dar mayor impulso a la producción francesa y abrirle los mercados, hasta entonces abastecidos por los ingleses, decretó el famoso "bloqueo continental", por el que todos los puertos europeos debían cerrarse a los navíos de aquel país. Si el bloqueo se hubiese hecho efectivo en todas partes, no sólo hubiera alcanzado parte de su objeto en lo referente a la industria; es probable que hubiese conseguido el triunfo mayor que podía soñar: arruinar en poco tiempo el comercio inglés y debilitar así a su terrible enemiga, vencéndola de modo mucho más efectivo que con derrotas militares.

Pero el bloqueo riguroso era imposible. No todas las naciones salían beneficiadas con ello, y hasta dentro de Francia misma no faltaba quien sufriera perjuicios por aquella medida.

Portugal, que entonces como ahora vendía sus vinos en Inglaterra y le compraba objetos manufacturados, no tuvo en cuenta el decreto de Napoleón, y, por el contrario, Lisboa se convirtió en un centro de contrabando de algodón y artículos coloniales.

Esta circunstancia fué causa de que Napoleón decidiera la destrucción de Portugal. Para ello, de acuerdo con Es-



pañá, mandó allí a Junot con un cuerpo de ejército, y tan poca resistencia encontraron los franceses, que casi sin disparar un tiro entraron en Lisboa, al tiempo que la familia real se embarcaba en un buque inglés para su posesión del Brasil.

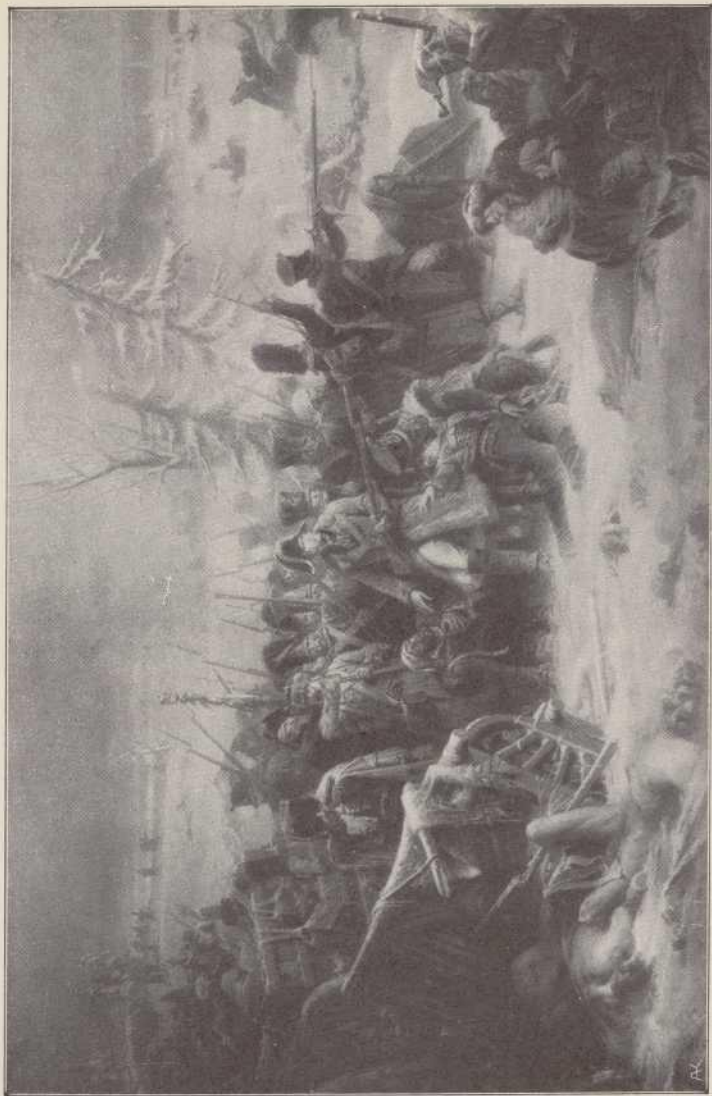
Sometido Portugal, le pareció a Napoleón empresa fácil hacer lo propio con España e imponerle por soberano uno de sus hermanos. "Si esta conquista debiera costarme 80.000 hombres no la intentaría; pero para ello me bastarán seguramente 12.000", decía, desconociendo el carácter del país.

Esta ignorancia del carácter español hizo cometer a Napoleón el primero y más grave error de su vida, por lo que las consecuencias debían serle fatales.

Las tropas francesas penetraron y se establecieron al principio fácilmente, ocupando las principales plazas fuertes de la Península, gracias a vivir engañada la población respecto a la verdadera intención de los invasores. Mas al darse cuenta de lo que se trataba, se alzó todo el país en armas con una sola aspiración: "¡guerra a los franceses!", cubriéndose los campos de guerrillas capitaneadas por heroicos y fieros patriotas.

El 2 de mayo de 1808 dió el pueblo de Madrid la señal de alzamiento. Aquel día comprendieron los franceses que no se trataba aquí de aquellas poblaciones pacíficas y tranquilas del Norte de Italia.

Después de esa fecha memorable, España, sin Gobierno y sin rey, se aprestó a la defensa, y en todas partes se improvisaban ejércitos con ayuda de Inglaterra.



RETIRADA DE RUSIA, 1812 (Cuadro de Ivon)

La vanguardia de los rusos, formada por feroces cosacos, no daba a los franceses un momento de reposo, matando y apoderándose de los rezagados





Uno de ellos tuvo la fortuna de derrotar y rendir en Bailén, en una batalla campal, a un cuerpo de tropas francesas (23 de julio de 1808). El suceso encontró inmensa resonancia en toda Europa, y llenó de disgusto al Emperador. Era la primera vez que un ejército napoleónico capitulaba en campo raso.

José Bonaparte, que hacía poco se hallaba en Madrid ocupando el trono de España tuvo que huir de la capital después de esta derrota famosa, y con motivo de la situación del país, escribía a su hermano: "Si se quiere someter a España se necesitan 50.000 hombres para combatir, 50.000 más para guardar las comunicaciones y 100.000 cadalsos."

Napoleón, aunque vió el grave peligro que encerraba esta desdichada guerra de España, no podía retroceder en el camino emprendido, y decidió venir en persona a dirigir las operaciones con un ejército de 180.000 hombres.

Para ello tenía Napoleón que retirar sus tropas de Prusia y dejar consolidada la paz en el Norte. Con este objeto invitó, antes de venir a España, al Zar de Rusia y a los príncipes de la Confederación del Rin a una conferencia en Erfurt.

El lujo, la esplendidez de la corte de Napoleón en Erfurt, las fiestas, cacerías y banquetes con que se obsequiaba a sus invitados, deslumbraban a los reyes y príncipes alemanes allí congregados y demostraban de modo brillante el lugar preeminente que Francia había llegado a ocupar en Europa.

La personalidad del Emperador sobresalía de tal modo

por encima de los demás, que los reyes y príncipes le hacían la corte y cada uno esperaba que se dignase honrarle con un saludo o con un rato de conversación.

Señal clara de la alta consideración en que todos le tenían, fué el hecho siguiente: una noche en el teatro, durante la representación de *Edipo*, al recitar un actor el verso de Eurípides, que dice:

*La amistad de un gran hombre es un favor de los dioses,*

el Zar de Rusia, que estaba sentado a su lado, le apretó la mano diciendo: "Cuento con la vuestra", lo cual, notado por la concurrencia, fué saludado con una salva de aplausos.

Terminada la conferencia, y logrado lo que Napoleón se proponía, se separaron los reyes y príncipes para regresar cada uno a sus Estados. El 13 de octubre (1808), el Zar de Rusia y el Emperador, después de abrazarse, se despidieron, dejando firmado un tratado de alianza muy ventajoso para ambos, y que, además, tranquilizaba a Napoleón en lo referente a posibles complicaciones en los Estados del Norte.

Nueve días solamente se detuvo en París, desde donde tomó el camino de España para dirigir las operaciones. Con las tropas de su guardia y los veteranos que llevaba consigo, no le fué difícil barrer todos los obstáculos que halló a su paso y entrar a los treinta días triunfante en Madrid, donde restableció a su hermano José en el trono. Pero desde Madrid tuvo que salir para París, donde su presencia era necesaria. Austria, aprovechando la ocasión de ver las fuerzas francesas en España, con un esfuerzo supremo

había levantado tres ejércitos: el uno para invadir la Baviera; otro destinado a Italia, y otro que debía mantenerse en Bohemia, dispuesto a apoyar a los prusianos, a los cuales Austria trató esta vez en vano de sublevar contra Francia.

Para hacer frente a esta agresión, Napoleón se halló por primera vez falto de tropas, pues no podía sacar soldados de España. Para reunir un ejército tuvo que concentrar en Baviera todas las guarniciones francesas de Alemania y llamar a filas a los reclutas dispensados del servicio y a los de la próxima quinta del año 1810.

De este modo reunió 200.000 hombres, que juntó a 120.000 que le facilitaron los príncipes de la Confederación del Rin. Pero estas nuevas tropas no estaban a la altura de los antiguos ejércitos napoleónicos. Compuestas todas ellas de jóvenes reclutas, tuvo que compensar la inferioridad del soldado reforzando la artillería y cambiando de táctica. En adelante no libró batalla sin la seguridad de tener una superioridad numérica.

Al ejército austríaco de Italia opuso un ejército italiano; al de Bohemia tropas de Sajonia y del Gran Ducado de Varsovia, y además pidió a Rusia, su aliada, que atacara la Galitzia; él con el cuerpo de ejército más importante, se dirigió a Baviera para destruir el del archiduque Carlos.

La campaña de Baviera fué corta y gloriosa. Los 275.000 hombres de que disponía el Archiduque fueron envueltos y rechazados hacia Ratisbona por medio de habilísimas maniobras, y después de cinco días de combate, esta ciudad



fué tomada por asalto, aunque no pudo impedirse que parte de las tropas vencidas lograsen escapar.

Después de estas victorias, Napoleón entró en Viena como había hecho en 1805. Allí confiaba en que se firmaría la paz; pero los austríacos, esperando siempre una nueva coalición, seguían peleando. Fué preciso atacar de nuevo al Archiduque, quien, habiendo concentrado sus fuerzas, esperaba a los franceses en la orilla Norte del Danubio.

La batalla de Essling, que duró dos días y que costó grandes sacrificios a los franceses, no decidió la campaña. El Emperador no pudo lograr, después de encarnizados combates, más que una ordenada retirada y fortificarse en la isla de Lobau.

Allí esperó al ejército de Italia y tropas sajonas, y sólo cuando tuvo 150.000 hombres se atrevió a atravesar el Danubio y a atacar de nuevo al Archiduque en la meseta de Wagram.

Los franceses obtuvieron esta vez una victoria decisiva; Austria, exhausta, derrotados todos sus ejércitos, pidió la paz, que fué firmada en Viena (14 de octubre de 1809).

En virtud del tratado, Francia se apoderó de los puertos de Trieste y Fiume, reuniéndolos a la Dalmacia, ya francesa. Los aliados de Napoleón recibieron cada uno el premio de su apoyo, pudiendo después de esta campaña regresar a París en la seguridad de que Austria no volvería a constituir para él un peligro serio.

El Imperio iba así creciendo a cada nueva agresión de que era objeto, y el poder de Napoleón iba extendiéndose

por toda Europa; mas esta misma grandeza creciente era motivo de gran inquietud para la nación. ¿Qué sería del vasto Imperio creado a costa de tantos sacrificios cuando faltara Napoleón?, se preguntaban todos. La muerte del Emperador sin un sucesor rodeado de altos prestigios, sería señal de disolución y anarquía. Por desgracia, su matrimonio con Josefina había sido estéril y se había perdido toda esperanza de que le diera un heredero.

Los diplomáticos y amigos de Napoleón le aconsejaban hacía tiempo el divorcio. Le hicieron ver que de ello dependía la tranquilidad de Francia y el único medio de asegurar en su familia la sucesión de sus vastas conquistas.

Él escuchaba estos consejos, pero tardaba en decidirse a dar un paso tan importante y a sacrificar a su amada Josefina. La Emperatriz había sido el orgullo y el consuelo de Napoleón. Con su tacto exquisito, había sabido secundar las miras de su marido, y no había contribuído poco a establecer las relaciones amistosas entre la antigua y la nueva aristocracia creada al calor de las glorias del Imperio.

Josefina, bajo un exterior frívolo y lleno de gracia, disimulaba su fondo serio y bondadoso. Napoleón le debía mucho; sólo ella era la que había sabido dominar las violencias de su carácter, y por medio de ella habían llegado con frecuencia a oídos de Su Majestad el Emperador quejas justas que permitían reparar errores y socorrer a muchos desvalidos.

Pero las razones de Estado se sobrepusieron a los impulsos del corazón. Hacía tiempo que Josefina estaba pre-

parada para recibir el terrible golpe y esperaba ansiosa el día que su sentencia le sería notificada.

Este día fatal no se hizo esperar mucho. Después de una comida con el Emperador, en cuanto el café estuvo servido, él despidió a todo el mundo y se quedó solo con ella.

“¡Qué cara tenía Napoleón!, contaba más tarde la misma Josefina a Bourrienne. Yo leía en su semblante y en la alteración de sus facciones el combate que se libraba en su alma y comprendí que mi hora había llegado. Él temblaba de emoción y yo tiritaba de frío. Por fin se acercó a mí, me tomó la mano, la puso sobre su pecho, me miró un momento en silencio y dejó escapar estas palabras:

“Josefina, mi buena Josefina, tú sabes todo lo que te he querido... A ti sola debo los pocos instantes de felicidad que he gozado en el mundo... Josefina, mi destino es más fuerte que mi voluntad... Mis afectos, aun los más profundos, deben supeditarse a los intereses de Francia...” “No digáis más, tuve el valor de contestar... Lo esperaba; os comprendo, pero el golpe no deja por eso de ser cruel.”

.....

El 15 de diciembre de 1809, en un gran consejo de familia reunido en las Tullerías, Napoleón participó su resolución de disolver su matrimonio con Josefina. Poco tiempo después el Senado decretaba oficialmente el divorcio, otorgando a la Emperatriz el permiso de conservar el título y los honores, y además una renta de 2.000.000 de francos.

El pueblo de París la compadeció intensamente; la amaba, y cuando la vió salir de las Tullerías la saludó con tristeza, llamándola “la buena Emperatriz”.



Terminado el doloroso asunto de su divorcio, Napoleón, que parecía condenado a verse constantemente arrastrado por un vértigo de acción, se ocupó activamente de su nuevo casamiento.

Proposiciones de todas las cortes de Europa no le faltaron. Las princesas que llamaron preferentemente su atención fueron la hermana del Emperador de Rusia y una hija del Emperador de Austria.

El Zar consentía gustoso en emparentar con el héroe, con el hombre más admirado de toda Europa; mas los escrúpulos de su madre, que creía a pies juntillas todo lo que contaban los folletos publicados por los enemigos de Napoleón, impidieron que se llevaran a cabo las negociaciones.

El Emperador se decidió pronto por la archiduquesa María Luisa de Austria, que era una hermosa joven de diez y ocho años, educada en la sumisión y en la obediencia, y a la que no fué difícil convencer de que aceptase una unión tan ventajosa. Napoleón era el soberano más poderoso y su corte la más lucida de Europa, y además María Luisa sabía cuán buen esposo había sido y de cuántas delicadas atenciones se había visto rodeada siempre Josefina.

El casamiento tuvo lugar el 20 de abril de 1810, habiéndose mostrado el soberano verdaderamente espléndido en los regalos y en las fiestas con que París celebró tan señalado acontecimiento.

La felicidad de la luna de miel no llegó a absorber a este hombre, cuya atención vigilante seguía siempre sin interrupción las cuestiones importantísimas que su política suscitaba en Europa y las grandes luchas que constante-

mente mantenía. El bloqueo continental se llevaba a cabo de modo muy imperfecto, y Napoleón, decidido a arruinar a Inglaterra, se propuso con voluntad de hierro hacerlo efectivo.

Por un simple decreto imperial, reunió a Francia las provincias que ocupaban las bocas del Rin y del Escalda, donde se hallaban todos los grandes puertos de comercio, y no satisfecho con esto, mandó a Holanda 18.000 hombres para apoyar el bloqueo. El rey de este país, Luis Bonaparte, hermano de Napoleón, se resistió a sancionar esta medida tiránica, y para eludir toda responsabilidad abdicó la corona en su hijo. Pero Napoleón, arrastrado ya por los acontecimientos, no quiso acceder a esta transmisión del reinado hecha sin su consentimiento, y con el pretexto de evitar ulteriores conflictos incorpora Holanda al Imperio.

Mientras se sucedían estos hechos, murió el rey de Suecia sin sucesión. Los Estados generales propusieron entonces a Napoleón que nombrase rey de Suecia al mariscal Bernadotte, que se había distinguido por la protección que había dispensado al comercio sueco. De este modo se extendía majestuosa la influencia francesa por toda Europa.

Para colmo de satisfacciones, Napoleón alcanzó la dicha mayor que podía ya ambicionar: la de tener un sucesor. El 20 de mayo de 1811 le nació un hermoso hijo, que tomó el título de Rey de Roma. La multitud que se hallaba reunida delante del Palacio acogió con gritos de entusiasmo y largas aclamaciones los veintiún cañonazos que anunciaban la fausta nueva. El Emperador, oculto detrás de las



RETIRADA DE RUSIA, 1814 (Cuadro de Meissonier)

El ejército, que había quedado reducido a 100.000 hombres, marchaba seguido de todos los heridos, enfermos y convalecientes que huían de Moscú. Los generales, desanimados y tristes, seguían a su Emperador, cuyo semblante trataba de disimular la emoción que debía producirle la enormidad del desastre que presentía





cortinas del balcón, contemplaba la alegría de su pueblo, no pudiendo contener dos gruesas lágrimas que, escapándose de sus ojos, rodaron por sus mejillas.

Desde aquella fecha el Imperio parecía asegurado; sólo del lado de España surgían motivos de inquietud y malos presagios.

---

## CAPÍTULO V

### Se inicia un cambio de suerte

Situación de España. Rusia declara la guerra a Napoleón. — En Dresde es admirado y enaltecido, presenciando las que debían ser para él últimas fiestas de su vida. — Los rusos lo atraen hacia el interior de su patria. Batalla de Moscova. — Retirada de Rusia que un invierno excepcional convierte en trágica. — Nuevos ejércitos contra este país y Prusia. — Batalla de las Naciones. — Invasión de Francia. — Los aliados entran en París y se firma la paz. Abdicación de Napoleón. — Se le envía a la isla de Elba.

A principios de 1810 toda España estaba en poder de los franceses, menos los puertos de Valencia y Cádiz. Lo que les preocupaba entonces eran las fuerzas reunidas en Portugal, que sumaban entre portugueses e ingleses unos 70.000 hombres a las órdenes de Wellesley, más conocido con el nombre de Lord Wellington. Wellington era un excelente táctico y además un gran carácter. Mantenía en su ejército una disciplina tan estricta que hacía juzgar por un Consejo a los oficiales y soldados que cometían los más leves delitos. A causa de su extremado rigor le llamaban el “duque de hierro”.

Wellington procuraba que su ejército estuviese siempre bien alimentado y bien vestido, con lo que aumentaba la resistencia de sus tropas, y para no exponerlas en vano,



adoptó la táctica de no luchar sino detrás de fuertes trincheras. Así es que cuando el general Massena intentó atacarle con 60.000 hombres, tuvo que desistir, viéndole atrincherado en Torres Vedras, entre la desembocadura del Tajo y la costa, detrás de tres líneas de reductos defendidos por 500 cañones. Unos meses después de este fracaso, los franceses, faltos de víveres y refuerzos, tuvieron que abandonar a Portugal (mayo de 1811), que perdieron para siempre.

Por otra parte, el rey José se veía defendido por un ejército numeroso, sí, pero que luchaba sin entusiasmo, continuamente hostilizado por las partidas y guerrillas que se alzaban por todas partes, en medio de un país poseído de un delirante patriotismo y dispuesto a morir antes que rendirse al extranjero. Las ciudades se defendían heroicamente; Zaragoza y Gerona se inmortalizaron con la resistencia desesperada que ofrecieron a los invasores, y los generales franceses, disgustados de esta guerra tan terrible como poco gloriosa para ellos, deseaban volver a Francia, haciendo todo presentir que la conquista de España era un grave error que, como decía el rey José a su hermano, amenazaba hundir la gloria de Napoleón.

En París mismo los que estaban al corriente de estos asuntos, decían: "Las buenas noticias que recibimos de España nos asustan tanto como las malas; ese país acabará por ser fatal para el Emperador." Napoleón mismo comprendía la gravedad de su situación, pero no hallaba un medio decoroso de salir de España, ni podía tampoco dedicar a esta guerra toda la atención que merecía; la desme-

surada extensión y complicación de su Imperio no se lo permitía.

En 1811, con la anexión de Holanda y la que siguió después de una parte del reino de Westfalia, del gran Ducado de Berg y de las tres ciudades anseáticas, Hamburgo, Bremen y Lubeck, es decir, de casi toda la costa alemana, el Imperio comprendía de Corfú a Lubeck, contando 130 departamentos. Los Estados vasallos se extendían desde Portugal hasta Polonia, comprendiendo treinta principados soberanos y siete reinos: España, Nápoles, Italia, Wurtemberg, Baviera, Westfalia y Sajonia. Entre nacionales franceses y vasallos, la población del Imperio ascendía a 71 millones de habitantes, la mitad de Europa en aquella época.

Inglaterra, que veía con terror cómo se iba realizando el bloqueo, que significaba la próxima ruina de su riqueza, no contenta con apoyar con su dinero y sus tropas la guerra de la Independencia española, ponía en juego su diplomacia para mover contra Francia la única potencia que podía oponérsele: Rusia.

Como hemos visto, Alejandro, el Zar de Rusia, se había separado de Napoleón en Erfurt después de firmar un tratado de alianza y de haberse dado mutuas pruebas de amistad. Mas el poder cada vez más absorbente de Napoleón, el bloqueo que arruinaba a Rusia privándole de la salida de sus productos para Inglaterra, con la que hacía todo su comercio, las guarniciones francesas que el Emperador mantenía en las fortalezas polacas y prusianas de la frontera, el ejemplo de España, todo esto, sumado a distintas cuestiones políticas que los ingleses se esforzaron en

suscitar, dió por resultado que dicho país tratara de aprovechar la circunstancia de tener Napoleón parte de sus tropas en la Península para romper la alianza y mandarle un ultimátum (abril de 1812).

El Emperador francés, prevenido de lo que se tramaba, hubiera deseado, antes de atacar a Rusia, acabar la guerra de España; pero ésta se hizo interminable. Entonces, apremiado por las circunstancias, decidió hacer un esfuerzo titánico y sostener las dos guerras en los dos extremos de Europa al mismo tiempo.

Del Guadalquivir al Niemen tenía Napoleón un millón de hombres sobre las armas, la mitad de los cuales defendía las conquistas y adquisiciones del Imperio. Para aterrorizar a Rusia se propuso invadirla con un ejército de 680.000 hombres, dividido en tres cuerpos y formado por tropas francesas, holandesas, alemanas, italianas, españolas, polacas y austríacas.

Todas las naciones amigas se vieron obligadas a prestar un contingente de tropas y cañones, y para acabar de imponer al Zar, y quizá con la secreta esperanza de que atemorizado al verse invadido por casi toda Europa, depusiera las armas, el Emperador, ya dispuestas sus fuerzas y antes de emprender la campaña, convocó en Dresde una reunión de todos los príncipes aliados.

El 17 de mayo de 1812, hizo su entrada en la ciudad en medio de una multitud de reyes, príncipes y señores que esperaban su llegada.

El camino de París a Dresde había sido un triunfo con-



tinuo. Los pobladores de los lugares por donde debía pasar le esperaban al borde de los caminos y le aclamaban delirantes, arrastrados por la corriente de general entusiasmo que su nombre despertaba.

En Dresde, todo el pueblo, ricos y pobres, llenaba las calles y las plazas para verle, o pasaba noches y días enteros con los ojos fijos en la puerta o en las ventanas del Palacio. Y no eran su corona, ni su rango, ni el lujo de su corte lo que iban a contemplar; lo que querían era verle a él, fijar sus facciones en su memoria para luego poder decir a sus amigos, a sus parientes y a sus hijos: He visto a Napoleón.

Por las mañanas, al levantarse el Emperador, el espectáculo era todavía más curioso. Allí podía verse con qué temerosa sumisión una nube de príncipes, confundidos con los cortesanos, esperaba el momento de comparecer delante de aquel árbitro de sus destinos.

Mas el poderoso soberano se cansó pronto de los obsequios y festejos, e impaciente por vencer a los rusos y sustraerse a los agasajos de que era objeto, salió de Dresde el 29 de mayo de 1812. Desde este momento las fiestas y los regocijos han terminado para él y empiezan los días duros y más dolorosos de su accidentada vida.

Puesto en movimiento el ejército invasor (1), no tardó en alcanzar el Niemen y atravesarlo.

A partir de allí, Napoleón dispuso que el cuerpo de ejército de su izquierda se dirigiera a Riga para oponerse a las

---

(1) Le llamaban *Grande Armée*, por el número de sus tropas.

tropas que vinieran de San Petersburgo; el cuerpo de ejército de su derecha tomó la dirección del Sur para detener a las tropas rusas que venían de la frontera turca, y él, con el centro del ejército francés, se dirigió sobre Vilna, que ocupó casi sin disparar un tiro.

Deseaba una gran batalla que decidiera pronto la guerra, que empezaba a ser para todos enojosa. El país que atravesaba el ejército estaba todo cubierto de bosques y marismas, faltaban buenas carreteras, y las marchas y maniobras se hacían muy difíciles. Las provincias eran pobres y poco pobladas, y además, los enemigos, parecían haberse desvanecido y huían a medida que los franceses avanzaban.

El 16 de julio salió Napoleón de Vilna en dirección de Smolensk. Después de pequeños combates parciales sin importancia, se llegó a la vista de la ciudad. Un ejército ruso que había acudido en su defensa hizo creerle que había llegado el momento de una gran batalla. Pero aquella ilusión se desvaneció pronto. Los rusos, cuando hubieron protegido la huida de sus habitantes, levantaron el campo y continuaron su retirada hacia el Norte, después de incendiar la ciudad. El fantasma de la victoria que creía poder alcanzar a cada momento, había retrocedido otra vez delante de él.

Titubeaba sobre el partido que debía tomar. La marcha hacia adelante no dejaba de inquietarle; el ejército iba reduciéndose a medida que avanzaba y sus mismos generales le aconsejaban que se detuviera. Sin duda, el Emperador hubiera llegado a un acuerdo y firmado una paz en buenas

condiciones para Rusia; pero el tesón y firmeza del Zar ofendieron su amor propio al declarar que no quería oír hablar de negociaciones mientras quedase un francés en Rusia, y Napoleón se vió obligado a continuar la guerra, quizá a pesar suyo.

La admirable táctica del general ruso Barclay, que había hasta entonces dirigido las operaciones, fué mal juzgada en la corte del zar Alejandro. La nobleza y el partido nacional reprobaban las continuas retiradas de su ejército, y fué tal la presión que hicieron, que fué substituído por el general Kutusov, hombre valiente, rudo, fanático y fanfarrón, completamente desprovisto de talento, pero de gran prestigio en su país.

El nuevo generalísimo se proponía detener la marcha de los franceses hacia Moscou, y para ello se fortificó y tomó posiciones en Borodino con 120.000 hombres.

La noticia del cambio de táctica y la decisión de Kutusov llenó de júbilo a Napoleón; por fin el ejército ruso se detenía y se acercaba el día de la victoria decisiva.

El 5 de septiembre se hallaron a la vista los dos ejércitos a orillas del río Moscova.

La batalla fué terrible. El ejército ruso, atrincherado detrás de fuertes reductos, ofrecía una resistencia tenaz. Los soldados de Kutusov, persuadidos de que luchaban por su patria y por su religión, se dejaban matar antes que ceder un paso, y sólo cuando la artillería de Napoleón, muy reforzada y hábilmente dirigida, hubo hecho estragos en sus filas, pudieron los coraceros lanzarse al asalto de sus posiciones y desalojarlos de ellas. Tomados los reductos y





REGRESO DE LA ISLA DE ELBA (Cuadro de Zarzet)

Napoleón, al hallarse a pocos pasos del regimiento de Grenoble, les gritó con voz fuerte: "¡Soldados! Si hay alguno que quiera matar a su Emperador, ahora puede hacerlo: aquí está." Un solo grito de viva el Emperador! resonó por los campos, y los soldados, rompiendo filas, corrieron a juntarse a los veteranos de la Guardia



habiendo sufrido grandes pérdidas, los rusos, vencidos, iniciaron la retirada.

Esta batalla de Moscova, que dejaba expedito el camino de Moscou, se ganó a costa de grandes sacrificios. Aunque los rusos perdieron 60.000 hombres, entre muertos y heridos, el ejército francés por su parte tuvo 30.000 muertos y heridos, entre los cuales se contaron hasta 50 generales.

Esta acción hubiera aniquilado por completo las fuerzas rusas, a no ser las indecisiones de Napoleón, que tuvo la desgracia de caer enfermo y no pudo dirigir personalmente la lucha.

Las marchas continuadas, las fatigas de los días anteriores, tantas cosas a que atender, la terrible expectativa de lo que iba a suceder, unido a la baja sensible de la temperatura, le produjeron la víspera de la acción una fuerte calentura. Al día siguiente, durante lo fuerte del combate, se le vió, contra su costumbre, algo apartado del campo de batalla, levantarse, pasearse lentamente, y caer en una inacción completa, sin hallar fuerzas ni energías para dar las oportunas órdenes que hubiesen permitido sacar todo el partido posible de la victoria. Cuando le venían a notificar la muerte de algún general, hacía sólo un gesto de triste resignación y quedaba de nuevo amodorrado.

Después de esta batalla parecía que el término de la campaña consistía en la toma de Moscou. Moscou en su poder era asegurar la paz, era coronar de un modo brillante una de las campañas más grandiosas de la Historia, era la paz y la gloria.

El 14 de septiembre llegaron las avanzadas a la vista



de la ciudad. “¡Moscou!, ¡Moscou!” gritaba todo el ejército al contemplar desde una altura las cúpulas que el Sol de la tarde hacía brillar.

Napoleón, reanimado y previendo una batalla, da sus disposiciones y sus ojos no se apartan del horizonte, por el que espera ver aparecer el enemigo, o una diputación de la ciudad formada por lo más selecto de la nobleza rusa, que viene a abrirle sus puertas de par en par. Sin embargo, el día transcurre sin ninguna novedad y Moscou permanece muda y silenciosa, como inanimada. La ansiedad del Emperador crece por momentos; no comprende cómo las alas de su ejército han podido cerner la ciudad sin hallar obstáculo, ni cómo Murat con sus avanzadas ha podido alcanzar los barrios extremos sin ser atacado y sin recibir ninguna diputación oficial. Algunos oficiales que han penetrado en ella le dan la clave del enigma: Moscou está desierta.

Napoleón no podía comprender un hecho tan extraordinario. ¿Cómo era posible que tantos palacios, tantos templos y tantas riquezas fuesen así abandonados?

El Emperador se instaló en un palacio y pasó una noche agitadaísima. A las dos de la madrugada le llegó otra noticia no menos sorprendente. Moscou ardía por los cuatro costados. Al principio creyó que se trataba de alguna venganza de sus mismos franceses, pero no tardó en conocer la verdad. Los incendiarios eran los mismos rusos, y el fuego devastador, que no respetó ni el mismo Kremlin, se extendía por la ciudad amenazando con reducir aquella conquista a un montón de cenizas.

El tiempo pasaba, y Napoleón esperaba en vano que la toma de Moscou decidiera al Zar a pedir la paz.

Éste no quería oír hablar ni siquiera de un armisticio. Con esto y con ver caer lleno de tristeza las primeras nieves, precursoras del terrible invierno ruso, Napoleón, muy a pesar suyo y aplazando el día todo lo que pudo, se vió obligado a ordenar la retirada.

El ejército, que había quedado reducido a 100.000 hombres, marchaba seguido de todos los heridos, los enfermos, los comerciantes, que huían como ellos de la ciudad abandonada, y de una inmensa y confusa multitud de hombres de todas las naciones, que llevaban en coches y carros de todas clases las riquezas fruto del pillaje de la ciudad.

Al salir el ejército de Moscou, Kutusov se dispuso a hostilizarlo. La vanguardia, formada de feroces cosacos, atacaba continuamente a los franceses por la retaguardia y por los flancos, no dejándoles un momento de reposo matando y apoderándose de los rezagados. El ejército francés tuvo que sostener, además, varios combates, para no ver detenida su marcha hacia Smolensk. Ya estaban cerca de la ciudad donde encontrarían las tropas reposo y víveres en abundancia, cuando empezó a sentirse el frío con tal intensidad, que hombres y caballos morían a miles. "No es Kutusov que ha matado o dispersado a los franceses, decían más tarde los rusos, es el general Morosov (las heladas)."

Al llegar a Smolensk no quedaban más que 40.000 hombres, y no hallando allí los víveres esperados fué preciso seguir adelante sin detenerse.

A partir de Smolensk, el desorden y la desanimación se

apoderaron del ejército. Los heridos y enfermos empezaron a abandonarse. Sin caballería ni artillería tuvo el Emperador que abrirse paso a través de los enemigos y de los obstáculos que ofrecía el país. Su alma fuerte no pudo menos que llenarse de tristeza ante aquella tragedia que se desarrollaba a su vista.

El Dnieper se había atravesado felizmente; faltaba sólo el Berezina, cuyo ancho de unos 50 metros no ofrecía un obstáculo insuperable para entrar en Minsk, donde se hallarían refuerzos y se salvaría una parte del ejército.

Aunque el paso estaba defendido por el cuerpo de ejército ruso de Isichagov, los franceses, apoyados por parte del ejército ruso del Norte que acababa de unírseles y se conservaba en buen estado, lograron construir un puente en veinticuatro horas. Los hombres que trabajaban en su construcción, metidos hasta la cintura en el agua helada, murieron todos; pero gracias a ellos gran parte del ejército pudo pasar. No quedando en la otra orilla más que 20.000 rezagados. Por la noche se les quiso obligar a pasar, ellos se resistieron; mas al ver a la mañana siguiente que el puente iba a ser destruído, se precipitaron aquellos infelices locos de terror, pereciendo un gran número en el río y quedando el resto en poder de los rusos.

Pasado el Berezina, la retirada fué todavía más desastrosa. El frío llegó a ser tan excesivo, que una división de 15.000 hombres enviada a Vilna pereció casi toda helada. Los rusos no sufrieron menos. La mitad de sus tropas pereció por la misma causa en aquel invierno excepcional.

Al llegar a Vilna, el ejército francés, ya desmoralizado,



se entregó al desorden y al pillaje de los almacenes de víveres allí abundantes. Al aproximarse los rusos, todo fué abandonado: heridos, enfermos, cañones y hasta 10.000.000 que formaban el tesoro del ejército. Unos días después (12 de diciembre), tan sólo 18.000 hombres en miserable estado, últimos restos del ejército, atravesaban el Niemen y se dispersaron antes de llegar a Francia. Había perdido aquella poderosa fuerza militar 200.000 hombres entre muertos y heridos, 130.000 prisioneros y 50.000 desertores. Quizá la Historia no recuerda un desastre militar más grande (1).

Después del paso del Berezina, Napoleón había abandonado al ejército y se había dirigido a París, atravesando de incógnito y con rápidas marchas toda Alemania.

La entrada en la capital no se parecía a las otras, cuando volvía coronado de gloria por sus triunfos de Austerlitz y de Jena.

La tristeza y el luto estaban en los semblantes de todos; sólo él, en vez de mostrarse abatido, procuraba con su ejemplo levantar el ánimo de los decaídos.

Su energía, que siempre crecía con las dificultades, volvió a asombrar a los que le rodeaban. Día y noche, sin descansar apenas, se ocupaba de la reorganización de sus fuerzas y de parar el golpe que le amenazaba. Impulsada por su voluntad irresistible, la nación se vió obligada en tres meses a levantar un nuevo ejército de 130.000 jóvenes de diez y ocho a veinte años, entre los cuales Napoleón inter-

---

(1) Fué escrito por su autor antes de la guerra europea.—*N. de los E.*

caló 30.000 veteranos sacados de España con que hacer frente a Prusia y Rusia, que acababan de aliarse contra él al verle vencido y sin ejército.

Con estas tropas, unidas a las de sus aliados de la Confederación del Rin, y con una artillería formidable, creada en pocos meses, salió de Francia en abril (1813) y se dirigió a Sajonia con ánimo de recuperar la línea del Elba, entonces en poder de los enemigos.

Los aliados, por su parte, no dormían. Prusia, que inflamada de entusiasmo patriótico se levantaba como un solo hombre, deseosa de vengar sus derrotas, se convirtió en el centro del movimiento alemán contra los franceses, que ellos llamaban "la lucha de los buenos contra los malos".

Esta campaña de 1813 asombró a toda Europa, que veía aparecer de nuevo el ejército, aquel ejército que creían destruido para siempre, y el asombro llegó a su colmo al saberse que Napoleón acababa de ganar dos batallas: Lutzen y Bautzen.

Pero habiendo los aliados conseguido el apoyo de un ejército austríaco de 250.000 hombres y sabiendo por experiencia cuán difícil era vencer directamente a Napoleón, adoptaron la siguiente táctica: la de no librarle batalla hasta haber vencido a cada uno de sus generales.

Este sistema les dió excelentes resultados. Derrotados por separado los generales franceses, tuvo Napoleón que concentrar sus fuerzas en Leipzig, donde se vió atacado por 220.000 aliados.

El 16 de octubre, Napoleón con 155.000 hombres logró

rechazar varios ataques con éxito, y hubiera alcanzado un nuevo triunfo, a pesar de su inferioridad numérica, a no ser la traición de sus sajones y la llegada de Bernadotte, que en esta ocasión luchaba contra el Emperador. Estos dos ejércitos hicieron subir el número de aliados a 300.000 hombres.

Tres días duró aquella batalla de Leipzig, la más larga y aquella en que lucharon mayor número de hombres. Por pertenecer los soldados de ambos ejércitos a casi todas las naciones de Europa, fué llamada la "batalla de las Naciones".

Los franceses al tercer día conservaban todavía sus posiciones, pero habían agotado las municiones. No les quedaba más recurso que la retirada. Ésta se efectuó de noche protegida por la obscuridad y una espesa neblina que cubría el campo.

Al ver a Napoleón derrotado, los príncipes de la Confederación y el rey de Baviera se pasaron a los coligados, y como aquél tenía sus fuerzas desparramadas en plazas muy distantes del Imperio, quedaba Francia a merced de sus enemigos, que no tardaron en invadirla. Bernadotte avanzó por Holanda, y los ejércitos de Schwarzenberg y Blücher penetraron en territorio francés, venciendo la resistencia que les opusieron los generales del Emperador.

Éste, mientras tanto, desde París preparaba su plan de defensa; decretaba una recluta extraordinaria, y con estas nuevas tropas sin instrucción ni buen armamento se proponía detener la marcha de los invasores. Antes de dejar



la capital reunió a los oficiales de la Guardia en París, y presentándose ante ellos, acompañado de la Emperatriz y de su hijo, les dijo emocionado:

“Aquí os dejo a la Emperatriz y al Rey de Roma. Salgo tranquilo porque quedan bajo vuestra salvaguardia. Es lo que más quiero después de Francia; lo pongo en vuestras manos.”

Dicho lo cual, y después de despedirse de su mujer y de su hijo, a los que no debía volver a ver nunca más, salió de París para ponerse al frente de 40.000 hombres que se dirigían a Chalons.

Francia, aunque abatida y amenazada, conservaba su fe ciega en Napoleón. Las gentes se preguntaban cómo podría detener la avalancha extranjera con tan reducidas fuerzas, pero no dudaban del éxito. ¿No está él allí, el Emperador, al frente de sus tropas?

El plan de éste consistía en situarse entre el Sena y el Marne, para impedir la conjunción de los ejércitos de Blücher y Schwarzenberg. Al primer encuentro, Blücher fué arrojado hacia Brienne y el mismo general estuvo a punto de caer prisionero con su Estado Mayor. Este primero y sorprendente triunfo fué, sin embargo, estéril, pues por falta de fuerzas no pudo impedir que los aliados se juntaran y lo agobiaran con sus 150.000 hombres en La Rothiere, donde a pesar del heroísmo de sus reclutas, fué derrotado, teniendo que refugiarse en Troyes, después de haber perdido gran número de hombres y cañones.

Creyéndose libres de enemigos, los aliados volvieron a separarse, siguiendo Blücher el camino del Marne y Schwar-



EL ADIÓS DE NAPOLEÓN A FRANCIA (Cuadro de E. A. Guillon)

Napoleón se aleja de Francia para ponerse en manos de los ingleses, pensando que no se mostrarían insensibles a su gloria.





zenberg el del Sena. Entonces se vió al león acorralado y herido, pero todavía fiero, acordarse de los tiempos heroicos de las primeras campañas de Italia y repetir con un puñado de hombres aquellas proezas inmortales.

Tenía consigo cinco veces menos hombres que los aliados, y sin que se aperciesen, ya se hallaba otra vez con su pequeño ejército entre ellos.

Decidido en primer lugar a salvar a París, hace marchar a sus tropas con una velocidad prodigiosa, aprovechando para su transporte cuantos vehículos halla a su paso, y en cinco días, sorprendiendo uno tras otro otros tantos cuerpos de ejército de Blücher que se habían avanzado, los derrota y obliga al general prusiano a detener la marcha y a replegarse sobre Chalons. Hecho esto, sin que Schwarzenberg tuviese tiempo de prepararse, cae sobre él y le hace retroceder hacia Langres, de donde había salido. París estaba salvado.

Durante las hostilidades se habían entablado negociaciones de paz. Las condiciones de los aliados, que exigían que Francia volviese a sus antiguas fronteras antes de la República, eran inadmisibles y la guerra continuó, volviendo los ejércitos invasores a emprender de nuevo el camino de París, después de reponer sus pérdidas.

Napoleón procuró detenerlos otra vez en una serie de combates en que se le vió disparar personalmente los cañones como un simple artillero y tener que defenderse con la espada de grupos de enemigos que habían logrado llegar hasta él. Pero todo fué inútil. Las municiones le faltaron; no tenía ya depósitos de pólvora ni proyectiles, y derro-

tado en la batalla de Arcis se retiró a Lorena, donde trabajaba por reunir otro ejército y continuar la lucha.

Los aliados vacilaron entre ir en su persecución o dirigirse a París. Las noticias que tenían de que el Gobierno de la ciudad no era capaz de organizar la defensa y de que el espíritu de la población denotaba un profundo abatimiento, les decidieron a entrar en ella, seguros, además, de hallar buena acogida entre los enemigos de Napoleón.

Los ejércitos aliados hicieron su entrada en París el día 30 de mayo de 1814, y con ellos fueron también los partidarios del antiguo régimen, llevando en sus sombreros la escarapela blanca y gritando: “¡Vivan los Borbones!”, grito que era contestado en los barrios bajos con: “¡Viva el Emperador!”

En aquellos mismos días los ingleses penetraban en el territorio francés por el Sur, persiguiendo a los últimos restos del ejército de España, definitivamente abandonada.

Napoleón quería seguir luchando hasta el último extremo. La noche misma de la capitulación se hallaba a pocas horas de París, al frente de 60.000 hombres, dispuesto a penetrar en la ciudad y organizar la defensa. Para probar el estado de espíritu de sus tropas, se presentó entre ellas en Fontainebleau, y parándose delante de los regimientos de la Guardia, les gritó: “¡Soldados! El enemigo nos ha avanzado y se ha apoderado de París. Es preciso arrojarlo de allí... ¡Franceses! Juremos hacer respetar esta bandera tricolor que desde veinte años nos ha acompañado en el camino de la gloria y del honor.” “¡Lo juramos! ¡Viva el

Emperador!... ¡A París!", gritaba todo el ejército desbordando de alegría y entusiasmo. Ante tales muestras de adhesión por parte de los oficiales y soldados, la marcha hacia la capital de Francia fué decidida, cuando en la reunión de generales que luego se celebró para dar sus disposiciones, Napoleón tuvo ocasión de ver con amargura todo lo que hay de bajo y pérfido en el corazón humano. Sus mariscales, al saber que se había firmado la paz en París y que los Borbones eran restablecidos en el poder, habían entablado tratos secretos con sus enemigos con objeto de poder conservar su rango y sus riquezas. Decididos a oponerse a la noble actitud de su jefe y señor, le obligaron violentamente a abdicar. En vano Napoleón les enumeró las fuerzas que le quedaban, los planes que había concebido, todo fué inútil. "Ya tenemos bastante. Es tiempo de acabar, decía bruscamente Ney; es preciso que hagáis vuestro testamento. Habéis perdido la confianza del ejército. Lo que proponéis es la guerra civil."

Ante esta actitud de sus generales, Napoleón firmó la abdicación.

Por la noche del día en que tuvo lugar esta humillante escena, se sintió fuertemente indispuerto. Las fatigas y sufrimientos morales de los últimos días eran superiores a las fuerzas de un mortal. Por fortuna, los cuidados de su médico lograron conjurar la crisis, y a la mañana siguiente había triunfado su fuerte naturaleza, aunque dejando en su semblante las huellas de tantos sufrimientos. "No es la pérdida del trono lo que me es insoportable, decía poco



después a sus amigos; mi carrera militar es suficiente para hacer la gloria de un hombre. ¿Sabéis lo que me es más doloroso que los reveses de la fortuna? La bajeza y la horrible ingratitud de los hombres. En presencia de tantas cobardías y egoísmos, he vuelto la cabeza con repugnancia, la vida me es odiosa... Lo que he sufrido en diez días no puede ser comprendido.”

Desde el momento de su abdicación se fué haciendo el vacío en torno del Emperador, y por fin, después de unos días pasados en negociaciones, durante los cuales logró serenarse, se le mandó, acompañado de una fuerte escolta, a la isla de Elba, de la que se le reconocía soberano, permitiéndole llevar consigo 400 soldados de su Guardia.

El 20 de abril, al salir para su nuevo Estado, quiso despedirse de los 1.200 soldados que quedaban de su Guardia, y al tenerlos reunidos díjoles con voz que dejaba transparentar su emoción:

“¡Oficiales, tenientes y soldados de mi vieja Guardia! Durante veinte años os he encontrado constantemente en el camino del honor y de la gloria... Con hombres como vosotros nuestra causa podía todavía triunfar. Pero la guerra hubiera sido interminable y Francia hubiera padecido demasiado... He preferido sacrificar mis intereses a las conveniencias de mi patria. Por eso me ausento de ella... Si he consentido continuar viviendo es para poder contribuir a vuestra gloria. Quiero escribir las grandes cosas que hemos realizado juntos... ¡Adiós, hijos míos! ¡Quisiera abrazaros a todos; abrazaré por lo menos a vuestro general y a vuestra bandera!...”

Al terminar estas palabras, los soldados no pudieron contener los sollozos, y al mismo Napoleón, siempre tan dueño de sí mismo, se le saltaron las lágrimas. Tomando entonces de manos del general el águila que le presentaba, la besó solemnemente y corrió a meterse en su coche, que poco después se lo llevaba a lo lejos, mientras los soldados gritaban conteniendo los sollozos: “¡Viva el Emperador!”

---

## CAPÍTULO VI

### Últimos días del Emperador

Regreso a Francia.—En Grenoble es acogido con gran entusiasmo. Los aliados repiten la invasión del territorio francés.—Vence al general Blücher. Después de una imponente lucha en Waterloo, gana las tres primeras fases de la batalla y queda totalmente derrotado en la última.—Segunda abdicación.—Bajo la protección de Inglaterra. En el *Bellerophon*. Llega a la isla de Santa Elena.—Vida que hacía allí. Sus Memorias.—Cómo lo trataban los ingleses. Testamento y muerte.

El 3 de mayo de 1814 llegaba Napoleón a la isla de Elba. Lejos de mostrarse abatido por su nueva situación, trató de sacar partido de ella, empleando su actividad en organizar su pequeño Estado y dejar allí señales de su paso. La explotación del hierro adquirió pronto gran incremento, las carreteras fueron mejoradas, los cultivos, perfeccionados, y se introdujeron otros nuevos.

Además de estos trabajos, consolaron su destierro la compañía de su madre, la de su hermana Paulina y la de gran número de oficiales que no querían abandonarle. Como compensación a la grandeza perdida de su corte, veía ahora lo más distinguido de Europa acudir a la isla, considerando como un deber el visitar al grande hombre, al héroe admirado, aun en su desgracia.



Lo que más le apenaba era ver el estado en que había quedado Francia. En poco tiempo el poder que había logrado adquirir en Italia, Bélgica, España, Alemania, Polonia y Austria, había desaparecido. El Gobierno del Rey había, además, logrado desconcertar a casi todas las clases sociales, y un hondo disgusto se sentía en el país al ver substituída la figura gigantesca de Napoleón por un poder imprudente que ofendía los sentimientos nacionales, haciendo adoptar los antiguos usos como si nada hubiera sucedido.

Buena prueba de ello eran las continuas cartas y avisos que recibía, incitándole a volver a Francia. Entre tantas noticias, una le llegó, secreta, que le decidió: se le comunicaba el acuerdo tomado por las potencias de sorprenderle en la isla de Elba y llevarle a Santa Elena.

El camino estaba trazado. Si quería salvarse y salvar al mismo tiempo a Francia, era preciso salir de allí.

El 26 de febrero de 1815 embarcaba con el mayor secreto sus 400 hombres de la Guardia en las pequeñas naves del puerto, acompañados de algunos generales. En otras iban 200 hombres más y unos 100 caballos. Con esta pequeña fuerza se dispuso a volver a Francia.

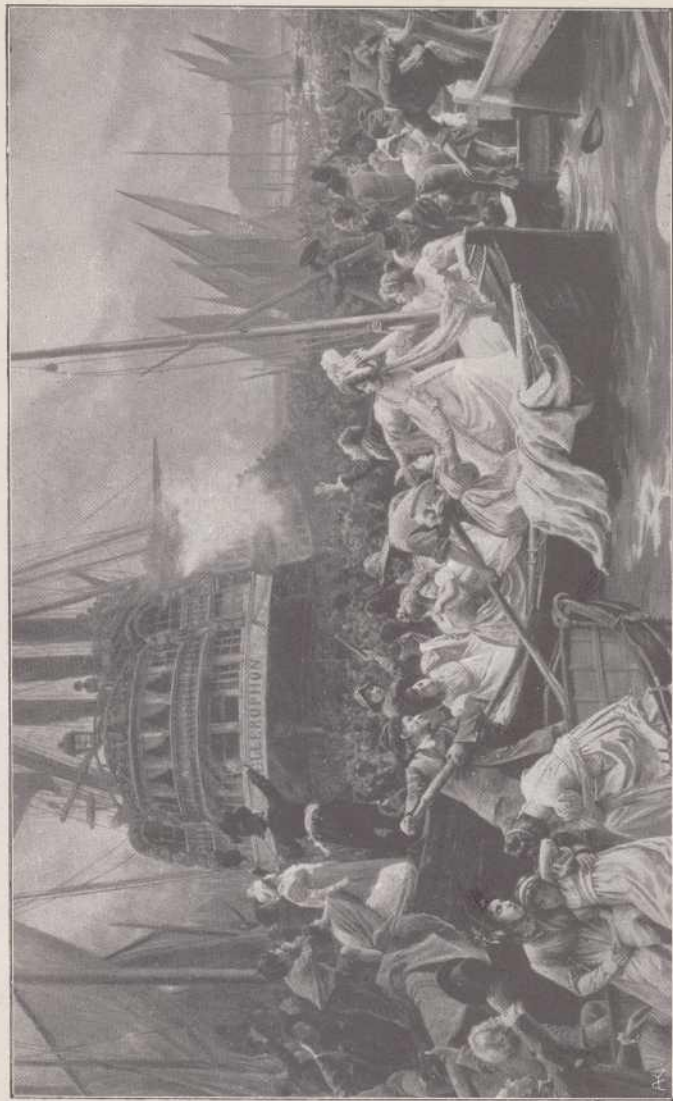
A los tres días de navegación, en que estuvo a punto de ser sorprendido por las escuadras francesas, desembarcaba al caer la tarde cerca de Cannes.

A marchas forzadas y llevando los soldados las sillas sobre sus cabezas por falta de caballos, se dirigió hacia Lyon, tomando el camino de la montaña, acompañado de

gran número de campesinos del Delfinado que corrían a su encuentro y querían seguirle, aunque sin armas ni material de ninguna clase. Y así fué cómo entre aclamaciones llegó cerca de Grenoble, la primera plaza importante que se hallaba a su paso. El jefe de la guarnición era realista, y sabedor de lo que sucedía estaba decidido a prender al Emperador, para lo cual destacó 800 hombres. Napoleón no pensó en huir; al enterarse de que los soldados se hallaban cerca, les mandó un jefe de escuadrón para parlamentar con ellos, pero el oficial amenazó con disparar contra todo el que se aproximase. Entonces, viendo que había llegado el momento decisivo, con una admirable presencia de espíritu, contuvo el ardor de los suyos, les obligó a guardar silencio y a marchar sin disparar un tiro. Cuando se hallaron a la vista de las tropas del Rey, en medio de la enorme expectación de una muchedumbre que había acudido de los campos y que se mantenía allí muda e inmóvil, se vió al Emperador bajar del caballo, adelantarse solo hasta ponerse a pocos pasos del batallón de Grenoble, y allí, con aire sereno, gritarles con voz fuerte: “¡Soldados! Si hay uno solo de entre vosotros que quiera matar a su Emperador, ahora puede hacerlo: aquí está.”

Un solo grito de “¡Viva el Emperador!” resonó por los campos, y los soldados, rompiendo filas, corrieron a juntarse a los veteranos de la Guardia.

Al acercarse a Grenoble el entusiasmo fué aumentando, y toda la guarnición de la plaza vino a entregársele con su coronel al frente. Su aparición en Lyon produjo el mismo efecto: los mariscales adictos acudieron allí con sus tro-



NAPOLEÓN A BORDO DEL NAVIO INGLÉS "BELLEROPHON" Plymouth (Cuadro de Jules Girardt)

La aparición del Emperador, en Inglaterra, había despertado una curiosidad extraordinaria. El mar estaba literalmente cubierto de barcos que rodeaban el "Bellerophon". Hubo quien pagó 60 napoleones para ocupar uno de ellos





pas, y así fué cómo el 30 de marzo, entre las aclamaciones de todo un pueblo, hizo su entrada en París, abandonado un día antes por el Rey.

Sin esperar que hubiese llegado a la capital, ya las potencias, que conservaban sus ejércitos en pie de guerra, acordaban atacarle de nuevo, repitiendo la invasión de Francia.

Los aliados tenían las siguientes fuerzas: Wellington estaba en Bruselas con 100.000 hombres; Blücher en Namur, con 150.000; 350.000 austríacos ocupaban el Rhin, y detrás de ellos se encontraban 225.000 rusos.

Napoleón, sintiéndose apoyado por todas las clases sociales, obró otra vez el milagro de crear en tres meses toda una organización militar y medios de defensa. De momento no pudo movilizar más de 200.000 hombres, pero contaba con tener 800.000 a fin de año.

El 15 de junio empezaron las hostilidades, y después de una marcha nocturna, logró separar la vanguardia de Wellington de la de Blücher. Entonces este viejo general prusiano, que a pesar de sus setenta y cuatro años conservaba todo el ardor bélico de la juventud, atacó las tropas de Napoleón. Blücher, tras un combate muy encarnizado, fué derrotado; pero logró retirar parte de su ejército en buen estado y sin perder del todo su contacto con Wellington.

El general Grouchy fué enviado en su persecución y con el encargo de no dejarle hacer su unión con los ingleses; y Napoleón, creyéndose libre de Blücher, se lanzó contra Wellington, seguro de obtener una gran victoria;

Wellington no disponía más que de 68.000 hombres y 184 cañones contra 74.000 franceses y 246 cañones que tenía Napoleón.

La táctica de Wellington se redujo a escoger una buena posición en la meseta de Waterloo, que cerraba el camino de Bruselas, y allí defenderse hasta la llegada de los refuerzos que esperaba.

El día amaneció nublado; el suelo, húmedo por la lluvia de la noche, no dejaba maniobrar la artillería; mas habiendo salido el Sol hacia las ocho de la mañana, a las once pudo empezar la batalla.

El mariscal Ney, con una bravura admirable, la inició, atacando el centro de Wellington, que quedó roto a pesar de la tenaz resistencia de los ingleses. Ya el mariscal pedía tropas de refresco con objeto de acabar de destrozarlos, cuando de repente, detrás de él, se oyen cañonazos. Todos creen que es Grouchy, pero pronto viene el desengaño. No es Grouchy el que se acerca, sino 30.000 prusianos al mando de Bulow, que han logrado alcanzar el campo de batalla. Napoleón, para hacerle frente, detiene el ataque de Ney, y con auxilio de su Guardia logra en una hora deshacer a Bulow y se dispone a continuar su ataque contra Wellington. Éste, con una energía extraordinaria, se ha preparado para una defensa heroica. Lo que queda de sus tropas está dispuesto en cuadro y de modo que se hace toda retirada imposible. Les es preciso vencer o morir. Los franceses, a costa de grandes pérdidas, en un esfuerzo supremo, logran llegar hasta ellos y romper los cuadros; pero éstos vuelven a formarse más lejos y a continuar la lucha. La confusión



era enorme: las tropas luchaban casi mezcladas, y los generales, sin caballos, peleaban sable en mano como simples soldados.

Wellington, sin pronunciar una palabra en pie, apoyado contra un árbol, miraba fríamente cómo iban cayendo sus más brillantes oficiales. “¿Qué órdenes tenéis que darme?”, le preguntó un general. “No tengo más órdenes que dar, sino la de que hay que mantenerse aquí hasta el fin.”

Ya el ejército inglés estaba a punto de quedar aniquilado. La Guardia veterana avanzaba contra ellos para rematarlos, cuando por la derecha se oye un fuerte cañoneo. “¡Es Grouchy!”, exclaman todos, llenos de entusiasmo. La ilusión duró poco tiempo. Tampoco era Grouchy el que se presentaba. Grouchy, desobedeciendo las órdenes de Napoleón, había perdido la pista de los prusianos, y los que allí aparecían eran las tropas de Blücher, que reorganizadas venían a cambiar el aspecto de la batalla.

Las dos victorias obtenidas en el mismo día habían agotado a los franceses, y el mismo desengaño sufrido les había restado energías.

Las tropas frescas de Blücher pronto introdujeron el desorden entre ellos, y sólo la Guardia formada en cuadro resistía con el mismo heroísmo de siempre.

Cambronne, su jefe, con los pocos veteranos que quedaban en pie, viéndose rodeado de enemigos que, admirados de su resistencia, le intimaban a que se rindiera, contestó la frase célebre: “La Guardia muere, pero no se rinde.”

Napoleón, desesperado, quiso quedarse entre sus soldados y morir luchando; los generales tuvieron que sacarle

del campo de batalla casi a la fuerza, para facilitar su huída y llevarlo a París.

En cuanto se tuvo allí noticia del desastre, empezaron como la otra vez las traiciones. Las Cámaras, reunidas ilegalmente, se mostraron hostiles al Emperador, y sus enemigos, al verle vencido, no se cansaban de gritar: "No hay más que un hombre entre la paz y nosotros; que se vaya, y la paz está asegurada." "¡Que abdique!"

Grande era la impresión que estos actos de defección hacían en el ánimo de Napoleón. No bastaron a consolarle ni a infundirle nuevos bríos las aclamaciones de la multitud que se estacionaba delante de su Palacio, al saber su regreso, ni la abnegación de su pueblo que, viendo en él su ídolo, le ofrecía generosamente sus hijos para defender a Francia del nuevo ultraje de otra invasión. El mundo oficial no compartía el entusiasmo ni la fe del pueblo; silencioso y abatido, le aconsejó nuevamente que abdicara, y Napoleón renunció por segunda vez a su corona imperial.

Al publicarse dicha resolución, la agitación de la multitud fué en aumento, y temiéndose escenas violentas, se creyó prudente alejar de allí a Napoleón, que se dirigió a Rochefort.

Durante su estancia en esta ciudad menudeaban las proposiciones de evasión hacia los Estados Unidos, y no pocos jefes y oficiales le ofrecieron sus tropas, asegurándole que todo el país del Sur del Loire le aclamaba y le esperaba para continuar la guerra.

Napoleón temió que al aceptar esta última proposición se desencadenara en Francia una guerra civil, y prefirió entregarse a los ingleses, pensando que no se mostrarían insensibles a su gloria y que no dejarían pasar una ocasión como ésta de mostrarse caballerosos y magnánimos.

El 15 de agosto subía a bordo de un buque inglés, el *Bellerophon*, y al estrechar la mano del capitán le saludó con estas palabras: "Vengo a ponerme bajo la protección de las leyes de Inglaterra."

Durante su estancia a bordo del *Bellerophon* le fueron prodigadas todas las atenciones y señales de respeto debidas a su alto rango y significación, y nada hacía presentir el destino que le esperaba.

Pocos días después se hizo el barco a la vela con rumbo a Inglaterra, y después de detenerse en Torbay se dirigió a Plymouth.

Al llegar a Plymouth, Napoleón y el séquito de amigos fieles que le acompañaba notaron que el horizonte se obscurecía; canoas armadas habían rodeado el barco y remaban a lo lejos apartando a los curiosos. "Todos nos miraban con sombrío interés, cuenta el noble conde de Las Cases, que acompañaba al Emperador en sus infortunios; los rumores más siniestros llegaban a bordo y circulaban los nombres de los lugares adonde nos destinaban, todos espantosos. La prisión en la Torre de Londres parecía lo más agradable, y algunos hablaban ya de Santa Elena... Difícilmente podré describir nuestra ansiedad y nuestros tormentos; la mayor parte de nosotros no vivía, y la menor noticia de tierra o de un artículo de un diario era motivo de



discusión y causa de perpetuas oscilaciones entre la esperanza y el temor... Por otra parte, la aparición del Emperador en Inglaterra había producido un extraño movimiento y una curiosidad casi furiosa. Todo el país se precipitaba hacia Plymouth. Una persona salida de Londres para vernos tuvo que suspender su viaje por no encontrar caballo ni alojamiento en el camino. El mar estaba literalmente cubierto de barcos a nuestro alrededor, y había quien pagó 60 napoleones por uno de ellos."

Después de varios días transcurridos en la ansiedad y agravados por la inacción, llegó un subsecretario de Estado para participar oficialmente la resolución de los ministros ingleses. La comunicación ponía en conocimiento de Napoleón que el Gobierno había escogido la isla de Santa Elena para su residencia y que le permitía elegir tres oficiales para compartir su destierro.

La noticia ya no podía sorprender a nadie. Los más afectados fueron sus amigos; pero él continuó sereno como siempre, sin alterar su modo de vida ni sus costumbres; y la nube de barcos que parecía ir en aumento, pudo contemplar cada día, a la hora ordinaria, la figura conocida ya del Emperador, que se mostraba en público, recibiendo los saludos y las demostraciones de simpatía de la multitud.

Una noche tan sólo mostró en su conversación con Las Cases un momento de desfallecimiento. "Querido amigo, le decía, tengo a veces ganas de abandonaros, y eso no es difícil; se trata de ofuscarse un momento y me habré librado para siempre; todo habrá acabado y vosotros podréis reuniros tranquilamente a vuestras familias." El Conde

protestó. “Los poetas, los filósofos, le dijo, consideran como un espectáculo digno de los dioses ver a un hombre en lucha contra el infortunio. La desgracia y la constancia tienen también su gloria; un carácter tan grande y noble no puede rebajarse al nivel de las almas vulgares; el que ha gobernado con tanta gloria y el que ha hecho la admiración del mundo, no puede acabar su vida como un desesperado.” “¿Pero qué haremos en lugar tan solitario”, preguntaba Napoleón. “Señor, respondió Las Cases, viviremos del pasado, y con ello hay para satisfacer a cualquiera. ¿No gozamos de la vida de César o de la de Alejandro? Nosotros tenemos algo mejor, os leeréis a vos mismo, Señor.” “Pues bien, replicó Napoleón, escribiremos mis Memorias. Sí, será preciso trabajar; el trabajo es un arma terrible contra el tiempo. Después de todo, cada uno debe cumplir con su destino; esto es también una grave doctrina. ¡Que el mío se cumpla!”

El *Bellerophon* era un barco viejo y no podía hacer la travesía; así es que Napoleón tuvo que trasladarse a bordo del *Northumberland*, que se hallaba dispuesto a zarpar.

Las Cases cuenta así la escena de la despedida de sus amigos al abandonar el *Bellerophon*: “El momento de abandonar el barco se acercaba. El Emperador había pasado largo tiempo conferenciando con el Gran Mariscal; nosotros estábamos esperando en la habitación vecina. De repente la puerta se abre, y el duque de Rovigo, deshecho en lágrimas, se arroja a los pies del Emperador, besándole las manos. Éste, impassible y conservando su calma, le abrazó y se puso en marcha para alcanzar la lancha preparada

para embarcarle en el *Northumberland*. A su paso saludaba graciosamente con la cabeza a los que encontraba. Todos los nuestros que se iban quedando atrás lloraban. Entonces no pude menos que decir a Lord Kleith con quien me hallaba: "Podéis observar, milord, que aquí los que lloran son los que se quedan."

Napoleón y su séquito, formado por el conde de Las Cases, tres generales y algunos servidores, se alejaron de Inglaterra con rumbo a Santa Elena, donde llegaron a los setenta días de navegación.

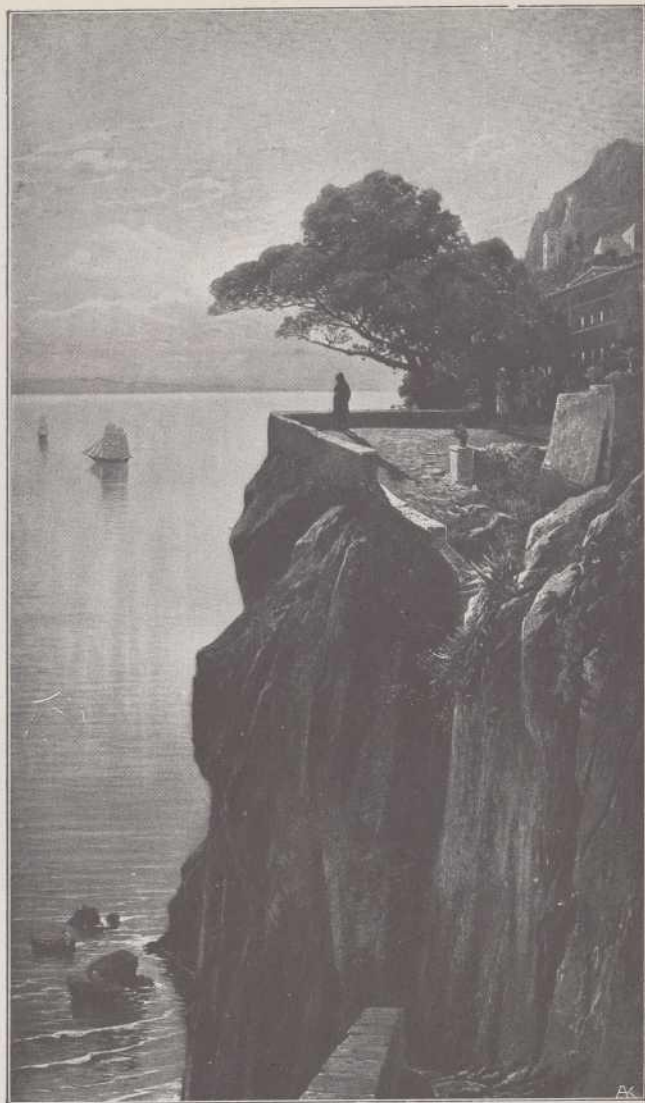
Napoleón, durante la larga y enojosa travesía, se había enterado del carácter de la isla, de sus recursos, de su clima, y no le parecía que la vida fuese allí insoportable. Pero al verla de cerca, no pudo menos de exclamar: "No es, en verdad, una residencia muy agradable."

"De lejos, cuenta un oficial inglés, aparece como la más horrible y siniestra de las rocas; es una protuberancia negra y arrugada, algo así como una verruga nacida en la faz del abismo."

De cerca parecía la pequeña isla una gigantesca fortaleza arruinada, con altas murallas de basalto que formaban vertiginosos promontorios, contra los cuales batían las olas del Océano.

El interior estaba ocupado por altos y descarnados picos, entre los cuales la vista buscaba en vano rastros de vegetación o un rincón tranquilo donde reposar. ¿Cómo podía vivir allí el hombre?, era la única pregunta que se le ocurría al que jamás había contemplado aquel país atormentado y estéril.





NAPOLEÓN EN SANTA ELENA



La primera habitación provisional que ocupó Napoleón fué Briars, mientras se acondicionaba para él una especie de granja llamada Longwood.

Longwood estaba situada en una meseta, a 2.000 pies de altura, cuyos bordes caían a pico sobre el mar. Vientos constantes y a veces muy violentos barrían su superficie, y espesos nubarrones cubrían su cielo, en el que pocas veces brillaba el Sol.

La vida que se le dispuso en Briars fué miserable e indigna de la grandeza de Napoleón: en Longwood mejoró algo su situación, y pudo entregarse, así como su séquito, a una vida normal, en la que el trabajo y los recuerdos ocupaban la mayor parte del tiempo.

Quiso conservar en Santa Elena la misma rigurosa etiqueta que exigía en las Tullerías. En los paseos, los compañeros le escoltaban con la cabeza descubierta, y en el salón, cuando se entretenía jugando con alguno de ellos, los demás permanecían respetuosamente en pie; sólo las señoras eran invitadas a sentarse. Nadie le dirigía la palabra sin que fuese antes interpelado o sin que hubiese entablado una conversación, y los generales no se presentaban delante de él sin el traje de corte. Daba mucha importancia a estas formas externas, y las creía tanto más necesarias, cuanto que los ingleses aparentaban olvidar su elevada categoría, tratándole sólo de general Bonaparte.

El tren de su casa tendía a mantener el aparato de una pequeña corte. En los primeros tiempos de cautiverio, cuando salía a pasar en coche, llevaba casi siempre seis caba-



llos, sus picadores y sus oficiales de escolta cabalgando en la portezuela.

Los ingleses, a los cuales otorgaba audiencias, encontraban en el recibidor a uno de sus ayudantes, el general Gourgaud o el general Montholon, de uniforme; en la puerta de su habitación se mantenía siempre en pie un ujier cubierto de galones. Toda su servidumbre llevaba la antigua librea imperial y cumplía sus funciones con la misma corrección y la misma solemnidad.

Las mañanas las pasaba generalmente envuelto en su bata, sin vestirse, y después del desayuno y la visita de su médico O'Meara, leía hasta las once. La lectura era uno de sus grandes recursos: leía siempre que podía, hasta en el baño, y hubo un día en que estuvo leyendo doce horas seguidas.

Los libros de Historia y los periódicos venidos de Europa constituían sus lecturas favoritas; pero de lo que se enteraba con más interés eran los folletos publicados sobre su vida y sus hechos.

En los primeros años de cautiverio, dedicó muchas horas de la mañana a dictar sus campañas y sus Memorias, y a las once almorzaba.

A las dos de la tarde se afeitaba, se vestía y paseaba acompañado de Las Cases o de alguno de los generales. Cuando hacía mal tiempo, pasaba la tarde preparando el trabajo de sus Memorias y revisando sus dictados, y a la hora de cenar reunía generalmente en su mesa a todos sus amigos.

Después de la cena pasaban al salón, y Napoleón leía a

sus compañeros alguna tragedia o poesía, preguntando antes en tono de broma: “¿Qué leeremos hoy? ¿Dónde queréis ir esta noche, a la comedia o a la tragedia?” O les entretenía con su inagotable conversación, llena de recuerdos y anécdotas de su vida. Algunos días no podía evitar el hablar de sus fracasos y revivir entre sus amigos sus reminiscencias dolorosas. “He debido morir en Moscou”, decía entonces; otras veces, no pudiendo contener la expresión de su pensamiento, en el que vivía constantemente su familia y sobre todo su hijo adorado, vencía su pudor y hablaba de él, de su nacimiento, de sus primeros años y de sus esperanzas, y entonces su ternura contenida rebosaba y solía exclamar: “Mi martirio le devolverá la corona.”

Desde su establecimiento en Longwood no se había hecho ilusiones en cuanto a su suerte; pero nunca creyó que sus carceleros le atormentasen y lograsen abreviar sus días con vejaciones y ultrajes.

El trato un poco grosero que le prodigaba el almirante Cockburn a su llegada a la isla, no era, ni con mucho, de su agrado; pero el que recibió de su substituto en el cargo de gobernador, Sir Hudson Lowe, fué mucho peor.

La primera vez que vió al nuevo gobernador, quedó fuertemente impresionado por lo innoble de sus facciones. “Es un hombre odioso, dijo después; tiene cara patibularia.” Lo más triste del caso es que su conducta y su carácter correspondían a la expresión siniestra de su fisonomía.

Desde que entró en funciones se convirtió en el verdugo de Napoleón. No satisfecho con tratar de desanimar a los amigos que voluntariamente y con tanta abnegación acom-

pañaban al Emperador en su destierro, le limitó los gastos, le substrajo parte de la servidumbre, le redujo el espacio en que podía pasear libremente, le leía todas las cartas y extremó su vigilancia de tal modo, que Napoleón, sintiéndose humillado, desistió en adelante de salir del recinto de su casa.

La mortificación más dolorosa que el gobernador pudo causarle, fué el privarle, sin previo aviso, de la compañía del conde de Las Cases y del médico O'Meara, a quienes había cobrado un hondo afecto.

En vano Napoleón trató de echarle en cara su conducta y la vergüenza que recaería sobre su nombre al saberse en Europa el trato de que era objeto. Las vejaciones y mezquindades continuaron y le irritaron hasta tal punto, que llegó a amenazar al gobernador con dispararle un tiro, si volvía a verle entrar en su casa.

Esta serie de disgustos y la vida reclusa no tardaron en ejercer un funesto influjo sobre su salud. Además, viendo cómo de día en día iba reduciéndose el grupo de personas que le hacían compañía, se dejó invadir, lo mismo que los de su séquito, que quedaban, por el terrible mal de la isla: el fastidio.

Inútilmente procuraba llenar sus días con trabajos y lecturas; todo iba perdiendo interés, sus Memorias mismas acabaron por dejarle indiferente, y las abandonó. A veces intentaba reaccionar, volver al trabajo, y se dirigía a su gabinete, registraba los libros, sacaba sus notas...; pronto el cansancio se apoderaba de él, y entonces se acercaba a los cristales y pasaba las horas dando golpecitos en



ellos y siguiendo con la mirada el vuelo de los pájaros o el correr de las nubes: “¡Qué cruz Dios mío! ¡Qué fastidio!”, le oían murmurar.

Si pesados eran sus días, es fácil imaginar lo que serían sus noches, sus largas noches de insomnio, sin la distracción de sus compañeros y servidores. ¡Cómo debían atormentarle las imágenes y recuerdos de su vida tan llena y gloriosa, y qué sentimientos debían agitarse en su pecho al considerarse él, el señor de Europa, allí encerrado en una isla maldita, separada del mundo por abismos inmensos!

¿Y qué esperanza le quedaba? Vivir inútilmente entre las humedades malsanas de la isla, y, por fin, envejecer, sin consuelo, viéndose convertido en un simple objeto de curiosidad y lástima. Se comprende que en estos pensamientos hubiese perdido todo apego a la vida.

Su salud, en la que no habían hecho mella las fatigas de las campañas, empezó a alterarse, su semblante palidecía, y todo hacía presentir que se desarrollaba algún mal interno.

Por fin su estado empeoró de tal modo, que tuvo que encerrarse en su habitación y disponerse a hacer su testamento. Al ver su fin próximo llamó al abate Vignoli, que desde Córcega había venido a hacerle compañía, y le dió minuciosas instrucciones sobre el modo cómo debía establecer la capilla ardiente, y añadió: “He nacido en la Religión Católica y quiero cumplir con los deberes que impone y recibir los auxilios que administra. Celebraréis la misa todos los días en la cámara vecina y expondréis el Santísimo Sacramento durante cuarenta horas. Cuando

haya muerto, colocaréis el altar a mi cabecera, continuaréis diciendo misas y no cesaréis hasta que mi cuerpo descanse en tierra.”

En medio de una larga agonía en que sufrió atroces dolores, su inteligencia y su capacidad de trabajo se mostraron todavía a intervalos admirables. Unos días antes de morir, después de sufrir un síncope que le dejó muy abatido, se ocupó en sellar con sus armas su testamento y sus codicilos, después empezó a hacer un cuidadoso inventario de los objetos que destinaba a su hijo y a su mujer, repartiendo regalos y recuerdos entre sus amigos. Cuando hubo terminado este largo trabajo, sus facultades se debilitaron, se apoderó de él el delirio, y todo anunció su próximo fin.

El 5 de mayo de 1821, pasó todo el día sin movimiento, acostado sobre la espalda, con la mano derecha colgando. Alrededor de su pequeña cama de hierro, su cama de campaña, la usada en Marengo y Austerlitz, estaban colocados sus compañeros de cautiverio. Iba a cerrar la noche. El abate murmuraba sus oraciones. Los que le contemplaban vieron el cuerpo de Napoleón sacudido por un escalofrío y que una ligera espuma blanca asomaba entre sus labios.

Gritos y lamentos estallaron entonces en la habitación; los presentes, sollozando, hincaron la rodilla en el suelo. Napoleón había dejado de existir.

Veinte años más tarde, sus restos fueron trasladados a París y colocados en los Inválidos, donde hoy reposan. Así se cumplió lo que dejó dicho en su testamento:

*“Deseo que mis cenizas reposen a la orilla del Sena, en medio de ese pueblo francés que he amado tanto.”*

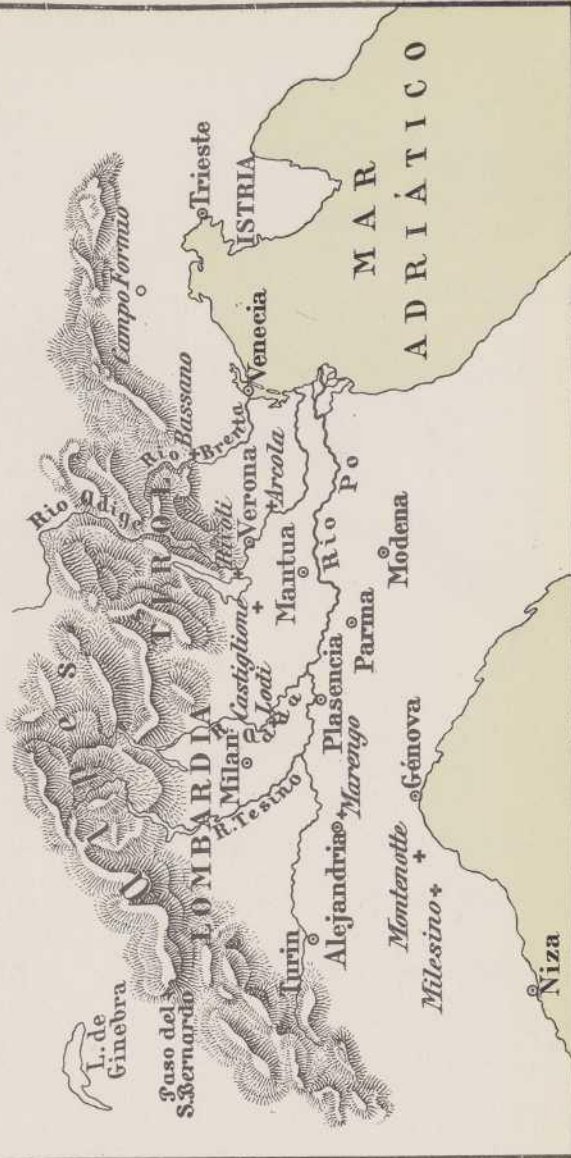
---





Viena ©

Simmering ©



© Ciudades  
+ Campos de batalla





IMPERIO FRANCÉS EN 1810-1811



Imperio francés



Países gobernados por Napoleón y en los que reinaban individuos de su familia





PRINCIPALES CIUDADES Y CAMPOS DE BATALLA CITADOS EN EL TEXTO



- ⊙ Ciudades
- + Campos de batalla





# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PREFACIO .....	5

## CAPÍTULO PRIMERO

### Juventud de Napoleón

Nacimiento en Ajaccio y anécdotas de su infancia.— Sus padres deciden que siga la carrera militar. Carácter de su madre.— Vida que hacía en Brienne.— Muere su padre. Alcanza gran prestigio en la Escuela Militar de París. Se incorpora al regimiento de La Fère, en Valence.— Visita a Córcega.— Sus relaciones con Paoli.— Dirige el sitio y toma de Tolón.— Domina en París una insurrección y se le nombra general en jefe del ejército interior .....	9
--	---

## CAPÍTULO II

### El general Bonaparte

Se casa y se encarga de ejecutar el plan de campaña de Italia.— Batalla de Lodi y entrada triunfal en Milán.— Emocionante victoria en el puente de Arcole.— Batallas de Rívoli, cerca de Mantua y contra el archiduque Carlos.— Paz con Austria. Recibimiento que hizo París al vencedor.— Expedición a Egipto.— Guerra con Turquía.— Debido a las noticias que recibe de Francia, se embarca para salvarla. Substituye al Directorio y es nombrado Primer Cónsul .....	38
---	----

## CAPÍTULO III

## Camino de la inmortalidad

Organiza el Estado y persigue la paz con el exterior, pero se ve obligado a continuar la guerra.—Paso de los Alpes. Batalla de Marengo.—Júbilo en el Piamonte y en París. Paz con Austria e Inglaterra.—Espléndida reconstrucción de Francia. Voluntad extraordinaria y fortaleza sobrehumana que mostraba Napoleón para el trabajo.—Se le hace Cónsul perpetuo, y más tarde Emperador .....

60

## CAPÍTULO IV

## Napoleón en la gloria

Coronación en París y en Milán.—Inglaterra, Rusia, Austria y Suecia forman una tercera coalición contra el Emperador.—Derrota de los austríacos en Baviera. Batalla de Austerlitz y paz de Presburgo.—Jena. Batalla de Eylau. Friedland. Tratado de Tilsit y apogeo de Napoleón.—Generosidad para los que más se habían distinguido en las batallas.—La corte más lujosa de Europa.—El “bloqueo continental”. La conquista de España. Guerra con Austria.—Asalto de Ratisbona, batallas de Essling y Wagram y paz de Viena.—Divorcio, nuevas bodas y nacimiento del Rey de Roma .....

72

## CAPÍTULO V

## Se inicia un cambio de suerte

Situación de España. Rusia declara la guerra a Napoleón.—En Dresde es admirado y enaltecido, presenciando las que debían ser para él últimas fiestas de su vida.—Los rusos lo atraen hacia el interior de su patria. Batalla de Moscova.—Retirada de Rusia que un invierno excepcional convierte en trágica.—



	<u>Págs.</u>
Nuevos ejércitos contra este país y Prusia.—Batalla de las Naciones.—Invasión de Francia.—Los aliados entran en París y se firma la paz. Abdicación de Napoleón.—Se le envía a la isla de Elba .....	98

## CAPÍTULO VI

## Ultimos días del Emperador

Regresa a Francia.—En Grenoble es acogido con gran entusiasmo. Los aliados repiten la invasión del territorio francés.—Vence al general Blücher. Después de una imponente lucha en Waterloo, gana las tres primeras fases de la batalla y queda totalmente derrotado en la última.—Segunda abdicación.—Bajo la protección de Inglaterra. En el <i>Bellerophon</i> . Llega a la isla de Santa Elena.—Vida que hacía allí. Sus Memorias. Cómo lo trataban los ingleses. Testamento y muerte .....	118
---	-----

---



# EXTRACTO DEL CATÁLOGO

## Libros de enseñanza

### EDICIONES MODELO

#### CARTILLA. — E. HOMS

Método para enseñar a leer y escribir simultáneamente, profusamente ilustrado.

Ejemplar, pesetas 2'50

#### PRIMER LIBRO DE LECTURA

Ejemplar, pesetas 2'50

#### SEGUNDO LIBRO DE LECTURA

Ejemplar, pesetas 3'—

#### TERCER LIBRO DE LECTURA

Ejemplar, pesetas 4'50

Constituyen una serie ordenada de lecturas amenas y de variada instrucción, redactada conforme al desarrollo mental del niño.

#### EL LIBRO DEL IDIOMA. —

LORENZO LUZURIAGA

Publicación de la «Revista de Pedagogía».

Ejemplar, pesetas 3'50

#### LECTURAS GEOGRÁFICAS

En cuatro volúmenes se desenvuelven estudios geográficos muy interesantes, a base de la descripción de los distintos países en sus aspectos más característicos.

Cada volumen, pesetas 5'—

#### HISTORIA UNIVERSAL en lecturas amenas

Forman la obra cuatro volúmenes con narraciones históricas derivadas de los más autorizados escritos, ofreciendo al propio tiempo páginas de grato deleite y vivas enseñanzas.

Cada volumen, pesetas 5'—

#### EL LIBRO DE LA TIERRA. —

J. DANTÍN CERECEDA

Publicación de la «Revista de Pedagogía».

Ejemplar, pesetas 3'—

#### LOS HÉROES DEL PROGRESO

Bellas páginas con la vida de los inventores y reseña de sus admirables obras. Lectura sugestiva y estimulante.

Ejemplar, pesetas 3'50

#### ROMANCERO CASTELLANO

Recopilación de las más bellas joyas de la literatura castellana, con notas explicativas. Ilustraciones en color.

Un tomo, pesetas 2'50

#### GRAMÁTICA CASTELLANA. —

M. DE MONTOLIU

Tres textos graduados, compuestos a base de la estructura del lenguaje. Así la clasificación gramatical aparece lógicamente. Numerosos ejercicios dan vida a los conceptos doctrinales.

Primer grado; ejemplar, pesetas 2'25

Segundo » » » 2'75

Tercer » » » 4'—

#### GRAMÁTICA. — F. MARTÍ ALPERA

Publicación de la «Revista de Pedagogía».

Ejemplar, pesetas 2'50

#### SINÓNIMOS

Repertorio de palabras usuales castellanas de sentido análogo, semejante o aproximado. Libro de utilidad extraordinaria para todo el que escribe.

Ejemplar encuadernado, pesetas 4'50

#### ARITMÉTICA. — J. PALAU VERA

Tres textos graduados, compuestos con arreglo a los principios más modernos y prácticos de la Pedagogía. Muchos ejercicios e ilustraciones.

Primer grado; ejemplar, pesetas 2'25

Segundo » » » 2'50

Tercer » » » 3'—

#### ARITMÉTICA. — MARGARITA COMAS

Publicación de la «Revista de Pedagogía».

Ejemplar, pesetas 2'50



### ARITMÉTICA MERCANTIL. —

J. PALAU VERA

Contiene reglas para el cálculo rápido y soluciones de los problemas más usuales del cálculo mercantil. Tablas reducidas de logaritmos.

Ejemplar, pesetas 3'50

### GOMETRÍA (Estudio de las formas). — J. PALAU VERA

De los objetos usuales se pasa al estudio de las formas geométricas. Modelos de dibujo geométrico. Numerosos problemas e ilustraciones.

Ejemplar, pesetas 2'25

### GEOGRAFÍA FÍSICA Y ASTRONÓMICA. — PABLO VILA

Libro I. Texto ilustrado.

Ejemplar, pesetas 3'50

### GEOGRAFÍA UNIVERSAL. — J. PALAU VERA

Libro II. Texto ilustrado.

Ejemplar, pesetas 3' —

### GEOGRAFÍA DE ESPAÑA Y PORTUGAL. — J. PALAU VERA

Libro III. Texto ilustrado.

Esta obra está redactada según los principios de los modernos estudios geográficos y normas de la didáctica pedagógica.

Ejemplar, pesetas 3' —

### GEOGRAFÍA. — J. DANTÍN CERECEDA

Publicación de la «Revista de Pedagogía».

Ejemplar, pesetas 2'50

### GEOGRAFÍA HUMANA. — A. J. y F. D. HERBERTSON

Tomo con magníficas ilustraciones. Exposición clara de las relaciones que existen entre la actividad humana y la geografía física.

Ejemplar, pesetas 3'75

### HISTORIA SAGRADA. — RDO. P. RAFAEL MARIMÓN - ESCOLAPIO

Texto de clara exposición y muy documentado. Las ilustraciones y mapas

contribuyen a fijar los acontecimientos que se relatan.

Un tomo encuadernado, pesetas 6' —

### LECCIONES DE COSAS

Libros graduados, con amena e instructiva lectura a base de temas útiles para sus desarrollos en clase.

Libro primero; ejemplar, pesetas 4'50

» segundo; » » 5' —

» tercero; » » 6' —

### NUESTRO ORGANISMO. — J. VÁZQUEZ

Manual de conocimientos anatómicos y fisiológicos. Un volumen ilustrado.

Ejemplar, pesetas 4'50

### URBANIDAD. — CONDESA DEL CASTELLÁ

Estudio de las reglas de conducta, acompañadas de ejemplos.

Ejemplar, pesetas 2'25

### ECONOMÍA DOMÉSTICA. — ADELINA B. ESTRADA

Se exponen en sus páginas aquellos conocimientos que debe poseer la mujer para desempeñar cumplidamente sus deberes en el hogar.

Un volumen con láminas en color.

Ejemplar, pesetas 3'25

## Caligrafía y Dibujo

### ESCRITURA INGLESA

Colección de ocho cuadernos.

Ejemplar, pesetas 0'20

### ESCRITURA PRÁCTICA NORTEAMERICANA. — E. HOMS

Colección de diez cuadernos.

Ejemplar, pesetas 0'20

### DIBUJO ELEMENTAL. — C. B. NUALART

Colección de doce cuadernos, dividida en tres series.

Ejemplar, pesetas 0'25

## Ediciones Económicas

Colección de textos escolares, con abundante y fina ilustración, sólida doctrina y muy didácticos. La forman los siguientes títulos:

*Cartilla, Libro de Lectura* (tres grados), *Geografía* (cuatro cuadernos), *Gramática* (tres grados), *Aritmética* (tres grados), *Geometría* (dos grados), *Historia de España, Historia Universal, Física, Química, Zoología, Botánica, El Cuerpo Humano, Historia de la Tierra, Historia del Arte e Historia del Comercio.*

Ejemplar, pesetas 0'65

Los mismos, con tapas de cartón, aumenta su precio 0'25.

## Colección Compendios

*Iniciación a la lectura* (Cartilla), *Lectura* (tres grados), *Aritmética* (dos grados), *Gramática de la Lengua Española, Sancho Panza* (refranes y fábulas), *Elementos de Agricultura, Elementos de Zoología, Historia Sagrada, Historia de España.*

Pertencen a una colección de textos a base de un plan de conocimientos sintéticos de la enseñanza primaria. Lindamente encuadrados y con muchas ilustraciones.

Ejemplar, pesetas 1'50

## Libros para la enseñanza y de vulgarización

*ESTUDIO EXPERIMENTAL de algunos de los Animales que se encuentran en la casa, en el jardín o en el campo y en la granja.*— J. PALAU VERA

Un tomo profusamente ilustrado.

Ejemplar, pesetas 2'50

*ESTUDIO EXPERIMENTAL de la Vida de las Plantas.*— G. F. ATKINSON

Un volumen con ilustraciones.

Ejemplar, pesetas 2'50

## LAS MARAVILLAS DE LOS ANIMALES

Libro lleno de curiosidades, de sugestión e interés, con ilustraciones.

Ejemplar encuadrado, pesetas 6'—

## EL ACUARIO DE AGUA DULCE.— S. MALUQUER NICOLAU

Un tomo magníficamente encuadrado, con numerosas ilustraciones entre el texto y láminas en color.

Volumen, pesetas 6'—

## LAS MARAVILLAS DEL CUERPO HUMANO.— OCTAVIO BÉLIARD

Amena relación de los misterios y sorpresas de la maravillosa máquina humana.

Ejemplar, pesetas 6'—

## EL MAR.— CAPITÁN ARGÜELLO

En esta obra se hermanan ciencia y literatura. Páginas de encanto y cultura que todos leen y a todos interesa.

- I, *El Mar en la Naturaleza.*
- II, *Las Conquistas del Hombre.*
- III, *La Vida Submarina.*

Tres tomos magníficamente ilustrados.

Cada uno, pesetas 6'—

## ARQUITECTURA DEL RENACIMIENTO ITALIANO.— J. F. RÁFOLS

Ejemplar, pesetas 10'—

## ARQUITECTURA DEL RENACIMIENTO ESPAÑOL.— J. F. RÁFOLS

Ejemplar, pesetas 10'—

## PINTURA Y ESCULTURA DEL RENACIMIENTO ITALIANO.— J. F. RÁFOLS

Ejemplar, pesetas 10'—

Esta serie de Manuales de Historia del Arte ofrecen a la juventud una idea general de los grandes monumentos artísticos.





B.P. de Soria



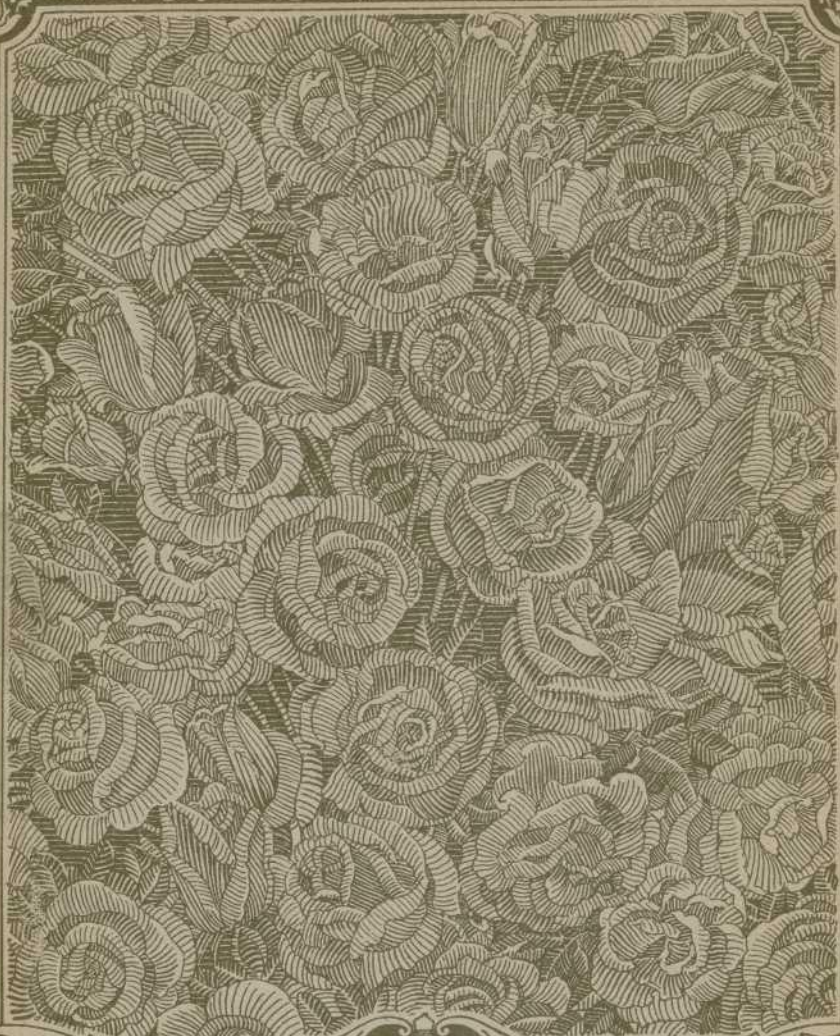
61172352

DR 3754



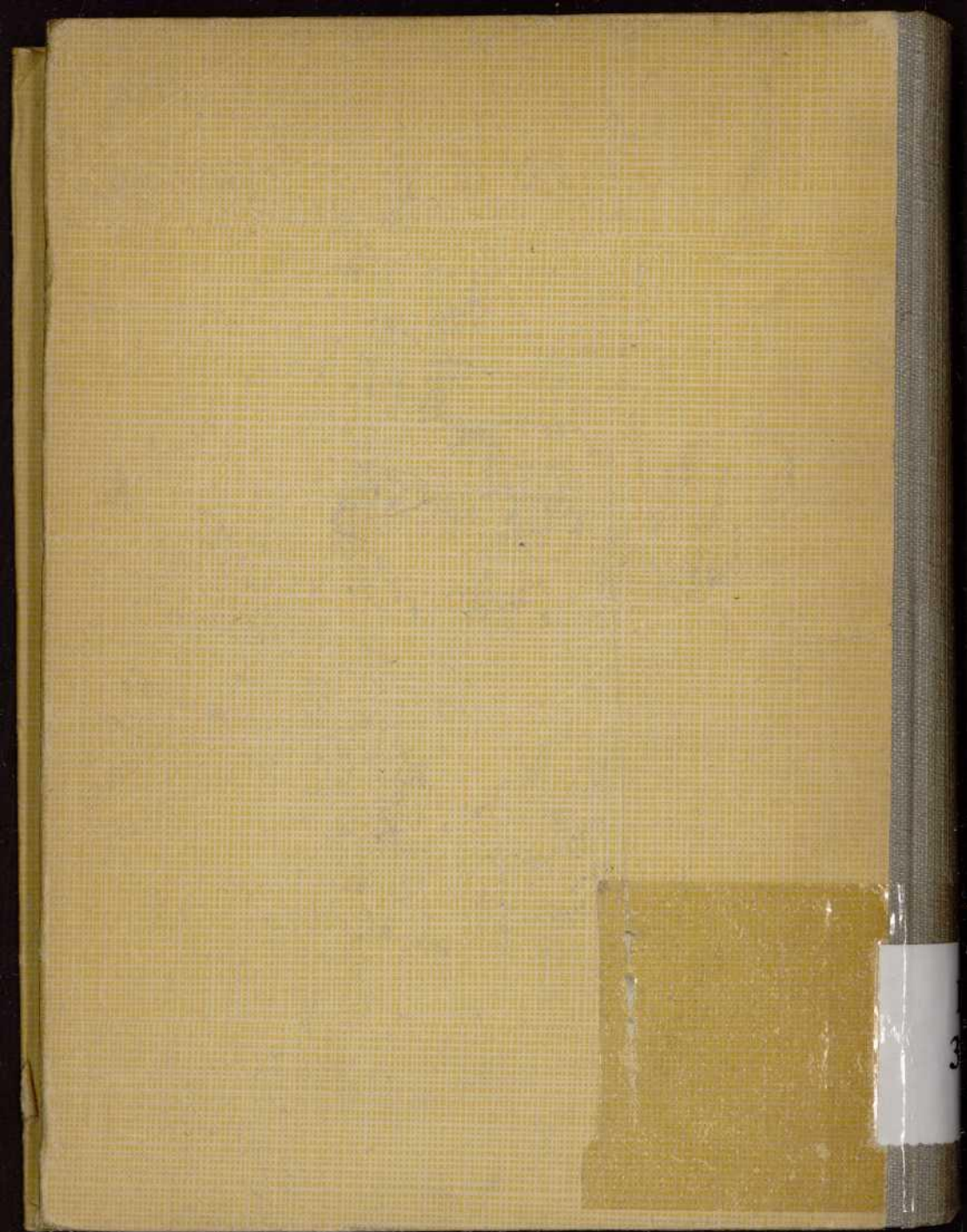
INDUSTRIAS GRÁFICAS





SEIX Y BARRAL, E. C.





WALDOX, WYOM.

DR  
3754